

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXVII

Nº2

ABRIL - JUNIO 2014



NUESTRA PORTADA:

Visita Ad Limina de nuestro obispo, Monseñor J. Leonardo Lemos Montanet, al Papa Francisco, en el mes de febrero de 2014.

Director: Manuel Emilio Rodríguez Álvarez

Maquetación, administración y fotocomposición: Secretaría Episcopal de Informática y Seguridad.

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXVII

Abril - Junio 2014

Nº 2

SUMARIO

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Francisco

Audiencias.....	251
Discursos.....	270
Homilías	286

OBISPO

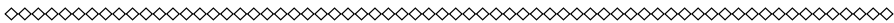
Homilías

Celebración Eucarística con motivo de la clausura de la Escuela de Liturgia	311
Domingo V de Cuaresma. Jornada de la Familia	313
Exequias del Rvdo. D. Manuel Armada Rodríguez.	316
Solemnidad del Domingo de Ramos de la Pasión del Señor.....	319
Santa Misa Crismal	321
Celebración de la Misa de la Cena del Señor	324
Misa por Venezuela durante la Novena del Santo Cristo	327
Celebración de la Fiesta de la Familia en el Seminario “Divino Maestro”	329
Exequias del Rvdo. D. José Rodríguez Argibay	332
Celebración del 50 Aniversario de los Equipos de Nuestra Señora en Ourense	334
Celebración de las Bodas de Oro de la Parroquia de San Fernando en Santiago de Compostela.....	338
Santa Misa de Ordenación Sacerdotal de D. José David Penín Martínez	342
Exequias por la M. M ^a . Pilar - Clarisa	346
Vigilia de Pentecostés	348
Solemnidad de la Santísima Trinidad. Jornada Pro orantibus	351
Celebración del Rito de Admisión a las Ordenes Sagradas. Solemnidad de la Santísima Trinidad....	355
Santa Misa de Despedida y Homenaje a las Hermanas del Amor de Dios.....	359
Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo	362
Santa Misa en la fiesta de san Josemaría Escrivá	365
Solemnidad del Sagrado Corazón. Jornada de Oración por la santidad de los sacerdotes.....	368
Santa Misa de Acción de gracias por la canonización de los santos papas Juan XXIII y Juan Pablo II	371

Cartas	
Carta a los Sacerdotes jóvenes.....	374
Carta a los sacerdotes del presbiterio diocesano con motivo de la Solemnidad del Santísimo	
Cuerpo y Sangre de Cristo.....	375
Carta a los sacerdotes del presbiterio diocesano con ocasión de la “JORNADA DE	
ORACIÓN POR LA SANTIFICACIÓN DEL CLERO” convocada por la Santa Sede.....	376
Discursos	
Charla a los Sacerdotes de los últimos años de ordenación.....	378
Pregón de la Semana Santa de Ferrol.....	383
En Comunidad	
Abril.....	390
Mayo.....	391
Junio.....	392
IGLESIA DIOCESANA	
Vicaría General	
Decreto por el que se establece la tabla de ofrendas y tasas para las parroquias de nuestra Diócesis ...	397
Secretaría General	
Nombramientos.....	402
Defunciones.....	411
IGLESIA EN ESPAÑA	
Conferencia Episcopal Española	
Comunicación del Decreto de la Penitenciaría Apostólica por el que el Papa Francisco concede	
la gracia del Año Jubilar Teresiano para todas las diócesis de España, desde el 15 de octubre de	
2014 al 15 de octubre de 2015.....	415
CRÓNICA DIOCESANA	
Abril, mayo y junio.....	419



IGLESIA UNIVERSAL



IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE FRANCISCO

AUDIENCIAS

Audiencia del Papa Francisco. Catequesis sobre los dones del Espíritu Santo (I)

Plaza de San Pedro. Miércoles 9 de abril de 2014.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Iniciamos hoy un ciclo de catequesis sobre los dones del Espíritu Santo. Vosotros sabéis que el Espíritu Santo constituye el alma, la savia vital de la Iglesia y de cada cristiano: es el Amor de Dios que hace de nuestro corazón su morada y entra en comunión con nosotros. El Espíritu Santo está siempre con nosotros, siempre está en nosotros, en nuestro corazón.

El Espíritu mismo es «el don de Dios» por excelencia (cf. Jn 4, 10), es un regalo de Dios, y, a su vez, comunica diversos dones espirituales a quien lo acoge. La Iglesia enumera siete, número que simbólicamente significa plenitud, totalidad; son los que se aprenden cuando uno se prepara al sacramento de la Confirmación y que invocamos en la antigua oración llamada «Secuencia del Espíritu Santo». Los dones del Espíritu Santo son: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.

El primer don del Espíritu Santo, según esta lista, es, por lo tanto, la sabiduría. Pero no se trata sencillamente de la sabiduría humana, que es fruto del conocimiento y de la experiencia. En la Biblia se cuenta que a Salomón, en el momento de su coronación como rey de Israel, había pedido el don de la sabiduría (cf. 1 Re 3, 9). Y la sabiduría es precisamente esto: es la gracia de poder ver cada cosa con los ojos de Dios. Es sencillamente esto: es ver el mundo, ver las situaciones, las ocasiones, los problemas, todo, con los ojos de Dios. Esta es la sabiduría. Algunas veces vemos las cosas según nuestro gusto o según la situación de nuestro corazón, con amor o con odio, con envidia... No, esto no es el ojo de Dios. La

sabiduría es lo que obra el Espíritu Santo en nosotros a fin de que veamos todas las cosas con los ojos de Dios. Este es el don de la sabiduría.

Y obviamente esto deriva de la intimidad con Dios, de la relación íntima que nosotros tenemos con Dios, de la relación de hijos con el Padre. Y el Espíritu Santo, cuando tenemos esta relación, nos da el don de la sabiduría. Cuando estamos en comunión con el Señor, el Espíritu Santo es como si transfigurara nuestro corazón y le hiciera percibir todo su calor y su predilección.

El Espíritu Santo, entonces, hace «sabio» al cristiano. Esto, sin embargo, no en el sentido de que tiene una respuesta para cada cosa, que lo sabe todo, sino en el sentido de que «sabe» de Dios, sabe cómo actúa Dios, conoce cuándo una cosa es de Dios y cuándo no es de Dios; tiene esta sabiduría que Dios da a nuestro corazón. El corazón del hombre sabio en este sentido tiene el gusto y el sabor de Dios. ¡Y cuán importante es que en nuestras comunidades haya cristianos así! Todo en ellos habla de Dios y se convierte en un signo hermoso y vivo de su presencia y de su amor. Y esto es algo que no podemos improvisar, que no podemos conseguir por nosotros mismos: es un don que Dios da a quienes son dóciles al Espíritu Santo. Dentro de nosotros, en nuestro corazón, tenemos al Espíritu Santo; podemos escucharlo, podemos no escucharlo. Si escuchamos al Espíritu Santo, Él nos enseña esta senda de la sabiduría, nos regala la sabiduría que consiste en ver con los ojos de Dios, escuchar con los oídos de Dios, amar con el corazón de Dios, juzgar las cosas con el juicio de Dios. Esta es la sabiduría que nos regala el Espíritu Santo, y todos nosotros podemos poseerla. Sólo tenemos que pedirla al Espíritu Santo.

Pensad en una mamá, en su casa, con los niños, que cuando uno hace una cosa el otro maquina otra, y la pobre mamá va de una parte a otra, con los problemas de los niños. Y cuando las madres se cansan y gritan a los niños, ¿eso es sabiduría? Gritar a los niños -os pregunto- ¿es sabiduría? ¿Qué decís vosotros: es sabiduría o no? ¡No! En cambio, cuando la mamá toma al niño y le riñe dulcemente y le dice: «Esto no se hace, por esto...», y le explica con mucha paciencia, ¿esto es sabiduría de Dios? ¡Sí! Es lo que nos da el Espíritu Santo en la vida. Luego, en el matrimonio, por ejemplo, los dos esposos -el esposo y la esposa- riñen, y luego no se miran o, si se miran, se miran con la cara torcida: ¿esto es sabiduría de Dios? ¡No! En cambio, si dice: «Bah, pasó la tormenta, hagamos las paces», y recomienzan a ir hacia adelante en paz: ¿esto es sabiduría? [la gente: ¡Sí!] He aquí, este es el don de la sabiduría. Que venga a casa, que venga con los niños, que venga con todos nosotros.

Y esto no se aprende: esto es un regalo del Espíritu Santo. Por ello, debemos

pedir al Señor que nos dé el Espíritu Santo y que nos dé el don de la sabiduría, de esa sabiduría de Dios que nos enseña a mirar con los ojos de Dios, a sentir con el corazón de Dios, a hablar con las palabras de Dios. Y así, con esta sabiduría, sigamos adelante, construyamos la familia, construyamos la Iglesia, y todos nos santificamos. Pidamos hoy la gracia de la sabiduría. Y pidámosla a la Virgen, que es la Sede de la sabiduría, de este don: que Ella nos alcance esta gracia. ¡Gracias!

**Audiencia del Papa Francisco.
Catequesis sobre los dones del Espíritu Santo (II)**

Plaza de San Pedro. Miércoles 30 de abril de 2014.

Queridos hermanos y hermanas:

En esta catequesis hablo del don de entendimiento. No se trata de una cualidad intelectual natural, sino de una gracia que el Espíritu Santo infunde en nosotros y que nos hace capaces de escrutar el pensamiento de Dios y su plan de salvación. San Pablo dice que, por medio del Espíritu Santo, Dios nos revela lo que ha preparado para los que le aman. ¿Qué significa esto? No es que uno tenga pleno conocimiento de Dios, pero sí que el Espíritu nos va introduciendo en su intimidad, haciéndonos partícipes del designio de amor con el que teje nuestra historia. En perfecta unión con la virtud de la fe, el entendimiento nos permite comprender cada vez más las palabras y acciones del Señor y percibir todas las cosas como un don de su amor para nuestra salvación. Como Jesús a los discípulos de Emaús, el Espíritu Santo, con este don, abre nuestros ojos, incapaces por sí solos de reconocerlo, dando de este modo una nueva luz de esperanza a nuestra existencia.

Audiencia del Papa Francisco.
Catequesis sobre los dones del Espíritu Santo (III)

Plaza de San Pedro. Miércoles 7 de mayo de 2014.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hemos escuchado en la lectura del pasaje del libro de los Salmos que dice: «El Señor me aconseja, hasta de noche me instruye internamente» (cf. *Sal* 16, 7). Y este es otro don del Espíritu Santo: el don de *consejo*. Sabemos cuán importante es, en los momentos más delicados, poder contar con las sugerencias de personas sabias y que nos quieren. Ahora, a través del don de consejo, es Dios mismo, con su Espíritu, quien ilumina nuestro corazón, de tal forma que nos hace comprender el modo justo de hablar y de comportarse; y el camino a seguir. ¿Pero cómo actúa este don en nosotros?

En el momento en el que lo acogemos y lo albergamos en nuestro corazón, el Espíritu Santo comienza inmediatamente a hacernos sensibles a su voz y a orientar nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestras intenciones según el corazón de Dios. Al mismo tiempo, nos conduce cada vez más a dirigir nuestra mirada interior hacia Jesús, como modelo de nuestro modo de actuar y de relacionarnos con Dios Padre y con los hermanos. El consejo, pues, es el don con el cual el Espíritu Santo *capacita a nuestra conciencia para hacer una opción concreta en comunión con Dios*, según la lógica de Jesús y de su Evangelio. De este modo, el Espíritu nos hace crecer interiormente, nos hace crecer positivamente, nos hace crecer en la comunidad y nos ayuda a no caer en manos del egoísmo y del propio modo de ver las cosas. Así el Espíritu nos ayuda a crecer y también a vivir en comunidad. La condición esencial para conservar este don es la oración. Volvemos siempre al mismo tema: ¡la oración! Es muy importante la oración. Rezar con las oraciones que todos sabemos desde que éramos niños, pero también rezar con nuestras palabras. Decir al Señor: «Señor, ayúdame, aconséjame, ¿qué debo hacer ahora?». Y con la oración hacemos espacio, a fin de que el Espíritu venga y nos ayude en ese momento, nos aconseje sobre lo que todos debemos hacer. ¡La oración! Jamás olvidar la oración. ¡Jamás! Nadie, nadie, se da cuenta cuando rezamos en el autobús, por la calle: rezamos en silencio con el corazón. Aprovechamos esos momentos para rezar, orar para que el Espíritu nos dé el don de consejo.

En la intimidad con Dios y en la escucha de su Palabra, poco a poco, dejamos a un lado nuestra lógica personal, impuesta la mayoría de las veces por nuestras

cerrazones, nuestros prejuicios y nuestras ambiciones, y aprendemos, en cambio, a preguntar al Señor: ¿cuál es tu deseo?, ¿cuál es tu voluntad?, ¿qué te gusta a ti? De este modo madura en nosotros una *sintonía profunda*, casi connatural en el Espíritu y se experimenta cuán verdaderas son las palabras de Jesús que nos presenta el Evangelio de Mateo: «No os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros» (Mt 10, 19-20). Es el Espíritu quien nos aconseja, pero nosotros debemos dejar espacio al Espíritu, para que nos pueda aconsejar. Y dejar espacio es rezar, rezar para que Él venga y nos ayude siempre.

Como todos los demás dones del Espíritu, también el de consejo constituye un tesoro *para toda la comunidad cristiana*. El Señor no nos habla sólo en la intimidad del corazón, nos habla sí, pero no sólo allí, sino que nos habla también a través de la voz y el testimonio de los hermanos. Es verdaderamente un don grande poder encontrar hombres y mujeres de fe que, sobre todo en los momentos más complicados e importantes de nuestra vida, nos ayudan a iluminar nuestro corazón y a reconocer la voluntad del Señor.

Recuerdo una vez en el santuario de Luján, yo estaba en el confesonario, delante del cual había una larga fila. Había también un muchacho todo moderno, con los aretes, los tatuajes, todas estas cosas... Y vino para decirme lo que le sucedía. Era un problema grande, difícil. Y me dijo: yo le he contado todo esto a mi mamá, y mi mamá me ha dicho: dirígete a la Virgen y ella te dirá lo que debes hacer. He aquí a una mujer que tenía el don de consejo. No sabía cómo salir del problema del hijo, pero indicó el camino justo: dirígete a la Virgen y ella te dirá. Esto es el don de consejo. Esa mujer humilde, sencilla, dio a su hijo el consejo más verdadero. En efecto, este muchacho me dijo: he mirado a la Virgen y he sentido que tengo que hacer esto, esto y esto... Yo no tuve que hablar, ya lo habían dicho todo su mamá y el muchacho mismo. Esto es el don de consejo. Vosotras, mamás, que tenéis este don, pedidlo para vuestros hijos: el don de aconsejar a los hijos es un don de Dios.

Queridos amigos, el Salmo 16, que hemos escuchado, nos invita a rezar con estas palabras: «Bendeciré al Señor que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor, con Él a mi derecha no vacilaré» (vv. 7-8). Que el Espíritu infunda siempre en nuestro corazón esta certeza y nos colme de su consolación y de su paz. Pedid siempre el don de consejo.

**Audiencia del Papa Francisco.
Catequesis sobre los dones del Espíritu Santo (IV)**

Plaza de San Pedro. Miércoles 14 de mayo de 2014.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En las catequesis precedentes hemos reflexionado sobre los tres primeros dones del Espíritu Santo: sabiduría, inteligencia y consejo. Hoy pensemos en lo que hace el Señor: Él viene siempre a *sostenernos en nuestra debilidad* y esto lo hace con un don especial: el don de fortaleza.

Hay una *parábola*, relatada por Jesús, que nos ayuda a captar la importancia de este don. Un *sembrador* salió a sembrar; sin embargo, no toda la semilla que esparció dio fruto. Lo que cayó al borde del camino se lo comieron los pájaros; lo que cayó en terreno pedregoso o entre abrojos brotó, pero inmediatamente lo abrasó el sol o lo ahogaron las espinas. Sólo lo que cayó en terreno bueno creció y dio fruto (cf. *Mc* 4, 3-9; *Mt* 13, 3-9; *Lc* 8, 4-8). Como Jesús mismo explica a sus discípulos, este sembrador representa al Padre, que esparce abundantemente la semilla de su Palabra. La semilla, sin embargo, se encuentra a menudo con la aridez de nuestro corazón, e incluso cuando es acogida corre el riesgo de permanecer estéril. Con el don de fortaleza, en cambio, el Espíritu Santo *libera el terreno de nuestro corazón*, lo libera de la tibieza, de las incertidumbres y de todos los temores que pueden frenarlo, de modo que la Palabra del Señor se ponga en práctica, de manera auténtica y gozosa. Es una gran ayuda este don de fortaleza, nos da fuerza y nos libera también de muchos impedimentos.

Hay también *momentos difíciles y situaciones extremas* en las que el don de fortaleza se manifiesta de modo extraordinario, ejemplar. Es el caso de quienes deben afrontar experiencias particularmente duras y dolorosas, que revolucionan su vida y la de sus seres queridos. La Iglesia resplandece por el testimonio de numerosos *hermanos y hermanas que no dudaron en entregar la propia vida*, con tal de permanecer fieles al Señor y a su Evangelio. También hoy no faltan cristianos que en muchas partes del mundo siguen celebrando y testimoniando su fe, con profunda convicción y serenidad, y resisten incluso cuando saben que ello puede comportar un precio muy alto. También nosotros, todos nosotros, conocemos gente que ha vivido situaciones difíciles, numerosos dolores. Pero, pensemos en esos hombres, en esas mujeres que tienen una vida difícil, que luchan por sacar adelante la familia, educar a los hijos: hacen todo esto porque está el espíritu de fortaleza que les ayuda. Cuántos hombres y mujeres -nosotros no conocemos sus

nombres- que honran a nuestro pueblo, honran a nuestra Iglesia, porque son fuertes: fuertes al llevar adelante su vida, su familia, su trabajo, su fe. Estos hermanos y hermanas nuestros son santos, santos en la cotidianidad, santos ocultos en medio de nosotros: tienen el don de fortaleza para llevar adelante su deber de personas, de padres, de madres, de hermanos, de hermanas, de ciudadanos. ¡Son muchos! Demos gracias al Señor por estos cristianos que viven una santidad oculta: es el Espíritu Santo que tienen dentro quien les conduce. Y nos hará bien pensar en esta gente: si ellos hacen todo esto, si ellos pueden hacerlo, ¿por qué yo no? Y nos hará bien también pedir al Señor que nos dé el don de fortaleza.

No hay que pensar que el don de fortaleza es necesario sólo en algunas ocasiones o situaciones especiales. Este don debe constituir la nota de fondo de nuestro ser cristianos, en el *ritmo ordinario de nuestra vida cotidiana*. Como he dicho, todos los días de la vida cotidiana debemos ser fuertes, necesitamos esta fortaleza para llevar adelante nuestra vida, nuestra familia, nuestra fe. El apóstol Pablo dijo una frase que nos hará bien escuchar: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Flp 4, 13). Cuando afrontamos la vida ordinaria, cuando llegan las dificultades, recordemos esto: «Todo lo puedo en Aquel que me da la fuerza». El Señor da la fuerza, siempre, no permite que nos falte. El Señor no nos prueba más de lo que nosotros podemos tolerar. Él está siempre con nosotros. «Todo lo puedo en Aquel que me conforta».

Queridos amigos, a veces podemos ser tentados de dejarnos llevar por la pereza o, peor aún, por el desaliento, sobre todo ante las fatigas y las pruebas de la vida. En estos casos, no nos desanimemos, invoquemos al Espíritu Santo, para que con el don de fortaleza dirija nuestro corazón y comunique nueva fuerza y entusiasmo a nuestra vida y a nuestro seguimiento de Jesús.

Audiencia del Papa Francisco. Catequesis sobre los dones del Espíritu Santo (V)

Plaza de San Pedro. Miércoles 21 de mayo de 2014.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy quisiera poner de relieve otro don del Espíritu Santo: el don de *ciencia*. Cuando se habla de ciencia, el pensamiento se dirige inmediatamente a la capacidad del hombre de conocer cada vez mejor la realidad que lo rodea y descubrir las leyes que rigen la naturaleza y el universo. La ciencia que viene del Espíritu Santo, sin embargo, no se limita al conocimiento humano: es un don especial, que nos lleva a captar, a través de la creación, la grandeza y el amor de Dios y su relación profunda con cada creatura.

Cuando nuestros ojos son iluminados por el Espíritu, se abren a la contemplación de Dios, en la belleza de la naturaleza y la grandiosidad del cosmos, y nos llevan a *descubrir cómo cada cosa nos habla de Él y de su amor*. Todo esto suscita en nosotros gran estupor y un profundo sentido de gratitud. Es la sensación que experimentamos también cuando admiramos una obra de arte o cualquier maravilla que es fruto del ingenio y de la creatividad del hombre: ante todo esto el Espíritu nos conduce a alabar al Señor desde lo profundo de nuestro corazón y a reconocer, en todo lo que tenemos y somos, un don inestimable de Dios y un signo de su infinito amor por nosotros.

En el primer capítulo del Génesis, precisamente al inicio de toda la Biblia, se pone de relieve que Dios se complace de su creación, subrayando repetidamente la belleza y la bondad de cada cosa. Al término de cada jornada, está escrito: «Y vio Dios que era bueno» (1, 12.18.21.25): si Dios ve que la creación es una cosa buena, es algo hermoso, también nosotros debemos asumir esta actitud y ver que la creación es algo bueno y hermoso. He aquí el don de ciencia que nos hace ver esta belleza; por lo tanto, alabemos a Dios, démosle gracias por habernos dado tanta belleza. Y cuando Dios terminó de crear al hombre no dijo «vio que era bueno», sino que dijo que era «muy bueno» (v. 31). A los ojos de Dios nosotros somos la cosa más hermosa, más grande, más buena de la creación: incluso los ángeles están por debajo de nosotros, somos más que los ángeles, como hemos escuchado en el libro de los Salmos. El Señor nos quiere mucho. Debemos darle gracias por esto. El don de ciencia nos coloca en profunda *sintonía con el Creador* y nos hace participar en la limpidez de su mirada y de su juicio. Y en esta perspectiva logramos ver en el hombre y en la mujer el vértice de la creación, como

realización de un designio de amor que está impreso en cada uno de nosotros y que hace que nos reconozcamos como hermanos y hermanas.

Todo esto es motivo de serenidad y de paz, y hace del cristiano un testigo gozoso de Dios, siguiendo las huellas de san Francisco de Asís y de muchos santos que supieron alabar y cantar su amor a través de la contemplación de la creación. Al mismo tiempo, el don de ciencia nos ayuda a no caer en algunas actitudes excesivas o equivocadas. La primera la constituye el riesgo de considerarnos dueños de la creación. La creación no es una propiedad, de la cual podemos disponer a nuestro gusto; ni, mucho menos, es una propiedad sólo de algunos, de pocos: la creación es un don, es un don maravilloso que Dios nos ha dado para que *cuidemos de él y lo utilicemos en beneficio de todos, siempre con gran respeto y gratitud*. La segunda actitud errónea está representada por la tentación de detenernos en las creaturas, como si éstas pudiesen dar respuesta a todas nuestras expectativas. Con el don de ciencia, el Espíritu nos ayuda a no caer en este error.

Pero quisiera volver a la primera vía equivocada: disponer de la creación en lugar de custodiarla. Debemos custodiar la creación porque es un don que el Señor nos ha dado, es el regalo de Dios a nosotros; nosotros somos custodios de la creación. Cuando explotamos la creación, destruimos el signo del amor de Dios. Destruir la creación es decir a Dios: «no me gusta». Y esto no es bueno: he aquí el pecado.

El cuidado de la creación es precisamente la custodia del don de Dios y es decir a Dios: «Gracias, yo soy el custodio de la creación para hacerla progresar, jamás para destruir tu don». Esta debe ser nuestra actitud respecto a la creación: custodiarla, porque si nosotros destruimos la creación, la creación nos destruirá. No olvidéis esto. Una vez estaba en el campo y escuché un dicho de una persona sencilla, a la que le gustaban mucho las flores y las cuidaba. Me dijo: «Debemos cuidar estas cosas hermosas que Dios nos ha dado; la creación es para nosotros a fin de que la aprovechemos bien; no explotarla, sino custodiarla, porque *Dios perdona siempre, nosotros los hombres perdonamos algunas veces, pero la creación no perdona nunca, y si tú no la cuidas ella te destruirá*».

Esto debe hacernos pensar y debe hacernos pedir al Espíritu Santo el don de ciencia para comprender bien que la creación es el regalo más hermoso de Dios. Él hizo muchas cosas buenas para la cosa mejor que es la persona humana.

**Audiencia del Papa Francisco.
Catequesis sobre los dones del Espíritu Santo (VI)**

Plaza de San Pedro. Miércoles 4 de junio de 2014.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy queremos detenernos en un don del Espíritu Santo que muchas veces se entiende mal o se considera de manera superficial, y, en cambio, toca el corazón de nuestra identidad y nuestra vida cristiana: se trata del don de *piedad*.

Es necesario aclarar inmediatamente que este don no se identifica con el tener compasión de alguien, tener piedad del prójimo, sino que indica nuestra pertenencia a Dios y nuestro vínculo profundo con Él, un vínculo que da sentido a toda nuestra vida y que nos mantiene firmes, en comunión con Él, incluso en los momentos más difíciles y tormentosos.

Este vínculo con el Señor no se debe entender como un deber o una imposición. Es un vínculo que viene desde dentro. Se trata de *una relación vivida con el corazón*: es nuestra amistad con Dios, que nos dona Jesús, una amistad que cambia nuestra vida y nos llena de entusiasmo, de alegría. Por ello, ante todo, el don de piedad suscita en nosotros la gratitud y la alabanza. Es esto, en efecto, el motivo y el *sentido más auténtico de nuestro culto y de nuestra adoración*. Cuando el Espíritu Santo nos hace percibir la presencia del Señor y todo su amor por nosotros, nos caldea el corazón y nos mueve casi naturalmente a la oración y a la celebración. Piedad, por lo tanto, es sinónimo de auténtico espíritu religioso, de confianza filial con Dios, de esa capacidad de dirigirnos a Él con amor y sencillez, que es propia de las personas humildes de corazón.

Si el don de piedad nos hace crecer en la relación y en la comunión con Dios y nos lleva a vivir como hijos suyos, al mismo tiempo nos ayuda a *volcar este amor también en los demás y a reconocerlos como hermanos*. Y entonces sí que seremos movidos por sentimientos de piedad -¡no de pietismo!- respecto a quien está a nuestro lado y de aquellos que encontramos cada día. ¿Por qué digo no de pietismo? Porque algunos piensan que tener piedad es cerrar los ojos, poner cara de estampa, aparentar ser como un santo. En piamontés decimos: hacer la «mugna quacia». Esto no es el don de piedad. El don de piedad significa ser verdaderamente capaces de gozar con quien experimenta alegría, llorar con quien llora, estar cerca de quien está solo o angustiado, corregir a quien está en el error, consolar a quien está afligido, acoger y socorrer a quien pasa necesidad. Hay una

relación muy estrecha entre el don de piedad y la mansedumbre. El don de piedad que nos da el Espíritu Santo nos hace apacibles, nos hace serenos, pacientes, en paz con Dios, al servicio de los demás con mansedumbre.

Queridos amigos, en la Carta a los Romanos el apóstol Pablo afirma: «Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: “¡Abba, Padre!”» (*Rm* 8, 14-15). Pidamos al Señor que el don de su Espíritu venza nuestro temor, nuestras inseguridades, también nuestro espíritu inquieto, impaciente, y nos convierta en testigos gozosos de Dios y de su amor, adorando al Señor en verdad y también en el servicio al prójimo con mansedumbre y con la sonrisa que siempre nos da el Espíritu Santo en la alegría. Que el Espíritu Santo nos dé a todos este don de piedad.

**Audiencia del Papa Francisco.
Catequesis sobre los dones del Espíritu Santo (y VII)**

Plaza de San Pedro. Miércoles 11 de junio de 2014.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El don del *temor de Dios*, del cual hablamos hoy, concluye la serie de los siete dones del Espíritu Santo. No significa tener miedo de Dios: sabemos bien que Dios es Padre, y que nos ama y quiere nuestra salvación, y siempre perdona, siempre; por lo cual no hay motivo para tener miedo de Él. El temor de Dios, en cambio, es el don del Espíritu que nos recuerda cuán pequeños somos ante Dios y su amor, y que nuestro bien está en abandonarnos con humildad, con respeto y confianza en sus manos. Esto es el temor de Dios: el abandono en la bondad de nuestro Padre que nos quiere mucho.

Cuando el Espíritu Santo entra en nuestro corazón, nos infunde consuelo y paz, y nos lleva a sentirnos tal como somos, es decir, pequeños, con esa actitud -tan recomendada por Jesús en el Evangelio- de quien pone todas sus preocupaciones y sus expectativas en Dios y se siente envuelto y sostenido por su calor y su protección, precisamente como un niño con su papá. Esto hace el Espíritu Santo en nuestro corazón: nos hace sentir como niños en los brazos de nuestro papá. En este sentido, entonces, comprendemos bien cómo el temor de Dios adquiere en nosotros la forma de la docilidad, del reconocimiento y de la alabanza, llenando nuestro corazón de esperanza. Muchas veces, en efecto, no logramos captar el designio de Dios, y nos damos cuenta de que no somos capaces de asegurarnos por nosotros mismos la felicidad y la vida eterna. Sin embargo, es precisamente en la experiencia de nuestros límites y de nuestra pobreza donde el Espíritu nos conforta y nos hace percibir que la única cosa importante es dejarnos conducir por Jesús a los brazos de su Padre.

He aquí por qué tenemos tanta necesidad de este don del Espíritu Santo. El temor de Dios nos hace tomar conciencia de que todo viene de la gracia y que nuestra verdadera fuerza está únicamente en seguir al Señor Jesús y en dejar que el Padre pueda derramar sobre nosotros su bondad y su misericordia. Abrir el corazón, para que la bondad y la misericordia de Dios vengan a nosotros. Esto hace el Espíritu Santo con el don del temor de Dios: abre los corazones. Corazón abierto a fin de que el perdón, la misericordia, la bondad, la caricia del Padre vengan a nosotros, porque nosotros somos hijos infinitamente amados.

Cuando estamos invadidos por el temor de Dios, entonces estamos predis-

puestos a seguir al Señor con humildad, docilidad y obediencia. Esto, sin embargo, no con actitud resignada y pasiva, incluso quejumbrosa, sino con el estupor y la alegría de un hijo que se ve servido y amado por el Padre. El temor de Dios, por lo tanto, no hace de nosotros cristianos tímidos, sumisos, sino que genera en nosotros valentía y fuerza. Es un don que hace de nosotros cristianos convencidos, entusiastas, que no permanecen sometidos al Señor por miedo, sino porque son movidos y conquistados por su amor. Ser conquistados por el amor de Dios. Y esto es algo hermoso. Dejarnos conquistar por este amor de papá, que nos quiere mucho, nos ama con todo su corazón.

Pero, atención, porque el don de Dios, el don del temor de Dios es también una «alarma» ante la pertinacia en el pecado. Cuando una persona vive en el mal, cuando blasfema contra Dios, cuando explota a los demás, cuando los tiraniza, cuando vive sólo para el dinero, para la vanidad, o el poder, o el orgullo, entonces el santo temor de Dios nos pone en alerta: ¡atención! Con todo este poder, con todo este dinero, con todo tu orgullo, con toda tu vanidad, no serás feliz. Nadie puede llevar consigo al más allá ni el dinero, ni el poder, ni la vanidad, ni el orgullo. ¡Nada! Sólo podemos llevar el amor que Dios Padre nos da, las caricias de Dios, aceptadas y recibidas por nosotros con amor. Y podemos llevar lo que hemos hecho por los demás. Atención en no poner la esperanza en el dinero, en el orgullo, en el poder, en la vanidad, porque todo esto no puede prometernos nada bueno. Pienso, por ejemplo, en las personas que tienen responsabilidad sobre otros y se dejan corromper. ¿Pensáis que una persona corrupta será feliz en el más allá? No, todo el fruto de su corrupción corrompió su corazón y será difícil ir al Señor. Pienso en quienes viven de la trata de personas y del trabajo esclavo. ¿Pensáis que esta gente que trafica personas, que explota a las personas con el trabajo esclavo tiene en el corazón el amor de Dios? No, no tienen temor de Dios y no son felices. No lo son. Pienso en quienes fabrican armas para fomentar las guerras; pero pensad qué oficio es éste. Estoy seguro de que si hago ahora la pregunta: ¿cuántos de vosotros sois fabricantes de armas? Ninguno, ninguno. Estos fabricantes de armas no vienen a escuchar la Palabra de Dios. Estos fabrican la muerte, son mercaderes de muerte y producen mercancía de muerte. Que el temor de Dios les haga comprender que un día todo acaba y que deberán rendir cuentas a Dios.

Queridos amigos, el Salmo 34 nos hace rezar así: «El afligido invocó al Señor, Él lo escuchó y lo salvó de sus angustias. El ángel del Señor acampa en torno a quienes lo temen y los protege» (vv. 7-8). Pidamos al Señor la gracia de unir nuestra voz a la de los pobres, para acoger el don del temor de Dios y poder reconocernos, juntamente con ellos, revestidos de la misericordia y del amor de Dios, que es nuestro Padre, nuestro papá. Que así sea.

Audiencia del Papa Francisco. Catequesis sobre la Iglesia (I)

Plaza de San Pedro. Miércoles 18 de junio de 2014.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Y felicidades a vosotros porque habéis sido valientes, con este tiempo que no se sabe si viene el agua, o si no viene el agua... ¡Estupendos! Esperamos terminar la audiencia sin agua, que el Señor tenga piedad de nosotros.

Hoy comienzo un ciclo de catequesis sobre la Iglesia. Es un poco como un hijo que habla de su madre, de su familia. Hablar de la Iglesia es hablar de nuestra madre, de nuestra familia. La Iglesia no es una institución finalizada a sí misma o una asociación privada, una ong, ni mucho menos se debe restringir la mirada al clero o al Vaticano... «La Iglesia piensa...». La Iglesia somos todos. «¿De quién hablas tú?». «No, de los sacerdotes...». Ah, los sacerdotes son parte de la Iglesia, pero la Iglesia somos todos. No hay que reducirla a los sacerdotes, a los obispos, al Vaticano... Estas son partes de la Iglesia, pero la Iglesia somos todos, todos familia, todos de la madre. Y la Iglesia es una realidad mucho más amplia, que se abre a toda la humanidad y que no nace en un laboratorio, la Iglesia no nació en un laboratorio, no nació improvisadamente. Ha sido fundada por Jesús, pero es un pueblo con una historia larga a sus espaldas y una preparación que tiene su inicio mucho antes de Cristo mismo.

Esta historia, o «prehistoria», de la Iglesia se encuentra ya en las páginas del Antiguo Testamento. Hemos escuchado el libro del Génesis: Dios eligió a *Abrahán*, nuestro padre en la fe, y le pidió que se ponga en camino, que deje su patria terrena y que vaya hacia otra tierra, que Él le indicaría (cf. *Gn 12, 1-9*). Y en esta vocación Dios no llama a Abrahán solo, como individuo, sino que implica desde el inicio a su familia, a sus parientes y a todos aquellos que estaban al servicio de su casa. Una vez en camino -sí, así comienza a caminar la Iglesia-, luego, Dios ampliará aún más el horizonte y colmará a Abrahán de su bendición, prometiéndole una descendencia numerosa como las estrellas del cielo y como la arena a la orilla del mar. El primer dato importante es precisamente este: comenzando por Abrahán *Dios forma un pueblo para que lleve su bendición a todas las familias de la tierra*. Y en el seno de este pueblo nace Jesús. Es Dios quien forma este pueblo, esta historia, la Iglesia en camino, y allí nace Jesús, en este pueblo.

Un segundo elemento: no es Abrahán quien constituye a su alrededor un pueblo, sino que es Dios quien da vida a ese pueblo. Normalmente era el hombre el

que se dirigía a la divinidad, tratando de colmar la distancia e invocando apoyo y protección. La gente rezaba a los dioses, a las divinidades. En este caso, en cambio, se asiste a algo inaudito: *es Dios mismo quien toma la iniciativa*. Escuchemos esto: es Dios mismo quien llama a la puerta de Abrahán y le dice: sigue adelante, deja tu tierra, comienza a caminar y yo haré de ti un gran pueblo. Este es el comienzo de la Iglesia y en este pueblo nace Jesús. Dios toma la iniciativa y dirige su palabra al hombre, creando un vínculo y una relación nueva con Él. «Pero, padre, ¿cómo es esto? ¿Dios nos habla?» «Sí». «¿Y nosotros podemos hablar a Dios?». «Sí». «¿Pero nosotros podemos tener una conversación con Dios?». «Sí». Esto se llama oración, pero es Dios el que hizo esto desde el comienzo. Así Dios forma un pueblo con todos aquellos que escuchan su Palabra y que se ponen en camino, fiándose de Él. Esta es la única condición: fiarse de Dios. Si tú te fías de Dios, lo escuchas y te pones en camino, eso es hacer Iglesia. El amor de Dios *precede* a todo. Dios siempre es el primero, llega antes que nosotros, Él nos precede. El profeta Isaías, o Jeremías, no recuerdo bien, decía que Dios es como la flor del almendro, porque es el primer árbol que florece en primavera. Para decir que Dios siempre florece antes que nosotros. Cuando nosotros llegamos Él nos espera, Él nos llama, Él nos hace caminar. Siempre se adelanta respecto a nosotros. Y esto se llama amor, porque Dios nos espera siempre. «Pero, padre, yo no creo esto, porque si usted lo supiese, padre, mi vida ha sido muy mala, ¿cómo puedo pensar que Dios me espera?». «Dios te espera. Y si has sido un gran pecador te espera aún más y te espera con mucho amor, porque Él es el primero. Es esta la belleza de la Iglesia, que nos lleva a este Dios que nos espera. Precede a Abrahán, y precede también a Adán.

Abrahán y los suyos escucharon la llamada de Dios y se pusieron en camino, a pesar de que no sabían bien quién era este Dios y a dónde los quería llevar. Es verdad, porque Abrahán se puso en camino fiándose de este Dios que le había hablado, pero no tenía un libro de teología para estudiar quién era este Dios. Se fía, se fía del amor. Dios le hace sentir el amor y él se fía. Eso, sin embargo, no significa que esta gente haya estado siempre convencida y haya sido siempre fiel. Al contrario, desde el inicio hubo resistencias, repliegue sobre sí mismos y sobre los propios intereses y la tentación de regatear con Dios y resolver las cosas al propio estilo. Estas son las traiciones y los pecados que marcan el camino del pueblo a lo largo de toda la historia de la salvación, que es *la historia de la fidelidad de Dios y de la infidelidad del pueblo*. Dios, sin embargo, no se cansa. Dios tiene *paciencia*, tiene mucha paciencia, y en el tiempo sigue educando y formando a su pueblo, como un padre con su hijo. Dios camina con nosotros. Dice el profeta Oseas: «Yo he caminado contigo y te he enseñado a caminar como un papá enseña a caminar al niño». Hermosa esta imagen de Dios. Así es con nosotros:

nos enseña a caminar. Y es la misma actitud que mantiene en relación con la Iglesia. Incluso nosotros, en efecto, en nuestro propósito de seguir al Señor Jesús, experimentamos cada día el egoísmo y la dureza de nuestro corazón. Sin embargo, cuando nos reconocemos pecadores, Dios nos colma con su misericordia y su amor. Y nos perdona, nos perdona siempre. Es precisamente esto lo que nos hace crecer como pueblo de Dios, como Iglesia: no es nuestra bondad, no son nuestros méritos -nosotros somos poca cosa, no es eso-, sino que es la experiencia cotidiana de cuánto nos quiere el Señor y se preocupa de nosotros. Es esto lo que nos hace sentir verdaderamente suyos, en sus manos, y nos hace crecer en la comunión con Él y entre nosotros. Ser Iglesia es sentirse en las manos de Dios, que es padre y nos ama, nos acaricia, nos espera, nos hace sentir su ternura. Y esto es muy hermoso.

Queridos amigos, este es el proyecto de Dios. Cuando Dios llamó a Abrahán pensaba en esto: formar un pueblo bendecido por su amor y que lleve su bendición a todos los pueblos de la tierra. Este proyecto no cambia, está siempre en acto. En Cristo ha tenido su realización y todavía hoy Dios lo sigue realizando en la Iglesia. Pidamos, pues, la gracia de ser fieles al seguimiento del Señor Jesús y a la escucha de su Palabra, dispuestos a salir cada día, como Abrahán, hacia la tierra de Dios y del hombre, nuestra verdadera patria, y así llegar a ser bendición, signo del amor de Dios para todos sus hijos. A mí me gusta pensar que un sinónimo, otro nombre que podemos tener nosotros cristianos sería este: somos hombres y mujeres, somos gente que bendice. El cristiano con su vida debe bendecir siempre, bendecir a Dios y bendecir a todos. Nosotros cristianos somos gente que bendice, que sabe bendecir. ¡Esta es una hermosa vocación!

Audiencia del Papa Francisco. Catequesis sobre la Iglesia (II)

Plaza de San Pedro. Miércoles 25 de junio de 2014.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy hay otro grupo de peregrinos en conexión con nosotros en el aula Pablo VI: son los peregrinos enfermos. Porque con este tiempo que está haciendo, entre el calor y la posibilidad de lluvia, era más prudente que ellos permaneciesen allí. Pero ellos están en conexión con nosotros a través de la pantalla gigante. Y así estamos unidos en la misma audiencia. Todos nosotros hoy rezaremos especialmente por ellos, por sus enfermedades. Gracias.

En la primera catequesis sobre la Iglesia, el miércoles pasado, hemos partido de la iniciativa de Dios que quiere formar un pueblo que lleve su bendición a todos los pueblos de la tierra. Comienza con Abrahán y luego, con mucha paciencia -Dios tiene mucha paciencia, mucha-, prepara a este pueblo en la Antigua Alianza hasta que, en Jesucristo, lo constituye como signo e instrumento de la unión de los hombres con Dios y entre ellos (cf. Conc. Ecum. Vat. II, const. *Lumen gentium*, 1). Hoy queremos detenernos en la importancia, para el cristiano, de *pertenecer* a este pueblo. Hablaremos sobre la pertenencia a la Iglesia.

No estamos aislados y no somos cristianos a título individual, cada uno por su cuenta, no, *nuestra identidad cristiana es pertenencia*. Somos cristianos porque pertenecemos a la Iglesia. Es como un apellido: si el nombre es «soy cristiano», el apellido es «pertenezco a la Iglesia». Es muy hermoso notar cómo esta pertenencia se expresa también en el nombre que Dios se atribuye a sí mismo. Al responder a Moisés, en el episodio estupendo de la «zarza ardiente» (cf. *Ex* 3, 15), se define, en efecto, como *el Dios de los padres*. No dice: Yo soy el Omnipotente..., no: *Yo soy el Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob*. De este modo Él se manifiesta como el Dios que estableció una alianza con nuestros padres y permanece siempre fiel a su pacto, y nos llama a entrar en esta relación que nos precede. Esta relación de Dios con su pueblo nos precede a todos, viene de ese tiempo.

En este sentido, el pensamiento se dirige en primer lugar, con gratitud, a *quienes nos han precedido* y nos han acogido en la Iglesia. Nadie llega a ser cristiano por sí mismo. ¿Está claro esto? Nadie llega a ser cristiano por sí mismo. No se hacen cristianos en el laboratorio. El cristiano es parte de un pueblo que viene de lejos. El cristiano pertenece a un pueblo que se llama Iglesia y esta Iglesia lo hace cristiano, el día del Bautismo, y luego en el itinerario de la catequesis, etc. Pero nadie, nadie

se convierte en cristiano por sí mismo. Si creemos, si sabemos rezar, si conocemos al Señor y podemos escuchar su Palabra, si lo sentimos cercano y lo reconocemos en los hermanos, es porque otros, antes que nosotros, han vivido la fe y luego nos la han transmitido. La fe la hemos *recibido* de nuestros padres, de nuestros antepasados, y ellos nos la enseñaron. Si pensamos bien en esto, quién sabe cuántos rostros queridos pasan ante nuestros ojos, en este momento: puede ser el rostro de nuestros padres que pidieron para nosotros el Bautismo; el de nuestros abuelos o de algún familiar que nos enseñaron a hacer el signo de la cruz y a recitar las primeras oraciones. Yo recuerdo siempre el rostro de la religiosa que me enseñó el catecismo, siempre me viene a la mente -ella, con seguridad, está en el cielo, porque es una santa mujer-, y yo la recuerdo siempre y doy gracias a Dios por esta religiosa. O bien el rostro del párroco, de otro sacerdote o de una religiosa, de un catequista, que nos ha transmitido el contenido de la fe y nos ha hecho crecer como cristianos... He aquí, esta es la Iglesia: una gran familia, en la cual uno es acogido, donde se aprende a vivir como creyentes y como discípulos del Señor Jesús.

Este camino lo podemos vivir no sólo *gracias* a otras personas, sino *junto* a otras personas. En la Iglesia no existe el «hazlo tú solo», no existen «jugadores líberos». ¡Cuántas veces el Papa Benedicto ha descrito a la Iglesia como un «nosotros» eclesial! En algunas ocasiones sucede que escuchamos a alguno decir: «Yo creo en Dios, creo en Jesús, pero la Iglesia no me interesa...». ¿Cuántas veces lo hemos escuchado? Y esto no está bien. Hay quien considera que puede tener una relación personal, directa, inmediata con Jesucristo fuera de la comunión y de la mediación de la Iglesia. Son tentaciones peligrosas y perjudiciales. Son, como decía el gran Pablo VI, dicotomías absurdas. Es verdad que caminar juntos es comprometedor, y a veces puede resultar fatigoso: puede suceder que algún hermano o alguna hermana nos cause problema, o nos provoque escándalo... Pero el Señor ha confiado su mensaje de salvación a personas humanas, a todos nosotros, a testigos; y es en nuestros hermanos y en nuestras hermanas, con sus dones y sus límites, que Él viene a nuestro encuentro y se hace reconocer. Y esto significa pertenecer a la Iglesia. Recordadlo bien: ser cristiano significa pertenencia a la Iglesia. El nombre es «cristiano», el apellido es «pertenencia a la Iglesia».

Queridos amigos, pidamos al Señor, por intercesión de la Virgen María, Madre de la Iglesia, la gracia de no caer nunca en la tentación de pensar que podemos prescindir de los demás, que podemos prescindir de la Iglesia, que podemos salvarnos por nosotros mismos, ser cristianos de laboratorio. Al contrario, no se puede amar a Dios sin amar a los hermanos, no se puede amar a Dios fuera de la Iglesia; no se puede estar en comunión con Dios sin estarlo en la Iglesia, y no podemos ser buenos cristianos si no es junto a todos aquellos que buscan seguir al Señor Jesús, como un único pueblo, un único cuerpo, y esto es la Iglesia. Gracias.

DISCURSOS

Diálogo del Papa Francisco, con los estudiantes de los Colegios Pontificios y Residencias Sacerdotales de Roma

Aula Pablo VI. Lunes 12 de mayo de 2014.

Buenos días, y os agradezco mucho esta presencia. Doy las gracias al cardenal Stella por sus palabras, y pido disculpas por el retraso. Sí, porque están los obispos mexicanos en visita *Ad limina...* y cuando uno está con los mexicanos, se está muy bien, tan bien, que el tiempo pasa y uno no se da cuenta.

A los 146 de vosotros que sois de los países de Oriente Medio, también algunos de vosotros de Ucrania, quiero deciros que os estoy muy cercano en este momento de sufrimiento: de verdad, muy cercano, y en la oración. En la Iglesia se sufre mucho; la Iglesia sufre mucho, y la Iglesia que sufre es también la Iglesia perseguida en algunas partes, y os estoy cercano. Gracias. Y ahora quisiera que... había preguntas, yo las he visto, pero si queréis cambiarlas o hacerlas un poco más espontáneas, no hay problema, con toda libertad.

Buenos días Santo Padre. Me llamo Daniel, vengo de los Estados Unidos, soy diácono y soy del Colegio Norteamericano. Nosotros venimos a Roma sobre todo para una formación académica y para respetar este compromiso. ¿Cómo hacer para no descuidar una formación sacerdotal integral, tanto a nivel personal como comunitario? Gracias.

Gracias por la pregunta. Es verdad: vuestro objetivo principal, aquí, es la formación académica: graduarse en esto, en aquello... Pero existe el peligro del academicismo. Sí, los obispos os envían aquí para que tengáis un grado académico, pero también para regresar a la diócesis; y en la diócesis debéis trabajar en el presbiterio, como presbíteros, presbíteros con *doctorado*. Y si uno cae en este peligro del academicismo, regresa no el padre, sino el «doctor». Y esto es peligroso. Hay cuatro pilares en la formación sacerdotal: esto lo he dicho muchas veces, quizás vosotros lo habéis escuchado. Cuatro pilares: la formación espiritual, la formación académica, la formación comunitaria y la formación apostólica. Es verdad que aquí, en Roma, se enfatiza -porque para esto fuisteis enviados- la formación intelectual; pero los otros pilares se deben cultivar, y los cuatro interactúan entre sí, y yo no entendería a un sacerdote que viene a hacer una especialización aquí, a

Roma, y que no tenga una vida comunitaria, esto no funciona; o que no cuide la vida espiritual -la misa cotidiana, la oración cotidiana, la *lectio divina*, la oración personal con el Señor- o la vida apostólica: el fin de semana hacer algo, cambiar un poco de aire, pero también aire apostólico, hacer algo allí... Es verdad que el estudio es una dimensión apostólica; pero es importante que también los otros tres pilares sean atendidos. El purismo académico no hace bien, no hace bien. Y por esto me ha gustado tu pregunta, porque me ha dado la oportunidad de decirte estas cosas. El Señor os ha llamado a ser sacerdotes, a ser presbíteros: esta es la regla fundamental. Y hay otra cosa que quisiera subrayar: si sólo se ve la parte académica, está el peligro de caer en las ideologías, y esto hace enfermar. Hace enfermar también la concepción de Iglesia. Para comprender a la Iglesia es necesario entenderla por el estudio pero también por la oración, la vida comunitaria y la vida apostólica. Cuando caemos en una ideología, y vamos por ese camino, tendremos una hermenéutica no cristiana, una hermenéutica de la Iglesia ideológica. Y esto hace mal, esta es una enfermedad. La hermenéutica de la Iglesia debe ser la hermenéutica que la Iglesia misma nos ofrece, que la Iglesia misma nos da. Comprender a la Iglesia con ojos de cristiano; entender a la Iglesia con mente de cristiano; entender a la Iglesia con corazón de cristiano; entender a la Iglesia desde la actividad cristiana. De lo contrario, la Iglesia no se entiende, o se entiende mal. Por esto es importante destacar, sí, el trabajo académico porque para esto fuisteis enviados; pero no descuidar los otros tres pilares: la vida espiritual, la vida comunitaria y la vida apostólica. No sé si esto responde a tu pregunta... Gracias.

Buenos días, Santo Padre. Soy Tomás, de China. Soy un seminarista del Colegio Urbano. A veces, vivir en comunidad no es fácil: ¿qué nos aconseja partiendo incluso de su experiencia, para hacer de nuestra comunidad un lugar de crecimiento humano y espiritual y de ejercicio de caridad sacerdotal?

Una vez, un viejo obispo de América Latina decía: «Es mucho mejor el peor seminario que el no-seminario». Si uno se prepara al sacerdocio solo, sin comunidad, esto hace mal. La vida del seminario, o sea, la vida comunitaria, es muy importante. Es muy importante porque existe la fraternidad entre los hermanos, que caminan hacia el sacerdocio; pero también existen los problemas, las luchas: luchas de poder, luchas de ideas, incluso luchas ocultas; y vienen los vicios capitales: la envidia, los celos... Y vienen también las cosas buenas: las amistades, el intercambio de ideas, y esto es lo importante de la vida comunitaria. La vida comunitaria no es el paraíso, es el purgatorio al menos -no, no es eso... [ríen]- ¡pero no es el paraíso! Un santo de los jesuitas decía que la mayor penitencia, para él, era la vida comunitaria. Es verdad, ¿no? Por ello creo que debemos seguir adelan-

te, en la vida comunitaria. Pero, ¿cómo? Hay cuatro o cinco cosas que nos ayudarán mucho. Nunca, nunca hablar mal de los demás. Si tengo algo contra otro, o que no estoy de acuerdo: ¡en la cara! Pero nosotros clérigos tenemos la tentación de no hablar en la cara, de ser demasiados diplomáticos, ese lenguaje clerical... Pero, nos hace mal, ¡nos hace mal! Recuerdo una vez, hace 22 años: había sido apenas nombrado obispo, y tenía como secretario en esa vicaría -Buenos Aires está dividida en cuatro vicarías-, en esa vicaría tenía como secretario a un sacerdote joven, recién ordenado. Y yo, en los primeros meses, hice algo, y tomé una decisión un poco diplomática -demasiado diplomática-, con las consecuencias que vienen de esas decisiones que no se toman en el Señor, ¿no? Y al final, le dije: «Pero mira qué problema este, no sé cómo arreglarlo...». Y él me miró en la cara -¡un joven!- y me dijo: «Porque ha hecho mal. Usted no ha tomado una decisión paterna», y me dijo tres o cuatro cosas de esas fuertes. Muy respetuoso, pero me las dijo. Y luego, cuando se marchó, pensé: «A este no lo alejaré nunca del cargo de secretario: ¡este es un verdadero hermano!». En cambio, los que te dicen las cosas bonitas delante y luego por detrás no tan bonitas... Esto es importante... Las habladurías son la peste de una comunidad; se habla en la cara, siempre. Y si no tienes el valor de hablar en la cara, habla al superior o al director, y él te ayudará. ¡Pero no ir por las habitaciones de los compañeros a hablar mal! Se dice que criticar es cosa de mujeres, pero también de hombres, incluso nuestra. ¡Nosotros criticamos bastante! Y esto destruye a la comunidad. También, otra cosa es oír, escuchar las diversas opiniones y discutir las opiniones, pero bien, buscando la verdad, buscando la unidad: esto ayuda a la comunidad: mi padre espiritual una vez -yo era estudiante de filosofía, él era un filósofo, un metafísico, pero era un buen padre espiritual-, fui a él y salió el problema de que estaba enfadado con uno: «Pero, contra este, porque esto, esto, esto...»; le dije al padre espiritual todo lo que tenía dentro. Y él me hizo sólo una pregunta: «Dime, ¿tú has orado por él?». Nada más. Y yo le dije: «No». Y él permaneció callado. «Hemos terminado», me dijo. Rezar, rezar por todos los miembros de la comunidad, pero rezar principalmente por esos con los que tengo problemas o por esos que no quiero, porque no querer a una persona algunas veces es algo natural, instintivo. Rezar, y el Señor hará lo demás, pero rezar siempre. La oración comunitaria. Estas dos cosas -no quisiera hablar mucho-, pero os aseguro que si hacéis estas dos cosas, la comunidad va adelante, se puede vivir bien, se puede discutir bien, se puede rezar bien juntos. Dos cosas pequeñas: no hablar mal de los demás y rezar por aquellos con quienes tengo problemas. Puedo decir más, pero creo que esto es suficiente.

Buenos días Santo Padre.

Buenos días.

Me llamo Charbel, soy un seminarista de Líbano y me estoy formando en el Colegio «Sedes Sapientiae». Antes de hacerle la pregunta quiero agradecerle su cercanía a nuestro pueblo en Líbano y a todo Oriente Medio. Mi pregunta es ésta: el año pasado, usted dejó su tierra y su patria. ¿Qué nos recomienda para aprovechar mejor nuestra llegada y estancia en Roma?

Pero, es diferente... Vuestra llegada a Roma, respecto al traslado de la diócesis que me han hecho a mí, es un poco diferente, pero está bien... Recuerdo la primera vez que dejé [mi tierra] para venir a estudiar aquí... Primero está la novedad, es la novedad de las cosas, y debemos ser pacientes con nosotros mismos. Los primeros tiempos es como un tiempo de noviazgo: todo es hermoso, ah, las novedades, las cosas...; pero esto no se debe reprochar, ¡es así! A todos sucede esto, a todos sucede que las cosas sean así. Y luego, volviendo a uno de los pilares, ante todo la integración en la vida de comunidad y en la vida de estudio, directamente. Vine para esto, a hacer esto. Y después, buscar un trabajo para el fin de semana, un trabajo apostólico, es importante. No permanecer cerrados y no estar dispersos. Pero los primeros tiempos es el período de las novedades: «Quisiera hacer esto, ir a ese museo, o esta película, o esto, aquello...». Pero adelante, no os preocupéis, es normal que esto suceda. Pero luego, proceder con determinación. ¿Qué vine a hacer? Estudiar. ¡Estudia en serio! Y aprovechar las muchas oportunidades que nos da esta permanencia. La novedad de la universalidad: conocer gente de tantos sitios diversos, de tantos países diversos, de tantas culturas diversas; la oportunidad del diálogo entre vosotros: «Pero ¿cómo es esto en tu patria? Y, ¿cómo es aquello? Y en la mía es...». Este intercambio hace mucho bien, mucho bien. Creo que sencillamente no diría más. Pero no espantarse por esa alegría de las novedades: es la alegría del primer noviazgo, antes de que comiencen los problemas. Y adelante. Después, actuar con determinación.

Buenos días, Santo Padre. Soy Daniel Ortiz, y soy mexicano. Aquí en Roma vivo en el colegio «Maria Mater Ecclesiae». Su Santidad, en la fidelidad a nuestra vocación necesitamos un constante discernimiento, vigilancia y disciplina personal. Usted ¿cómo hizo, cuando fue seminarista, cuando fue sacerdote, cuando fue obispo y ahora que es Pontífice? ¿Y qué nos aconseja al respecto? Gracias.

Gracias. Tú has dicho la palabra *vigilancia*. Esta es una actitud cristiana: la vigilancia. La vigilancia sobre uno mismo: ¿qué ocurre en mi corazón? Porque donde está mi corazón está mi tesoro. ¿Qué ocurre ahí? Dicen los padres orientales que se debe conocer bien si mi corazón está turbado o si mi corazón está tranquilo. Primera pregunta: vigilancia de tu corazón: ¿está en turbulencia? Si está en turbulencia, no se puede ver qué hay dentro. Como el mar, ¿no? No se

ven los peces cuando el mar está así... El primer consejo, cuando el corazón está en turbulencia, es el consejo de los padres rusos: ir bajo el manto de la Santa Madre de Dios. Recordaos que la primera antifona latina es precisamente esta: en los momentos de turbulencia, buscar refugio bajo el manto de la Santa Madre de Dios. Es la antifona «*Sub tuum praesidium confugimus, Sancta Dei Genitrix*»: es la primera antifona latina de la Virgen. Es curioso, ¿no? Vigilar. ¿Hay turbulencia? Ante todo ir allí, y allí esperar a que haya un poco de calma: con la oración, con la confianza en la Virgen... Alguno me dirá: «Pero, padre, en este tiempo de tanta modernidad buena, de la psiquiatría, de la psicología, en estos momentos de turbulencia creo que sería mejor ir al psiquiatra para que me ayude...». No descarto esto, pero ante todo ir a la Madre: porque un sacerdote que se olvida de la Madre, y sobre todo en los momentos de turbulencia, le falta algo. Es un sacerdote huérfano: ¿se ha olvidado de su mamá! Y en los momentos difíciles, es cuando el niño va con la mamá, siempre. Y nosotros somos niños en la vida espiritual, ¿esto no olvidarlo nunca! Vigilar cómo está mi corazón. Tiempo de turbulencia, ir a buscar refugio bajo el manto de la Santa Madre de Dios. Así dicen los monjes rusos, y en verdad es así. Después, ¿qué hago? Busco entender lo que sucede, pero siempre con paz. Entender con paz. Luego, vuelve la paz y puedo hacer la *discussio conscientiae*. Cuando estoy en paz, no hay turbulencia: «¿Qué ocurrió hoy en mi corazón?». Y esto es *vigilar*. Vigilar no es ir a la sala de tortura, ¡no! Es mirar el corazón. Debemos ser *dueños* de nuestro corazón. ¿Qué siente mi corazón, qué busca? ¿Qué me ha hecho feliz hoy y qué no me ha hecho feliz? No terminar la jornada sin hacer esto. Una pregunta que yo hacía, como obispo, a los sacerdotes es: «Dime, ¿cómo vas a la cama?». Y ellos no entendían. «¿Pero qué quiere decir?». «Sí, ¿cómo terminas la jornada?». «Oh, destruido, padre, porque hay mucho trabajo, la parroquia, tanto... Luego ceno un poco, como algo y me voy a la cama, miro la tv y me distiendo un poco...». «¿Y no pasas antes por el sagrario?». Hay cosas que nos hacen ver dónde está nuestro corazón. Nunca, nunca -y esta es la vigilancia-, nunca terminar la jornada sin ir un poco allí, ante el Señor; mirar y preguntar: «¿Qué sucedió en mi corazón?». En momentos tristes, en momentos felices: ¿cómo era esa tristeza?, ¿cómo era esa alegría? Esta es la vigilancia. Vigilar también las depresiones y los entusiasmos. «Hoy me siento decaído, no sé qué sucede». Vigilar: ¿por qué estoy decaído? ¿Deberías tal vez ir a alguien que te ayude?... Esto es vigilancia. «Oh, ¡estoy alegre!». Pero ¿por qué hoy estoy alegre? ¿Qué sucedió en mi corazón? Esto no es una introspección estéril, no, no. Esto es conocer el estado de mi corazón, mi vida, cómo camino en la senda del Señor. Porque, si no hay vigilancia, el corazón va a cualquier lado; y la imaginación viene detrás: «ve, ve...»; y luego se puede acabar mal. Me gusta la pregunta sobre la vigilancia. No son cosas antiguas, no son cosas superadas. Son cosas *humanas*, y como todas las cosas humanas son eternas. Las llevaremos siem-

pre con nosotros. Vigilar el corazón era precisamente la sabiduría de los primeros monjes cristianos, enseñaban esto, a vigilar el corazón.

¿Puedo hacer un paréntesis? ¿Por qué he hablado de la Virgen? Os aconsejaré esto que dije antes, buscar refugio... Una hermosa relación con la Virgen; la relación con la Virgen nos ayuda a tener una hermosa relación con la Iglesia: las dos son Madres... Vosotros conocéis el hermoso pasaje de san Isaac, el abad de la estrella: lo que se puede decir de María se puede decir de la Iglesia y también de nuestra alma. Las tres son femeninas, las tres son Madres, las tres dan vida. La relación con la Virgen es una relación de hijo... Vigiland sobre esto: si no se tiene una buena relación con la Virgen, hay algo de huérfano en mi corazón. Yo recuerdo, una vez, hace 30 años, estaba en el Norte de Europa: tenía que ir allí por la educación de la Universidad de Córdoba, en la que yo era en ese momento vicedecano. Y me invitó una familia de católicos practicantes; un país demasiado secularizado era ese. Y en la cena había muchos niños, eran católicos practicantes, los dos profesores universitarios, los dos también catequistas. A un cierto punto, hablando de Jesucristo -¡entusiasmados de Jesucristo!, hablo de hace 30 años-dijeron: «Sí, gracias a Dios hemos superado la etapa de la Virgen...». ¿Y cómo es esto?, dije. «Sí, porque hemos conocido a Jesucristo, y no tenemos más necesidad de ella». Yo quedé un poco dolido, no entendí bien. Y hablamos un poco de esto. Y esto ¡no es madurez! No es madurez. Olvidar a la madre es una cosa fea... Y, para decirlo de otra manera: si tú no quieres a la Virgen como Madre, ¡seguro que la tendrás como suegra! Y esto no es bueno. Gracias.

¡Viva Jesús, viva María! Gracias, Santo Padre, por tus palabras sobre la Virgen. Me llamo don Ignacio y vengo de Manila, Filipinas. Estoy realizando mi doctorado en mariología en la Pontificia Facultad Teológica «Marianum», y resido en el Pontificio Colegio Filipino. Santo Padre, mi pregunta es: la Iglesia tiene necesidad de pastores capaces de guiar, gobernar, comunicar como nos exige el mundo de hoy. ¿Cómo se aprende y se ejerce el liderazgo en la vida sacerdotal, asumiendo el modelo de Cristo que se abajó asumiendo la cruz, la muerte de cruz, y asumiendo la condición de siervo hasta la muerte de cruz? Gracias.

¡Pero tu obispo es un gran comunicador!

Es el cardenal Tagle...

El liderazgo... este es el centro de la pregunta... Hay un solo camino -luego hablaré de los pastores- pero para el liderazgo hay un solo camino: el servicio. No hay otro. Si tú tienes muchas cualidades -comunicar, etc.- pero no eres un servi-

dor, tu *liderazgo* caerá, no sirve, no es capaz de convocar. Solamente el servicio: estar al servicio... Recuerdo a un padre espiritual muy bueno, la gente iba a él, tanto que algunas veces no podía rezar todo el breviario. Y por la noche, iba al Señor y le decía: «Señor, mira, no he hecho tu voluntad, ¡pero tampoco la mía! ¡He hecho la voluntad de los demás!». Así, los dos -el Señor y él- se consolaban. El servicio es hacer, muchas veces, la voluntad de los demás. Un sacerdote que trabajaba en un barrio muy humilde -¡muy humilde!-, una villa miseria, una favela, dijo: «Yo necesitaría cerrar las ventanas, las puertas, todas, porque a un cierto punto es mucho, mucho, lo que me vienen a pedir: esta cosa espiritual, esta cosa material, que al final quisiera cerrar todo. Pero esto no es del Señor», decía. Es verdad: cuando no existe el servicio, tú no puedes guiar a un pueblo. El servicio del pastor. El pastor debe estar siempre a disposición de su pueblo. El pastor debe ayudar al pueblo a crecer, a caminar. Ayer, en la lectura me llamó la atención que en el Evangelio se decía el verbo «sacar»: el pastor saca a las ovejas para que vayan a buscar la hierba. Me llamó la atención: las hace salir, ¡las hace salir con fuerza! El original tiene un cierto tono de esto: *hace salir*, pero con *fuerza*. Es como *expulsar*: «ve, ¡ve!». El pastor que hace crecer a su pueblo y que va siempre con su pueblo. Algunas veces, el pastor debe ir delante, para indicar el camino; otras veces, en medio, para conocer qué sucede; muchas veces, detrás, para ayudar a los últimos y también para seguir el olfato de las ovejas que saben dónde está la hierba buena. El pastor... San Agustín, retomando a Ezequiel, dice que debe estar al servicio de las ovejas y destaca dos peligros: el pastor que explota a las ovejas para comer, para enriquecerse, por intereses económicos, material, y el pastor que explota a las ovejas para vestirse bien. La carne y la lana. Dice san Agustín. Leed ese bello sermón *De pastoribus*. Es necesario leerlo y releerlo. Sí, son los dos pecados de los pastores: el dinero, que llegan a ser ricos y hacen las cosas por dinero -pastores especuladores-; y la vanidad, son los pastores que se creen en un nivel superior al de su pueblo, indiferentes... pensemos, los pastores-príncipes. El pastor-especulador y el pastor-príncipe. Estas son las dos tentaciones que san Agustín, retomando el pasaje de Ezequiel, menciona en su sermón. Es verdad, un pastor que se busca a sí mismo, ya sea por el camino del dinero, ya sea por el camino de la vanidad, no es un servidor, no tiene un verdadero *liderazgo*. La humildad debe ser el arma del pastor: humilde, siempre al servicio. Debe *buscar* el servicio. Y no es fácil ser humilde, no, ¡no es fácil! Dicen los monjes del desierto que la vanidad es como la cebolla. Cuando tomas una cebolla y comienzas a deshojar, y te sientes vanidoso y comienzas a deshojar la vanidad. Sigues y sigues, y otra capa, y otra, y otra, y otra... al final, llegas a... nada. «Ah, gracias a Dios, he deshojado la cebolla, he deshojado la vanidad». Haz así, y ¡tienes el olor de la cebolla! Así dicen los padres del desierto. La vanidad es así. Una vez escuché a un jesuita, bueno, un buen hombre, pero era muy vanidoso, muy vanidoso...

Y todos nosotros le decíamos: «¡Tú eres vanidoso!», pero era tan bueno que le perdonábamos todo. Y se fue a hacer los ejercicios espirituales, y cuando regresó nos dijo, a nosotros, en la comunidad: «¡Qué hermosos ejercicios! He hecho ocho días de cielo, y he encontrado que era muy vanidoso. Pero gracias a Dios, ¡he vencido todas las pasiones!». La vanidad es así. Es tan difícil quitar la vanidad de un sacerdote. Pero el pueblo de Dios te perdona muchas cosas: te perdona si has tenido una caída, afectiva, te lo perdona. Te perdona si has tenido un caída con un poco de vino, te lo perdona. Pero no te perdona si eres un pastor apegado al dinero, si eres un pastor vanidoso que no trata bien a la gente. Porque el vanidoso no trata bien a la gente. Dinero, vanidad y orgullo. Los tres escalones que nos llevan a todos los pecados. El pueblo de Dios entiende nuestras debilidades, y las perdona; pero estas dos, ¡no las perdona! El apego al dinero no lo perdona en el pastor. Y no tratarles bien a ellos, no lo perdonan. Es curioso, ¿no? Estos dos defectos, debemos luchar para no tenerlos. Luego, el *liderazgo* debe ir con el servicio, pero con un amor personal a la gente. De un párroco, una vez oí esto: «Este hombre conocía el nombre de toda la gente de su barrio, ¡incluso el nombre de los perros!». Es hermoso. Era cercano, conocía a cada uno, sabía la historia de todas las familias, sabía todo. Y ayudaba. Era muy cercano... Cercanía, servicio, humildad, pobreza y sacrificio. Recuerdo a los antiguos párrocos de Buenos Aires, cuando no existía el celular, la secretaría telefónica, dormían con el teléfono al lado. Nadie moría sin los Sacramentos. Les llamaban a cualquier hora, se levantaban e iban. Servicio, servicio. Y como obispo, sufría cuando llamaba a una parroquia y me respondía la secretaría telefónica... ¡Así no hay *liderazgo*! ¿Cómo puedes conducir un pueblo si no lo escuchas, si no estás al servicio? Estas son las cosas que me surgen así, un poco... no en orden, pero para responder a tu pregunta...

Buenos días, Santo Padre.

Buenos días.

Me llamo don Serge, vengo de Camerún. Mi formación se lleva a cabo en el Colegio San Pablo Apóstol. He aquí la pregunta: cuando volvamos a nuestras diócesis y comunidades, seremos llamados a nuevas responsabilidades ministeriales y a nuevas tareas formativas. ¿Cómo podemos hacer convivir de modo equilibrado todas las dimensiones de la vida ministerial: la oración, los compromisos y las tareas formativas sin descuidar ninguna de ellas? Gracias.

Hay una cuestión a la que no he respondido: se fue tal vez -¡el inconsciente deshonesto!- y quiero unirla a esta. Me preguntaban: «¿Cómo hace usted, como

Papa, estas cosas?». También la tuya... Yo responderé a la tuya, contando, con toda sencillez, qué hago para no descuidar las cosas. La oración. Yo, por la mañana, trato de rezar laudes y también hacer un poco de oración, la *lectio divina*, con el Señor. Cuando me levanto. Primero leo los «cifrados», y luego hago esto. Y después, celebro la misa. Luego, comienza el trabajo: el trabajo que un día es de una manera, otro día de otra manera... trato de hacerlo con orden. A mediodía como, luego un poco de siesta; después de la siesta, a las tres -disculpádmeme- rezo Vísperas, a las tres... Si no se rezan a esa hora, ya no se rezarán. Sí, y también la lectura, el Oficio de lectura del día siguiente. Luego el trabajo de la tarde, las cosas que debo hacer... Más tarde, hago un rato de adoración y rezo el rosario; cena, y se acaba. Este es el esquema. Pero algunas veces no se puede hacer todo, porque me dejo llevar por exigencias no prudentes: demasiado trabajo, o creer que si no hago esto hoy, no lo hago mañana... cae la adoración, cae la siesta, cae esto... Y también aquí la vigilancia: vosotros volveréis a la diócesis y os sucederá esto que me pasa a mí: es normal. El trabajo, la oración, un poco de espacio para descansar, salir de casa, caminar un poco, todo esto es importante... pero debéis ajustarlo con la vigilancia y también con los consejos... Lo ideal es terminar el día cansados: esto es lo ideal. No tener necesidad de tomar pastillas: acabar cansado. Pero con un buen cansancio, no con un cansancio imprudente, porque eso hace mal a la salud y a la larga se paga caro. Miro la cara de Sandro, que ríe y dice: «Pero usted no hace esto». Es verdad. Esto es lo ideal, pero no siempre lo hago, porque también yo soy pecador, y no siempre soy tan ordenado. Pero esto debes hacer...

¡Buenos días Santo Padre! Soy Fernando Rodríguez, un sacerdote recién ordenado de México. Recibí la ordenación hace un mes y vivo en el Colegio mexicano. Santo Padre, usted nos ha recordado que la Iglesia necesita una nueva evangelización. En efecto, en la Evangelii gaudium, usted se detuvo en la preparación de la predicación, en la homilía y en el anuncio como forma de un diálogo apasionado entre un pastor y su pueblo. ¿Podría volver sobre este tema de la nueva evangelización? Y también, Santidad, nos preguntamos cómo debería ser un sacerdote para la nueva evangelización. ¿Cuál o cuáles deberían ser sus rasgos característicos? Gracias.

Cuando san Juan Pablo II habló sobre la nueva evangelización -yo creía que era la primera vez, pero luego me dijeron que no era la primera vez-, fue en Santo Domingo en 1992. Y él dijo que debe ser nueva en la metodología, en el ardor, en el celo apostólico, y la tercera no la recuerdo... ¿Quién la recuerda? ¡La expresión! Buscar una expresión que se adapte a la unicidad de los tiempos. Y, para mí, en el Documento de Aparecida está muy claro. Este Documento de Aparecida desarrolla bien esto. Para mí la evangelización requiere salir de sí mismo; requiere

la dimensión del trascendente: el trascendente en la adoración de Dios, en la contemplación, y el trascendente hacia los hermanos, hacia la gente. ¡Salir de, salir de! Para mí esto es como el núcleo de la evangelización. Y salir significa llegar a, es decir cercanía. Si tú no sales de ti mismo, jamás tendrás cercanía. Cercanía. Ser cercano a la gente, ser cercano a todos, a todos aquellos a quienes debemos ser cercanos. Toda la gente. Salir. Cercanía. No se puede evangelizar sin cercanía. Cercanía, pero cordial; cercanía de amor, incluso cercanía física; ser cercano-a. Y tú has relacionado la homilía allí. El problema de las homilías aburridas -por decirlo así-, el problema de las homilías aburridas es que no hay cercanía. Precisamente en la homilía se mide la cercanía del pastor con su pueblo. Si tú hablas en la homilía, pensemos en 20, 25 ó 30, 40 minutos -esto no es una fantasía, ¡esto sucede!-, y hablas de cosas abstractas, de verdades de la fe, tú no haces una homilía, das clases. Es otra cosa. Tú no eres cercano a la gente. Por esto es importante la homilía: para medir, para conocer bien la cercanía del sacerdote. Creo que en general nuestras homilías no son buenas, no son precisamente del género literario homilético: son conferencias, o son lecciones, o son reflexiones. Pero la homilía -y esto preguntadlo a los profesores de teología-, la homilía en la misa, la Palabra es Dios fuerte, es un sacramental. Para Lutero era casi un sacramento: era *ex opere operato*, la Palabra predicada; para otros es sólo *ex opere operantis*. Pero creo que está en el centro, un poco de ambas. La teología de la homilía es un poco casi un sacramental. Es distinto del decir palabras sobre un tema. Es otra cosa. Supone oración, supone estudio, supone conocer a las personas a las cuales tú hablarás, supone cercanía. Acerca de la homilía, para ir bien en la evangelización, debemos ir bastante adelante, estamos con cierto retraso. Es uno de los puntos de la conversión que la Iglesia necesita hoy: adecuar bien las homilías, para que la gente comprenda. Y, luego, después de ocho minutos, la atención desaparece. Una homilía de más de ocho minutos, diez minutos no es bueno. Debe ser breve, debe ser fuerte. Os aconsejo dos libros, de mis tiempos, pero son buenos, para este aspecto de la homilía, porque os ayudarán mucho. Primero, «La teología de la predicación», de Hugo Rahner. No de Karl, de Hugo. Se puede leer bien Hugo, Karl es difícil de leer. Esta es una joya: «Teología de la predicación». Y el otro es el del padre Domenico Grasso, que nos introduce en lo que es la homilía. Creo que tiene el mismo título: «Teología de la predicación». Os ayudará bastante esto. La cercanía, la homilía... Hay otra cosa que quiero decir... Salir, cercanía, la homilía como medida de cómo soy cercano al pueblo de Dios. Y otra categoría que me gusta usar es la de las periferias. Cuando uno sale no debe ir sólo hasta la mitad de un camino, sino llegar al final. Algunos dicen que se debe comenzar la evangelización desde los más lejanos, como hacía el Señor. Esto es lo que se me ocurre decir acerca de tu pregunta. Pero esto de la homilía es verdad: para mí es uno de los problemas que la Iglesia debe estudiar y convertirse. Las homilías,

las homilías: no se trata de dar clases, no son conferencias, son otra cosa. A mí me gusta cuando los sacerdotes se reúnen dos horas para preparar la homilía del próximo domingo, porque se da un clima de oración, de estudio, de intercambio de opiniones. Esto es bueno, hace bien. Prepararla con otro, esto funciona muy bien.

¡Alabado sea Jesucristo! Me llamo Voicek, vivo en el Pontificio Colegio Polaco y estudio teología moral. Santo Padre, el ministerio presbiteral al servicio de nuestro pueblo siguiendo el ejemplo de Cristo y de su misión, ¿qué nos recomienda para permanecer dispuestos y alegres en el servicio del pueblo de Dios? ¿Qué cualidades humanas nos aconseja y nos recomienda cultivar para ser imagen del Buen Pastor y vivir lo que usted ha llamado «la mística del encuentro»?

He hablado de algunas cosas que se deben hacer en la oración, principalmente. Pero tomo tu última palabra para hablar de una cosa, que se ha de sumar a todas las que he dicho, que se han dicho y que conducen precisamente a tu pregunta. «La mística del encuentro», has dicho. El encuentro. La capacidad de encontrarse. La capacidad de escuchar, de escuchar a las demás personas. La capacidad de buscar juntos el camino, el método, muchas cosas. Este encuentro. Y significa también no asustarse, no asustarse de las cosas. El buen pastor no debe asustarse. Tal vez tiene temor dentro, pero no se asusta jamás. Sabe que el Señor le ayuda. El encuentro con las personas por las que tú debes tener atención pastoral; el encuentro con tu obispo. Es importante el encuentro con el obispo. Es importante también que el obispo deje espacio para el encuentro. Es importante... porque, sí, algunas veces se escucha: «¿Has dicho esto a tu obispo? Sí, he pedido audiencia, pero hace cuatro meses que he pedido audiencia. ¡Estoy esperando!». Esto no es bueno, no. Ir al encuentro del obispo y que el obispo se deje encontrar. El diálogo. Pero sobre todo quisiera hablar de una cosa: el encuentro entre los sacerdotes, entre vosotros. La amistad sacerdotal: esto es un tesoro, un tesoro que se debe cultivar entre vosotros. La amistad sacerdotal. No todos pueden ser amigos íntimos. Pero qué hermosa es una amistad sacerdotal. Cuando los sacerdotes, como dos hermanos, tres hermanos, cuatro hermanos se conocen, hablan de sus problemas, de sus alegrías, de sus expectativas, tantas cosas... Amistad sacerdotal. Buscad esto, es importante. Ser amigos. Creo que esto ayuda mucho a vivir la vida sacerdotal, a vivir la vida espiritual, la vida apostólica, la vida comunitaria y también la vida intelectual: la amistad sacerdotal. Si me encontrase a un sacerdote que me dice: «Yo jamás he tenido un amigo», pensaría que este sacerdote no ha tenido una de las alegrías más hermosas de la vida sacerdotal, la amistad sacerdotal. Es lo que os deseo a vosotros. Os deseo que seáis amigos de quienes el Señor te pone delante para la amistad. Deseo esto en la vida. La amistad sacerdotal es

una fuerza de perseverancia, de alegría apostólica, de valentía, también de sentido del humor. Es hermoso, hermosísimo. Esto es lo que pienso.

Os agradezco la paciencia. Y ahora podemos dirigirnos a la Virgen, pedir la bendición...

Regina caeli...

Discurso del Papa Francisco durante el encuentro con los sacerdotes diocesanos en su visita pastoral a Cassano all'Jonio

Catedral de Cassano all'Jonio. Sábado 21 de junio de 2014.

Queridos sacerdotes:

Os doy las gracias por vuestra acogida. He deseado mucho este encuentro con vosotros que lleváis el peso diario del trabajo parroquial.

Ante todo quisiera compartir con vosotros *la alegría de ser sacerdotes*. La sorpresa siempre nueva de haber sido llamado, más aún, de se ser llamado por el Señor Jesús. Llamado a seguirle, a estar con Él, para ir hacia los demás llevándoles al Señor, su Palabra, su perdón... No hay nada más hermoso para un hombre que esto, ¿verdad? Cuando nosotros, sacerdotes, estamos ante el sagrario, y nos detenemos un momento allí, en silencio, sentimos nuevamente la mirada de Jesús sobre nosotros, y esta mirada nos renueva, nos infunde ánimo...

Cierto, a veces no es fácil permanecer ante el Señor; no es fácil porque estamos ocupados en muchas cosas, con muchas personas...; pero a veces no es fácil porque sentimos una cierta incomodidad, la mirada de Jesús nos inquieta un poco, nos pone también en crisis... Pero esto nos hace bien. En el silencio de la oración Jesús nos hace ver si estamos trabajando como buenos obreros, o bien tal vez nos hemos convertido un poco en «empleados»; si somos «canales» abiertos, generosos a través de los cuales fluye abundante su amor, su gracia, o si en cambio nos ponemos a nosotros mismos en el centro, y, así, en lugar de ser «canales» nos convertimos en «pantallas» que no ayudan al encuentro con el Señor, con la luz y la fuerza del Evangelio.

Y la segunda cosa que deseo compartir con vosotros es *la belleza de la fraternidad*: ser sacerdotes juntos, seguir al Señor no solos, cada uno por su lado, sino juntos, incluso en la gran variedad de los dones y de las personalidades; es más, precisamente esto enriquece al presbiterio, esta variedad de procedencias, edades, talentos... Y todo vivido en la comunión, en la fraternidad.

También esto no es fácil, no es inmediato y no se da por descontado. Antes que nada porque también nosotros sacerdotes estamos inmersos en la cultura subjetivista de hoy, esta cultura que exalta el yo hasta idolatrarlo. Y además a causa de un cierto individualismo pastoral que lamentablemente está difundido en nuestras diócesis. Por ello debemos reaccionar a esto con la opción de la fra-

ternidad. Intencionalmente hablo de «opción». No puede ser sólo algo dejado al azar, a las circunstancias favorables... No, es una opción, que corresponde a la realidad que nos constituye, al don que hemos recibido, pero que siempre se debe acoger y cultivar: la comunión en Cristo en el presbiterio, en torno al obispo. Esta comunión pide ser vivida buscando formas concretas y adecuadas a los tiempos y a la realidad del territorio, pero siempre en perspectiva apostólica, con estilo misionero, con fraternidad y sencillez de vida. Cuando Jesús dice: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (Jn 13, 35), lo dice ciertamente para todos, pero ante todo para los Doce, para aquellos que ha llamado a seguirlo más de cerca.

La alegría de ser sacerdotes y la belleza de la fraternidad. Estas son las dos cosas que consideraba más importantes pensando en vosotros. Una última cosa solamente la menciono: os aliento en vuestro trabajo con las familias y por la familia. Es un trabajo que el Señor nos pide realizar de modo especial en este tiempo, que es un tiempo difícil tanto para *la* familia como institución, como para *las* familias, como causa de la crisis. Pero precisamente cuando el momento es difícil, Dios hace sentir su cercanía, su gracia, la fuerza profética de su Palabra. Y nosotros estamos llamados a ser testigos, mediadores de esta cercanía a las familias y de esta fuerza profética para la familia.

Queridos hermanos, os doy las gracias. Y sigamos adelante, animados por el común amor al Señor y a la santa madre Iglesia. Que la Virgen os proteja y os acompañe. Permanezcamos unidos en la oración. ¡Gracias!

Saludo del Papa Francisco a un grupo de jóvenes romanos que están madurando su opción vocacional

Gruta de Lourdes de los Jardines Vaticanos. Sábado 28 de junio de 2014.

Ante todo pido disculpas por el retraso, pero la verdad es que no me di cuenta del tiempo. Estaba en una conversación tan interesante que no me di cuenta. ¡Disculpadme! Esto no se hace, la puntualidad se debe mantener.

Os agradezco esta visita, esta visita a la Virgen que es tan importante en nuestra vida. Y ella nos acompaña también en la opción definitiva, la opción vocacional, porque ella acompañó a su Hijo en su camino vocacional que fue muy duro, muy doloroso. Ella nos acompaña siempre.

Cuando un cristiano me dice, no que no ama a la Virgen, sino que no le nace buscar a la Virgen o rezar a la Virgen, yo me siento triste. Recuerdo una vez, hace casi 40 años, yo estaba en Bélgica, en un congreso, y había una pareja de catequistas, ambos profesores universitarios, con hijos, una hermosa familia, y hablaban muy bien de Jesucristo. A un cierto punto dije: «¿Y la devoción a la Virgen?». «Nosotros hemos superado esa etapa. Nosotros conocemos tanto a Jesucristo que no necesitamos a la Virgen». Y lo que surgió en mi mente y en mi corazón fue: «¡Bah..., pobres huérfanos!». Es así, ¿no? Porque un cristiano sin la Virgen es huérfano. También un cristiano sin Iglesia es un huérfano. Un cristiano necesita a estas dos mujeres, dos mujeres madres, dos mujeres vírgenes: la Iglesia y la Virgen. Y para hacer el «test» de una vocación cristiana justa, es necesario preguntarse: «¿Cómo es mi relación con estas dos Madres que tengo?», con la madre Iglesia y con la madre María. Esto no es un pensamiento de «piedad», no, es teología pura. Esto es teología. ¿Cómo es mi relación con la Iglesia, con mi madre Iglesia, con la santa madre Iglesia jerárquica? ¿Y cómo es mi relación con la Virgen, que es mi mamá, mi Madre?

Esto hace bien: no abandonarla jamás y no caminar solos. Os deseo un buen camino de discernimiento. Para cada uno de nosotros el Señor tiene su vocación, ese sitio donde Él quiere que nosotros vivamos nuestra vida. Pero es necesario buscarlo, encontrarlo; y luego continuar, seguir adelante.

Otra cosa que quisiera añadir -además de la Iglesia y la Virgen- es el sentido de lo definitivo. Esto para nosotros es importante, porque estamos viviendo una cultura de lo provisional: esto sí, pero por un tiempo, y para otro momento... ¿Te casas? Sí, sí, pero hasta que dure el amor, luego otra vez cada uno a su casa...

Un muchacho -me contaba un obispo-, un joven, un profesional joven, le dijo: «Yo quisiera ser sacerdote, pero sólo por diez años». Es así, es lo provisional. Tenemos miedo a lo definitivo. Y para elegir una vocación, la vocación que sea, incluso las vocaciones «de estado» -el matrimonio, la vida consagrada, el sacerdocio- se debe elegir con una perspectiva de lo definitivo. Y a esto se opone la cultura de lo provisional. Es una parte de la cultura que nos toca vivir a nosotros en este tiempo, pero debemos vivirla, y vencerla.

Muy bien. También en este aspecto de lo definitivo, creo que uno que tiene más seguro su camino definitivo es el Papa. Porque el Papa... ¿dónde acabará el Papa? Allí, en esa tumba, ¿no?

Os agradezco mucho esta visita, y os invito a rezar a la Virgen o, no sé, a cantar... La «*Salve Regina*»... ¿La saben cantar? ¿Cantamos la «*Salve Regina*» a la Virgen todos juntos? ¡Vamos!

Ahora a vosotros, a vuestras familias, a todos doy la bendición y os pido, por favor, que recéis por mí.

¡Gracias a vosotros! ¡Muchas gracias! ¡Buen camino!

HOMILÍAS

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa Crismal

Basílica Vaticana. Jueves Santo, 17 de abril de 2014

Ungidos con óleo de alegría

Queridos hermanos en el sacerdocio. En el Hoy del Jueves Santo, en el que Cristo nos amó hasta el extremo (cf. *Jn* 13, 1), hacemos memoria del día feliz de la Institución del sacerdocio y del de nuestra propia ordenación sacerdotal. El Señor nos ha ungido en Cristo con óleo de alegría y esta unción nos invita a recibir y hacernos cargo de este gran regalo: la alegría, el gozo sacerdotal. La alegría del sacerdote es un bien precioso no sólo para él sino también para todo el pueblo fiel de Dios: ese pueblo fiel del cual es llamado el sacerdote para ser ungido y al que es enviado para ungir.

Ungidos con óleo de alegría para ungir con óleo de alegría. La alegría sacerdotal tiene su fuente en el Amor del Padre, y el Señor desea que la alegría de este Amor “esté en nosotros” y “sea plena” (*Jn* 15,11). Me gusta pensar la alegría contemplando a Nuestra Señora: María, la “madre del Evangelio viviente, es manantial de alegría para los pequeños” (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 288), y creo que no exageramos si decimos que el sacerdote es una persona muy pequeña: la inconmensurable grandeza del don que nos es dado para el ministerio nos relega entre los más pequeños de los hombres. El sacerdote es el más pobre de los hombres si Jesús no lo enriquece con su pobreza, el más inútil siervo si Jesús no lo llama amigo, el más necio de los hombres si Jesús no lo instruye pacientemente como a Pedro, el más indefenso de los cristianos si el Buen Pastor no lo fortalece en medio del rebaño. Nadie más pequeño que un sacerdote dejado a sus propias fuerzas; por eso nuestra oración protectora contra toda insidia del Maligno es la oración de nuestra Madre: soy sacerdote porque Él miró con bondad mi pequeñez (cf. *Lc* 1,48). Y desde esa pequeñez asumimos nuestra alegría. ¡Alegría en nuestra pequeñez!

Encuentro tres rasgos significativos en nuestra alegría sacerdotal: es una alegría que nos unge (no que nos unta y nos vuelve untuosos, suntuosos y presuntuosos), es una alegría *incorruptible* y es una alegría *misionera* que irradia y atrae a todos, comenzando al revés: por los más lejanos.

Una alegría que nos unge. Es decir: penetró en lo íntimo de nuestro corazón, lo configuró y lo fortaleció sacramentalmente. Los signos de la liturgia de la ordenación nos hablan del deseo maternal que tiene la Iglesia de transmitir y comunicar todo lo que el Señor nos dio: la imposición de manos, la unción con el santo Crisma, el revestimiento con los ornamentos sagrados, la participación inmediata en la primera Consagración... La gracia nos colma y se derrama íntegra, abundante y plena en cada sacerdote. Ungidos hasta los huesos... y nuestra alegría, que brota desde dentro, es el eco de esa unción.

Una alegría incorruptible. La integridad del Don, a la que nadie puede quitar ni agregar nada, es fuente incesante de alegría: una alegría incorruptible, que el Señor prometió, que nadie nos la podrá quitar (cf. *Jn* 16,22). Puede estar adormecida o taponada por el pecado o por las preocupaciones de la vida pero, en el fondo, permanece intacta como el rescoldo de un tronco encendido bajo las cenizas, y siempre puede ser renovada. La recomendación de Pablo a Timoteo sigue siendo actual: Te recuerdo que atices el fuego del don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos (cf. *2 Tm* 1,6).

Una alegría misionera. Este tercer rasgo lo quiero compartir y recalcar especialmente: la alegría del sacerdote está en íntima relación con el santo pueblo fiel de Dios porque se trata de una alegría eminentemente misionera. La unción es para unguir al santo pueblo fiel de Dios: para bautizar y confirmar, para curar y consagrar, para bendecir, para consolar y evangelizar.

Y como es una alegría que sólo fluye cuando el pastor está en medio de su rebaño (también en el silencio de la oración, el pastor que adora al Padre está en medio de sus ovejitas) es una “alegría custodiada” por ese mismo rebaño. Incluso en los momentos de tristeza, en los que todo parece ensombrecerse y el vértigo del aislamiento nos seduce, esos momentos apáticos y aburridos que a veces nos sobrevienen en la vida sacerdotal (y por los que también yo he pasado), aun en esos momentos el pueblo de Dios es capaz de custodiar la alegría, es capaz de protegerte, de abrazarte, de ayudarte a abrir el corazón y reencontrar una renovada alegría.

“Alegría custodiada” por el rebaño y custodiada también por tres hermanas que la rodean, la cuidan, la defienden: la hermana pobreza, la hermana fidelidad y la hermana obediencia.

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana a la pobreza. El sacerdote es pobre en alegría meramente humana ¡ha renunciado a tanto! Y como es pobre, él, que da tantas cosas a los demás, la alegría tiene que pedírsela al Señor y al pueblo

fiel de Dios. No se la tiene que procurar a sí mismo. Sabemos que nuestro pueblo es generosísimo en agradecer a los sacerdotes los mínimos gestos de bendición y de manera especial los sacramentos. Muchos, al hablar de crisis de identidad sacerdotal, no caen en la cuenta de que la identidad supone pertenencia. No hay identidad –y por tanto alegría de ser– sin pertenencia activa y comprometida al pueblo fiel de Dios (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 268). El sacerdote que pretende encontrar la identidad sacerdotal buceando introspectivamente en su interior quizá no encuentre otra cosa que señales que dicen “salida”: sal de ti mismo, sal en busca de Dios en la adoración, sal y dale a tu pueblo lo que te fue encomendado, que tu pueblo se encargará de hacerte sentir y gustar quién eres, cómo te llamas, cuál es tu identidad y te alegrará con el ciento por uno que el Señor prometió a sus servidores. Si no sales de ti mismo, el óleo se vuelve rancio y la unción no puede ser fecunda. Salir de sí mismo supone despojo de sí, entraña pobreza.

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana a la fidelidad. No principalmente en el sentido de que seamos todos “inmaculados” (ojalá con la gracia lo seamos) ya que somos pecadores, pero sí en el sentido de renovada fidelidad a la única Esposa, a la Iglesia. Aquí es clave la fecundidad. Los hijos espirituales que el Señor le da a cada sacerdote, los que bautizó, las familias que bendijo y ayudó a caminar, los enfermos a los que sostiene, los jóvenes con los que comparte la catequesis y la formación, los pobres a los que socorre... son esa “Esposa” a la que le alegra tratar como predilecta y única amada y serle renovadamente fiel. Es la Iglesia viva, con nombre y apellido, que el sacerdote pastorea en su parroquia o en la misión que le fue encomendada, la que lo alegra cuando le es fiel, cuando hace todo lo que tiene que hacer y deja todo lo que tiene que dejar con tal de estar firme en medio de las ovejas que el Señor le encomendó: Apacienta mis ovejas (cf. *Jn* 21,16.17).

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana a la obediencia. Obediencia a la Iglesia en la Jerarquía que nos da, por decirlo así, no sólo el marco más externo de la obediencia: la parroquia a la que se me envía, las licencias ministeriales, la tarea particular... sino también la unión con Dios Padre, del que descende toda paternidad. Pero también la obediencia a la Iglesia en el servicio: disponibilidad y prontitud para servir a todos, siempre y de la mejor manera, a imagen de “Nuestra Señora de la prontitud” (cf. *Lc* 1,39: *meta spoudes*), que acude a servir a su prima y está atenta a la cocina de Caná, donde falta el vino. La disponibilidad del sacerdote hace de la Iglesia casa de puertas abiertas, refugio de pecadores, hogar para los que viven en la calle, casa de bondad para los enfermos, campamento para los jóvenes, aula para la catequesis de los pequeños de primera comunión... Donde el pueblo de Dios tiene un deseo o una necesidad, allí está el sacerdote que sabe

oír (*ob-audire*) y siente un mandato amoroso de Cristo que lo envía a socorrer con misericordia esa necesidad o a alentar esos buenos deseos con caridad creativa.

El que es llamado sea consciente de que existe en este mundo una alegría genuina y plena: la de ser sacado del pueblo al que uno ama para ser enviado a él como dispensador de los dones y consuelos de Jesús, el único Buen Pastor que, compadecido entrañablemente de todos los pequeños y excluidos de esta tierra que andan agobiados y oprimidos como ovejas que no tienen pastor, quiso asociar a muchos a su ministerio para estar y obrar Él mismo, en la persona de sus sacerdotes, para bien de su pueblo.

En este Jueves sacerdotal le pido al Señor Jesús que haga descubrir a muchos jóvenes ese ardor del corazón que enciende la alegría apenas uno tiene la audacia feliz de responder con prontitud a su llamado.

En este Jueves sacerdotal le pido al Señor Jesús que cuide el brillo alegre en los ojos de los recién ordenados, que salen a comerse el mundo, a desgastarse en medio del pueblo fiel de Dios, que gozan preparando la primera homilía, la primera misa, el primer bautismo, la primera confesión... Es la alegría de poder compartir –maravillados–, por vez primera como ungidos, el tesoro del Evangelio y sentir que el pueblo fiel te vuelve a ungir de otra manera: con sus pedidos, poniéndote la cabeza para que los bendigas, tomándote las manos, acercándose a sus hijos, pidiendo por sus enfermos... Cuida Señor en tus jóvenes sacerdotes la alegría de salir, de hacerlo todo como nuevo, la alegría de quemar la vida por ti.

En este Jueves sacerdotal le pido al Señor Jesús que confirme la alegría sacerdotal de los que ya tienen varios años de ministerio. Esa alegría que, sin abandonar los ojos, se sitúa en las espaldas de los que soportan el peso del ministerio, esos curas que ya le han tomado el pulso al trabajo, reagrupan sus fuerzas y se rearmen: “cambian el aire”, como dicen los deportistas. Cuida Señor la profundidad y sabia madurez de la alegría de los curas adultos. Que sepan rezar como Nehe-mías: “la alegría del Señor es mi fortaleza” (cf. *Ne* 8,10).

Por fin, en este Jueves sacerdotal, pido al Señor Jesús que resplandezca la alegría de los sacerdotes ancianos, sanos o enfermos. Es la alegría de la Cruz, que mana de la conciencia de tener un tesoro incorruptible en una vasija de barro que se va deshaciendo. Que sepan estar bien en cualquier lado, sintiendo en la fugacidad del tiempo el gusto de lo eterno (Guardini). Que sientan, Señor, la alegría de pasar la antorcha, la alegría de ver crecer a los hijos de los hijos y de saludar, sonriendo y mansamente, las promesas, en esa esperanza que no defrauda.

Homilía del Papa Francisco durante la Vigilia Pascual

Basílica Vaticana. Sábado Santo, 19 de abril de 2014

El Evangelio de la resurrección de Jesucristo comienza con el ir de las mujeres hacia el sepulcro, temprano en la mañana del día después del sábado. Se dirigen a la tumba, para honrar el cuerpo del Señor, pero la encuentran abierta y vacía. Un ángel poderoso les dice: «Vosotras no tengáis miedo» (Mt 28,5), y les manda llevar la noticia a los discípulos: «Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea» (v. 7). Las mujeres se marcharon a toda prisa y, durante el camino, Jesús les salió al encuentro y les dijo: «No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán» (v. 10). «No tengáis miedo», «no temáis»: es una voz que anima a abrir el corazón para recibir este mensaje.

Después de la muerte del Maestro, los discípulos se habían dispersado; su fe se deshizo, todo parecía que había terminado, derrumbadas las certezas, muertas las esperanzas. Pero entonces, aquel anuncio de las mujeres, aunque increíble, se presentó como un rayo de luz en la oscuridad. La noticia se difundió: Jesús ha resucitado, como había dicho... Y también el mandato de ir a *Galilea*; las mujeres lo habían oído por dos veces, primero del ángel, después de Jesús mismo: «Que vayan a Galilea; allí me verán». «No temáis» y «vayan a Galilea».

Galilea es el lugar de la primera llamada, donde todo empezó. Volver allí, volver al lugar de la primera llamada. Jesús pasó por la orilla del lago, mientras los pescadores estaban arreglando las redes. Los llamó, y ellos lo dejaron todo y lo siguieron (cf. Mt 4,18-22).

Volver a Galilea quiere decir *releer* todo a partir de la cruz y de la victoria; sin miedo, «no temáis». Releer todo: la predicación, los milagros, la nueva comunidad, los entusiasmos y las defecciones, hasta la traición; releer todo a partir del final, que es un nuevo comienzo, *de este acto supremo de amor.*

También *para cada uno de nosotros hay una «Galilea»* en el comienzo del camino con Jesús. «Ir a Galilea» tiene un significado bonito, significa para nosotros redescubrir nuestro bautismo como fuente viva, sacar energías nuevas de la raíz de nuestra fe y de nuestra experiencia cristiana. Volver a Galilea significa sobre todo volver allí, a ese punto incandescente en que la gracia de Dios me tocó al comienzo del camino. Con esta chispa puedo encender el fuego para el hoy, para cada día, y llevar calor y luz a mis hermanos y hermanas. Con esta chispa se enciende una alegría humilde, una alegría que no ofende el dolor y la desesperación, una alegría buena y serena.

En la vida del cristiano, después del bautismo, hay también otra «Galilea», una «Galilea» más existencial: la experiencia del *encuentro personal con Jesucristo*, que me ha llamado a seguirlo y participar en su misión. En este sentido, volver a Galilea significa custodiar en el corazón la memoria viva de esta llamada, cuando Jesús pasó por mi camino, me miró con misericordia, me pidió seguirlo; volver a Galilea significa recuperar la memoria de aquel momento en el que sus ojos se cruzaron con los míos, el momento en que me hizo sentir que me amaba.

Hoy, en esta noche, cada uno de nosotros puede preguntarse: *¿Cuál es mi Galilea?* Se trata de hacer memoria, regresar con el recuerdo. *¿Dónde está mi Galilea?* ¿La recuerdo? ¿La he olvidado? Búscala y la encontrarás. Allí te espera el Señor. He andado por caminos y senderos que me la han hecho olvidar. Señor, ayúdame: dime cuál es mi Galilea; sabes, yo quiero volver allí para encontrarte y dejarme abrazar por tu misericordia. No tengáis miedo, no temáis, volved a Galilea.

El evangelio es claro: es necesario volver allí, para ver a Jesús resucitado, y convertirse en testigos de su resurrección. No es un volver atrás, no es una nostalgia. Es volver al primer amor, para *recibir el fuego* que Jesús ha encendido en el mundo, y llevarlo a todos, a todos los extremos de la tierra. Volver a Galilea sin miedo.

«Galilea de los gentiles» (*Mt 4,15; Is 8,23*): horizonte del Resucitado, horizonte de la Iglesia; deseo intenso de encuentro... ¡Pongámonos en camino!

Homilía del Papa Francisco en la Misa de Acción de Gracias por la canonización de San José de Anchieta, sacerdote de la Compañía de Jesús

Iglesia de San Ignacio de Loyola en Campo Marzio, Roma, Jueves 24 de abril de 2014.

Queridos hermanos y hermanas:

En el Evangelio que acabamos de escuchar los discípulos no alcanzan a creer la alegría que tienen, porque no pueden creer a causa de esa alegría. Así dice el Evangelio. Miremos la escena: Jesús ha resucitado, los discípulos de Emaús han narrado su experiencia, Pedro también cuenta que lo vio, luego el mismo Señor se aparece en la sala y les dice: “Paz a ustedes”. Varios sentimientos irrumpen en el corazón de los discípulos: miedo, sorpresa, duda y, por fin, alegría. Una alegría tan grande que por esta alegría “no alcanzaban a creer”. Estaban atónitos, pasmados, y Jesús, casi esbozando una sonrisa, les pide algo de comer y comienza a explicarles, despacio, la Escritura, abriendo su entendimiento para que puedan comprenderla. Es el momento del estupor, del encuentro con Jesucristo, donde tanta alegría nos parece mentira; más aún, asumir el gozo y la alegría en ese momento nos resulta arriesgado y sentimos la tentación de refugiarnos en el escepticismo, “no es para tanto”. Es más fácil creer en un fantasma que en Cristo vivo. Es más fácil ir a un nigromante que te adivine el futuro, que te tire las cartas, que fiarse de la esperanza de un Cristo triunfante, de un Cristo que venció la muerte. Es más fácil una idea, una imaginación, que la docilidad a ese Señor que surge de la muerte y ¡vaya a saber a qué cosas te invita! Ese proceso de relativizar tanto la fe que nos termina alejando del encuentro, alejando de la caricia de Dios. Es como si “destiláramos” la realidad del encuentro con Jesucristo en el alambique del miedo, en el alambique de la excesiva seguridad, del querer controlar nosotros mismos el encuentro. Los discípulos le tenían miedo a la alegría... Y nosotros también.

La lectura de los Hechos de los apóstoles nos habla de un paralítico. Escuchamos solamente la segunda parte de esa historia, pero todos conocemos la transformación de este hombre, lisiado de nacimiento, postrado a la puerta del Templo para pedir limosna, sin atravesar nunca su umbral, y cómo sus ojos se clavaron en los apóstoles, esperando que le diesen algo. Pedro y Juan no le podían dar nada de lo que él buscaba: ni oro, ni plata. Y él, que se había quedado siempre a la puerta, ahora entra por su pie, dando brincos, y alabando a Dios, celebrando sus maravillas. Y su alegría es contagiosa. Eso es lo que nos dice hoy la Escritura: la gente se llenaba de estupor, y asombrada acudía corriendo, para ver esa maravilla.

En medio de ese barullo, de esa admiración, Pedro anuncia el mensaje. Es que la alegría del encuentro con Jesucristo, esa que nos da tanto miedo de asumir, es contagiosa y grita el anuncio; y ahí crece la Iglesia, el paralítico, cree. “La Iglesia no crece por proselitismo, crece por atracción”; la atracción testimonial de este gozo que anuncia a Jesucristo, ese testimonio que nace de la alegría asumida y luego transformada en anuncio. Es la alegría fundante. Sin este gozo, sin esta alegría, no se puede fundar una Iglesia, no se puede fundar una comunidad cristiana. Es una alegría apostólica, que se irradia, que se expande. Me pregunto: Como Pedro, ¿soy capaz de sentarme junto al hermano y explicar despacio el don de la Palabra que he recibido, y contagiarle mi alegría? ¿Soy capaz de convocar a mi alrededor el entusiasmo de quienes descubren en nosotros el milagro de una vida nueva, que no se puede controlar, a la cual debemos docilidad porque nos atrae, nos lleva, esa vida nueva nacida del encuentro con Cristo?

También san José de Anchieta supo comunicar lo que él había experimentado con el Señor, lo que había visto y oído de Él. Lo que el Señor le comunicó en sus Ejercicios. Él, junto a Nóbrega, es el primer jesuita que Ignacio envía a América. Chico de 19 años. Era tal la alegría que tenía, tal el gozo que fundó una nación. Puso los fundamentos culturales de una nación en Jesucristo. No había estudiado teología. No había estudiado filosofía. Era un chico. Pero había sentido la mirada de Jesucristo y se dejó alegrar, y optó por la luz. Ésa fue y es su santidad. No le tuvo miedo a la alegría.

San José de Anchieta tiene un hermoso himno a la Virgen María, a quien, inspirándose en el cántico de Isaías 52, compara con el mensajero que proclama la paz, que anuncia el gozo de la Buena Noticia. Que Ella, que en esa madrugada del domingo, insomne por la esperanza, no le tuvo miedo a la alegría, nos acompañe en nuestro peregrinar, invitando a todos a levantarse, a renunciar a la parálisis, para entrar juntos en la paz y la alegría que Jesús, el Señor Resucitado, nos promete.

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa y canonización de los beatos Juan XXIII y Juan Pablo II

Plaza de San Pedro. II Domingo de Pascua (o de la Divina Misericordia), 27 de abril de 2014.

En el centro de este domingo, con el que se termina la Octava de Pascua, y que san Juan Pablo II quiso dedicar a la Divina Misericordia, están *las llagas gloriosas de Cristo resucitado*.

Él ya las enseñó la primera vez que se apareció a los apóstoles la misma tarde del primer día de la semana, el día de la resurrección. Pero *Tomás* aquella tarde, como hemos escuchado, no estaba; y, cuando los demás le dijeron que habían visto al Señor, respondió que, mientras no viera y tocara aquellas llagas, no lo creería. Ocho días después, Jesús se apareció de nuevo en el cenáculo, en medio de los discípulos: Tomás también estaba; se dirigió a él y lo invitó a tocar sus llagas. Y entonces, aquel hombre sincero, aquel hombre acostumbrado a comprobar personalmente las cosas, se arrodilló delante de Jesús y dijo: «Señor mío y Dios mío» (*Jn 20,28*).

Las llagas de Jesús son un *escándalo para la fe*, pero son también la *comprobación de la fe*. Por eso, en el cuerpo de Cristo resucitado las llagas no desaparecen, permanecen, porque aquellas llagas son el signo permanente del amor de Dios por nosotros, y son *indispensables para creer en Dios*. No para creer que Dios existe, sino para creer *que Dios es amor, misericordia, fidelidad*. San Pedro, citando a Isaías, escribe a los cristianos: «Sus heridas nos han curado» (*1 P 2,24*; cf. *Is 53,5*).

San Juan XXIII y san Juan Pablo II *tuvieron el valor de mirar las heridas de Jesús, de tocar sus manos llagadas y su costado traspasado*. No se avergonzaron de la carne de Cristo, no se escandalizaron de él, de su cruz; no se avergonzaron de la carne del hermano (cf. *Is 58,7*), porque en cada persona que sufría veían a Jesús. Fueron dos hombres valerosos, llenos de la *parresia* del Espíritu Santo, y dieron testimonio ante la Iglesia y el mundo de la bondad de Dios, de su misericordia.

Fueron sacerdotes y obispos y papas del siglo XX. Conocieron sus tragedias, pero no se abrumaron. En ellos, Dios fue más fuerte; fue más fuerte la fe en Jesucristo Redentor del hombre y Señor de la historia; en ellos fue más fuerte la misericordia de Dios que se manifiesta en estas cinco llagas; más fuerte, la cercanía materna de María.

En estos dos hombres contemplativos de las llagas de Cristo y testigos de su misericordia había «*una esperanza viva*», junto a un «*gozo inefable y radiante*» (1 P 1,3.8). La esperanza y el gozo que Cristo resucitado da a sus discípulos, y de los que nada ni nadie les podrá privar. La *esperanza y el gozo pascual*, purificados en el crisol de la humillación, del vaciamiento, de la cercanía a los pecadores hasta el extremo, hasta la náusea a causa de la amargura de aquel cáliz. Ésta es la esperanza y el gozo que los dos papas santos recibieron como un don del Señor resucitado, y que a su vez dieron abundantemente al Pueblo de Dios, recibiendo de él un reconocimiento eterno.

Esta esperanza y esta alegría se respiraba en *la primera comunidad de los creyentes*, en Jerusalén, de la que hablan los Hechos de los Apóstoles (cf. 2,42-47), como hemos escuchado en la segunda Lectura. Es una comunidad en la que *se vive la esencia del Evangelio*, esto es, el amor, la misericordia, con simplicidad y fraternidad.

Y ésta es la imagen de la Iglesia que el Concilio Vaticano II tuvo ante sí. Juan XXIII y Juan Pablo II colaboraron con el Espíritu Santo para *restaurar y actualizar la Iglesia según su fisionomía originaria*, la fisionomía que le dieron los santos a lo largo de los siglos. No olvidemos que son precisamente los santos quienes llevan adelante y hacen crecer la Iglesia. En la convocatoria del Concilio, san Juan XXIII demostró una delicada *docilidad al Espíritu Santo*, se dejó conducir y fue para la Iglesia un pastor, un guía-guiado, guiado por el Espíritu. Éste fue su gran servicio a la Iglesia; por eso me gusta pensar en él como *el Papa de la docilidad al Espíritu santo*.

En este servicio al Pueblo de Dios, san Juan Pablo II fue *el Papa de la familia*. Él mismo, una vez, dijo que así le habría gustado ser recordado, como el Papa de la familia. Me gusta subrayarlo ahora que estamos viviendo *un camino sinodal sobre la familia y con las familias*, un camino que él, desde el Cielo, ciertamente acompaña y sostiene.

Que estos dos nuevos santos pastores del Pueblo de Dios intercedan por la Iglesia, para que, durante estos dos años de camino sinodal, sea dócil al Espíritu Santo en el servicio pastoral a la familia. Que ambos nos enseñen a no escandalizarnos de las llagas de Cristo, a adentrarnos en el misterio de la misericordia divina que siempre espera, siempre perdona, porque siempre ama.

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa con ordenaciones presbiterales

Basílica Vaticana. IV Domingo de Pascua, 11 de mayo de 2014.

En la homilía el Pontífice pronunció las palabras sugeridas por el «rito de ordenación de los presbíteros» evidenciando algunos pasajes.

Queridos hermanos, estos hijos y hermanos nuestros han sido llamados al orden del presbiterado. Como vosotros bien sabéis, el Señor Jesús es el único sumo sacerdote del Nuevo Testamento, pero en Él también todo el pueblo santo de Dios ha sido constituido pueblo sacerdotal. Sin embargo, entre todos sus discípulos, el Señor Jesús quiso escoger a algunos en particular, para que, ejercitando públicamente en la Iglesia y en su nombre el oficio sacerdotal a favor de todos los hombres, continúen su misión personal de maestro, sacerdote y pastor.

Después de una madura reflexión, vamos a elevar al orden de los presbíteros a estos hermanos nuestros, para que al servicio de Cristo maestro, sacerdote y pastor, cooperen en la edificación del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, en pueblo de Dios y templo santo del Espíritu.

Ellos, en efecto, serán configurados con Cristo, sumo y eterno sacerdote, es decir, serán consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, y con este título, que les une a su obispo en el sacerdocio, serán predicadores del Evangelio, pastores del pueblo de Dios, y presidirán los actos de culto, especialmente en la celebración del sacrificio del Señor.

En cuanto a vosotros, hermanos e hijos amadísimos, que vais a ser promovidos al orden del presbiterado, considerad que ejercitando el ministerio de la sagrada doctrina seréis partícipes de la misión de Cristo, único Maestro. Dispensad a todos esa palabra, que vosotros mismos habéis recibido con alegría de vuestras madres, de vuestras catequistas. Leed y meditaad asiduamente la palabra del Señor para creer lo que habéis leído, enseñar lo que habéis aprendido en la fe y vivir lo que habéis enseñado. Así, pues, vuestra doctrina, que no es vuestra, sea alimento para el pueblo de Dios: ¡vosotros no sois dueños de la doctrina! Es la doctrina del Señor, y vosotros debéis ser fieles a la doctrina del Señor. Que vuestra doctrina sea, por lo tanto, alimento para el pueblo de Dios, y el perfume de vuestra vida alegría y sostén para los fieles de Cristo, a fin de que con la palabra y el ejemplo edificuéis la casa de Dios, que es la Iglesia.

Y así continuaréis la obra santificadora de Cristo. A través de vuestro ministerio, el sacrificio espiritual de los fieles se hace perfecto porque se une al sacrificio de Cristo, que por vuestras manos y en nombre de toda la Iglesia es ofrecido de modo incruento sobre el altar en la celebración de los santos misterios.

Reconoced, pues, lo que hacéis, imitad lo que celebráis, para que participando en el misterio de la muerte y resurrección del Señor, llevéis la muerte de Cristo en vuestros miembros y caminéis con Él en una vida nueva.

Con el Bautismo agregaréis nuevos fieles al pueblo de Dios; con el sacramento de la Penitencia perdonaréis los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia. Y aquí quiero detenerme y pedir os que, por el amor de Jesucristo, jamás os canséis de ser misericordiosos. ¡Por favor! Tened esa capacidad de perdón que tuvo el Señor, que no vino a condenar sino a perdonar. Tened misericordia, ¡mucha misericordia! Y si os viene el escrúpulo de ser demasiado «*perdonadores*» pensad en ese santo cura del que os he hablado, que iba delante del Santísimo y decía: «Señor, perdóname si he perdonado demasiado, pero eres tú quien me has dado el mal ejemplo». Y os digo, de verdad: siento tanto dolor cuando encuentro gente que no va a confesarse porque ha sido maltratada, regañada. ¡Han sentido que las puertas de las iglesias se le cerraban en la cara! Por favor, no hagáis esto: misericordia, misericordia. El buen pastor entra por la puerta y la puerta de la misericordia son las llagas del Señor: si vosotros no entráis en vuestro ministerio por las llagas del Señor, no seréis buenos pastores.

Con el óleo santo daréis alivio a los enfermos; celebrando los ritos sagrados y elevando en las diversas horas del día la oración de alabanza y de súplica, os haréis voz del pueblo de Dios y de toda la humanidad.

Conscientes de haber sido elegidos entre los hombres y constituidos en su favor para atender a las cosas de Dios, ejerced con alegría y caridad sincera la obra sacerdotal de Cristo, buscando únicamente agradar a Dios y no a vosotros mismos.

Y pensad en lo que decía san Agustín de los pastores que buscaban agradarse a sí mismos y usaban las ovejas del Señor como alimento y para vestirse, para llevar puesto la majestad de un ministerio que no se sabía si era de Dios. Por último, participando en la misión de Cristo, jefe y pastor, en comunión filial con vuestro obispo, comprometeos a unir a los fieles en una sola familia, para conducirlos a Dios Padre, por medio de Cristo en el Espíritu Santo. Tened siempre ante los ojos el ejemplo del Buen Pastor, que no vino para ser servido, sino para servir, y para buscar y salvar lo que estaba perdido.

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa con ordenación episcopal de Mons. Fabio Fabene, Subsecretario del Sínodo de los Obispos

Basílica Vaticana. Viernes 30 de mayo de 2014.

Hermanos e hijos amadísimos:

Vamos a considerar atentamente a qué ministerio en la Iglesia asciende hoy nuestro hermano.

Jesucristo, Señor nuestro, enviado por el Padre para redimir al hombre, envió, a su vez, por el mundo a los doce apóstoles, para que, llenos del poder del Espíritu Santo, anunciaran el Evangelio a todos los pueblos, agrupándolos bajo el único Pastor, y los guiasen a la salvación.

Para que este ministerio apostólico se perpetuara de generación en generación, los Doce eligieron colaboradores, a quienes comunicaron el don del Espíritu que habían recibido de Cristo, por la imposición de las manos que confiere la plenitud del sacramento del Orden. De esta manera, a través de la sucesión continua de los obispos, en la tradición viva de la Iglesia se ha ido transmitiendo este tan importante ministerio, y permanece y se acrecienta hasta nuestros días la obra del Salvador.

En la persona del obispo, rodeado de sus presbíteros, está presente entre vosotros el mismo Jesucristo, Señor y Pontífice eterno. Él es quien, en el ministerio del obispo, sigue predicando el Evangelio de salvación y santificando a los creyentes mediante los sacramentos de la fe; es Cristo quien, por medio del ministerio paternal del obispo, agrega nuevos miembros a la Iglesia, su Cuerpo; es Cristo quien, valiéndose de la sabiduría y prudencia del obispo, guía al pueblo de Dios, a través de su peregrinar terreno, hasta la felicidad eterna.

Recibid, pues, con alegría y acción de gracias a nuestro hermano que, nosotros obispos, con la imposición de las manos, hoy agregamos al colegio episcopal. Debéis honrarlo como ministro de Cristo y dispensador de los misterios de Dios, a él se ha confiado dar testimonio del Evangelio y administrar la vida del espíritu y la santidad. Recordad las palabras de Jesús a los Apóstoles: «Quien a vosotros escucha, a mí me escucha; quien a vosotros rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado» (Lc 10, 16).

Y tú, Fabio, hermano amadísimo, elegido por el Señor, recuerda que has sido

elegido entre los hombres y puesto al servicio de ellos en las cosas de Dios. Has sido elegido de la grey: que nunca la vanidad, el orgullo y la soberbia te dominen. Y has sido constituido para los hombres: que tu actitud sea siempre de servicio. Como Jesús, así. Episcopado es el nombre de un servicio, no de un honor, porque al obispo compete más servir que dominar, según el mandamiento del Maestro: «El mayor entre vosotros sea como el más pequeño y el que gobierna como el que sirve». Te recomiendo que tengas presentes las palabras de Pablo que hemos escuchado hoy: vigila sobre ti mismo y vigila sobre el pueblo de Dios. Este vigilar significa estar en vela, estar atento, para defenderse a sí mismo de tantos pecados y de tantas actitudes mundanas, y para defender al pueblo de Dios de los lobos que Pablo decía que vendrían.

Proclama la Palabra de Dios en toda ocasión, a tiempo y a destiempo; amonestada, reprende, exhorta con toda paciencia y deseo de enseñar. En la oración y en el sacrificio eucarístico pide abundancia y diversidad de gracias, para que el pueblo a ti encomendado participe de la plenitud de Cristo. Y velar sobre su pueblo también significa rezar, rezar por el pueblo, como hacía Moisés: con las manos levantadas, aquella oración de intercesión, aquella oración valiente, cara a cara con el Señor, por el pueblo.

Cuida y dirige la Iglesia que se te confía, y sé fiel dispensador de los misterios de Cristo. Elegido por el Padre para el cuidado de su familia, ten siempre ante tus ojos al buen Pastor, que conoce a sus ovejas y es conocido por ellas, y no dudó en dar su vida por el rebaño.

Ama con amor de padre y de hermano a cuantos Dios pone bajo tu cuidado, especialmente a los presbíteros y diáconos -colaboradores tuyos en el ministerio sagrado-; pero también a los pobres, a los débiles, a los que tienen necesidad de acogida y ayuda. Exhorta a los fieles a trabajar contigo en la obra apostólica, y procura siempre atenderlos y escucharlos.

De aquellos que aún no están incorporados al rebaño de Cristo, cuida sin desmayo, porque ellos también te han sido encomendados en el Señor. Y reza por ellos.

No olvides que formas parte del Colegio Episcopal en el seno de la Iglesia católica, que es una por el vínculo del amor. Por tanto, tu solicitud pastoral debe extenderse a todas las comunidades cristianas, dispuesto siempre a acudir en ayuda de las más necesitadas. Creo que esto te será fácil en la tarea que te he encomendado en la Secretaría del Sínodo de los obispos.

Vela, vela con amor sobre la grey universal, a cuyo servicio te pone el Espíritu Santo para regir a la Iglesia de Dios. Vela, no te adormezcas, vigila, permanece en vela, y que el Señor te acompañe, te acompañe en este velar que hoy te confío en el nombre del Padre, cuya imagen representas en la asamblea; en el nombre del Hijo, cuyo oficio de maestro, sacerdote y pastor ejerces; y en el nombre del Espíritu Santo, que da vida a la Iglesia de Cristo y fortalece nuestra debilidad.

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa en la solemnidad de Pentecostés

Basílica Vaticana. Domingo 8 de junio de 2014.

«Se llenaron todos de Espíritu Santo» (*Hch 2, 4*).

Hablando a los Apóstoles en la Última Cena, Jesús dijo que, tras marcharse de este mundo, les enviaría *el don del Padre*, es decir, el Espíritu Santo (cf. *Jn 15, 26*). Esta promesa se realizó con poder el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos reunidos en el Cenáculo. Esa efusión, si bien extraordinaria, no fue única y limitada a ese momento, sino que se trata de un acontecimiento que se ha renovado y se renueva aún. Cristo glorificado a la derecha del Padre sigue cumpliendo su promesa, enviando a la Iglesia el Espíritu vivificante, que nos *enseña* y nos *recuerda* y nos *hace hablar*.

El Espíritu Santo *nos enseña*: es el Maestro interior. Nos guía por el justo camino, a través de las situaciones de la vida. Él nos enseña el camino, el sendero. En los primeros tiempos de la Iglesia, al cristianismo se le llamaba «el camino» (cf. *Hch 9, 2*), y Jesús mismo es el camino. El Espíritu Santo nos enseña a seguirlo, a caminar siguiendo sus huellas. Más que un maestro de doctrina, el Espíritu Santo es un maestro de vida. Y de la vida forma parte ciertamente también el saber, el conocer, pero dentro del horizonte más amplio y armónico de la existencia cristiana.

El Espíritu Santo *nos recuerda*, nos recuerda todo lo que dijo Jesús. Es la memoria viviente de la Iglesia. Y mientras nos hace recordar, nos hace comprender las palabras del Señor.

Este recordar en el Espíritu y gracias al Espíritu no se reduce a un hecho mnemónico, es un aspecto esencial de la presencia de Cristo en nosotros y en su Iglesia. El Espíritu de verdad y de caridad nos recuerda todo lo que dijo Cristo, nos hace entrar cada vez más plenamente en el sentido de sus palabras. Todos nosotros tenemos esta experiencia: un momento, en cualquier situación, hay una idea y después otra se relaciona con un pasaje de la Escritura... Es el Espíritu que nos hace recorrer este camino: la senda de la memoria viva de la Iglesia. Y esto requiere de nuestra parte una respuesta: cuanto más generosa es nuestra respuesta, en mayor medida las palabras de Jesús se hacen vida en nosotros, se convierten en actitudes, opciones, gestos, testimonio. En esencia, el Espíritu nos recuerda el mandamiento del amor y nos llama a vivirlo.

Un cristiano sin memoria no es un verdadero cristiano: es un cristiano a mitad de camino, es un hombre o una mujer prisionero del momento, que no sabe tomar en consideración su historia, no sabe leerla y vivirla como historia de salvación. En cambio, con la ayuda del Espíritu Santo, podemos interpretar las inspiraciones interiores y los acontecimientos de la vida a la luz de las palabras de Jesús. Y así crece en nosotros la sabiduría de la memoria, la sabiduría del corazón, que es un don del Espíritu. Que el Espíritu Santo reavive en todos nosotros la memoria cristiana. Y ese día, con los Apóstoles, estaba la Mujer de la memoria, la que desde el inicio meditaba todas esas cosas en su corazón. Estaba María, nuestra Madre. Que Ella nos ayude en este camino de la memoria.

El Espíritu Santo nos enseña, nos recuerda, y -otro rasgo- *nos hace hablar*, con Dios y con los hombres. No hay cristianos mudos, mudos en el alma; no, no hay sitio para esto.

Nos hace hablar con Dios en la *oración*. La oración es un don que recibimos gratuitamente; es diálogo con Él en el Espíritu Santo, que ora en nosotros y nos permite dirigirnos a Dios llamándolo Padre, Papá, *Abbà* (cf. *Rm* 8, 15; *Gal* 4, 6); y esto no es sólo un «modo de decir», sino que es la realidad, nosotros somos *realmente* hijos de Dios. «Cuanto se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios» (*Rm* 8, 14).

Nos hace hablar en el acto de fe. Ninguno de nosotros puede decir: «Jesús es el Señor» -lo hemos escuchado hoy- sin el Espíritu Santo. Y el Espíritu nos hace hablar con los hombres en el *diálogo fraterno*. Nos ayuda a hablar con los demás reconociendo en ellos a hermanos y hermanas; a hablar con amistad, con ternura, con mansedumbre, comprendiendo las angustias y las esperanzas, las tristezas y las alegrías de los demás.

Pero hay algo más: el Espíritu Santo nos hace hablar también a los hombres en la *profecía*, es decir, haciéndonos «canales» humildes y dóciles de la Palabra de Dios. La profecía se realiza con franqueza, para mostrar abiertamente las contradicciones y las injusticias, pero siempre con mansedumbre e intención de construir. Llenos del Espíritu de amor, podemos ser signos e instrumentos de Dios que ama, sirve y dona la vida.

Resumiendo: el Espíritu Santo nos enseña el camino; nos recuerda y nos explica las palabras de Jesús; nos hace orar y decir Padre a Dios, nos hace hablar a los hombres en el diálogo fraterno y nos hace hablar en la profecía.

El día de Pentecostés, cuando los discípulos «se llenaron de Espíritu Santo», fue el bautismo de la Iglesia, que nace «en salida», en «partida» para anunciar a todos la Buena Noticia. La Madre Iglesia, que sale para servir. Recordemos a la otra Madre, a nuestra Madre que salió con prontitud, para servir. La Madre Iglesia y la Madre María: las dos vírgenes, las dos madres, las dos mujeres. Jesús había sido perentorio con los Apóstoles: no tenían que alejarse de Jerusalén antes de recibir de lo alto la fuerza del Espíritu Santo (cf. *Hch* 1, 4.8). Sin Él no hay misión, no hay evangelización. Por ello, con toda la Iglesia, con nuestra Madre Iglesia católica invocamos: ¡Ven, Espíritu Santo!

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa en la solemnidad de Corpus Christi

Atrio de la Basílica de San Juan de Letrán. Jueves 19 de junio de 2014.

El Señor, tu Dios, ... te alimentó con el maná, que tú no conocías (Dt 8, 2-3).

Estas palabras del Deuteronomio hacen referencia a la historia de Israel, que Dios hizo salir de Egipto, de la condición de esclavitud, y durante cuarenta años guió por el desierto hacia la tierra prometida. El pueblo elegido, una vez establecido en la tierra, alcanzó cierta autonomía, un cierto bienestar, y corrió *el riesgo de olvidar* los tristes acontecimientos del pasado, superados gracias a la intervención de Dios y a su infinita bondad. Así pues, las Escrituras exhortan a recordar, a *hacer memoria* de todo el camino recorrido en el desierto, en el tiempo de la carestía y del desaliento. La invitación es volver a lo esencial, a la experiencia de la total dependencia de Dios, cuando la supervivencia estaba confiada a su mano, para que el hombre comprendiera que «no sólo de pan vive el hombre, sino... de todo cuanto sale de la boca de Dios» (Dt 8,3).

Además del hambre físico, el hombre lleva en sí otro hambre, un hambre que no puede ser saciado con el alimento ordinario. Es hambre de vida, hambre de amor, hambre de eternidad. Y el signo del *maná* -como toda la experiencia del éxodo- contenía en sí también esta dimensión: era figura de un alimento que satisface esta profunda hambre que hay en el hombre. Jesús nos da este alimento, es más, es *Él mismo el pan vivo* que da la vida al mundo (cf. *Jn* 6, 51). Su Cuerpo es el verdadero alimento bajo la especie del pan; su Sangre es la verdadera bebida bajo la especie del vino. No es un simple alimento con el cual saciar nuestro cuerpo, como el maná; el Cuerpo de Cristo es el pan de los últimos tiempos, capaz de dar vida, y vida eterna, porque la esencia de este pan es el Amor.

En la Eucaristía se comunica el amor del Señor por nosotros: un amor tan grande que nos nutre de sí mismo; un amor gratuito, siempre a disposición de toda persona hambrienta y necesitada de regenerar las propias fuerzas. Vivir la experiencia de la fe significa dejarse alimentar por el Señor y construir la propia existencia no sobre los bienes materiales, sino sobre la realidad que no perece: los dones de Dios, su Palabra y su Cuerpo.

Si miramos a nuestro alrededor, nos damos cuenta de que existen *muchas ofertas de alimento* que no vienen del Señor y que aparentemente satisfacen más. Algunos se nutren con el dinero, otros con el éxito y la vanidad, otros con el poder

y el orgullo. Pero el alimento que nos nutre verdaderamente y que nos sacia es sólo el que nos da el Señor. El alimento que nos ofrece el Señor es distinto de los demás, y tal vez no nos parece tan gustoso como ciertas comidas que nos ofrece el mundo. Entonces soñamos con otras comidas, como los judíos en el desierto, que añoraban la carne y las cebollas que comían en Egipto, pero olvidaban que esos alimentos los comían en la mesa de la esclavitud. Ellos, en esos momentos de tentación, tenían memoria, pero una memoria enferma, una memoria selectiva. Una memoria esclava, no libre.

Cada uno de nosotros, hoy, puede preguntarse: ¿y yo? ¿*Dónde quiero comer?* ¿En qué mesa quiero alimentarme? ¿En la mesa del Señor? ¿O sueño con comer manjares gustosos, pero en la esclavitud? Además, cada uno de nosotros puede preguntarse: ¿cuál es mi memoria? ¿La del Señor que me salva, o la del ajo y las cebollas de la esclavitud? ¿Con qué memoria sacio mi alma?

El Padre nos dice: «Te he alimentado con el maná que tú no conocías». Recuperemos la memoria. Esta es la tarea, recuperar la memoria. Y aprendamos a reconocer el pan falso que engaña y corrompe, porque es fruto del egoísmo, de la autosuficiencia y del pecado.

Dentro de poco, en la *procesión*, seguiremos a Jesús realmente presente en la Eucaristía. La Hostia es nuestro maná, mediante la cual el Señor se nos da a sí mismo. A Él nos dirigimos con confianza: Jesús, defiéndenos de las tentaciones del alimento mundano que nos hace esclavos, alimento envenenado; purifica nuestra memoria, a fin de que no permanezca prisionera en la selectividad egoísta y mundana, sino que sea *memoria viva de tu presencia* a lo largo de la historia de tu pueblo, memoria que se hace «memorial» de tu gesto de amor redentor. Amén.

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa e imposición del Palio a los nuevos Metropolitanos, en la solemnidad de San Pedro y San Pablo

Basílica Vaticana. Domingo 29 de junio de 2014.

En la solemnidad de los apóstoles san Pedro y san Pablo, patronos principales de Roma, acogemos con gozo y reconocimiento a la Delegación enviada por el Patriarca Ecuménico, el venerado y querido hermano Bartolomé, encabezada por el metropolitano Ioannis. Roguemos al Señor para que también esta visita refuerce nuestros lazos de fraternidad en el camino hacia la plena comunión, que tanto deseamos, entre las dos Iglesias hermanas.

«El Señor ha enviado su ángel para librarme de las manos de Herodes» (*Hch* 12,11). En los comienzos del servicio de Pedro en la comunidad cristiana de Jerusalén, había aún un gran temor a causa de la persecución de Herodes contra algunos miembros de la Iglesia. Habían matado a Santiago, y ahora encarcelado a Pedro, para complacer a la gente. Mientras estaba en la cárcel y encadenado, oye la voz del ángel que le dice: «Date prisa, levántate... Ponte el cinturón y las sandalias... Envuélvete en el manto y sígueme» (*Hch* 12,7-8). Las cadenas cayeron y la puerta de la prisión se abrió sola. Pedro se da cuenta de que el Señor lo «ha librado de las manos de Herodes»; se da cuenta de que Dios lo ha liberado del temor y de las cadenas. Sí, el Señor *nos libera de todo miedo y de todas las cadenas*, de manera que podamos ser verdaderamente libres. La celebración litúrgica expresa bien esta realidad con las palabras del estribillo del Salmo responsorial: «El Señor me libró de todos mis temores».

Aquí está el problema para nosotros, el del miedo y de los refugios pastorales.

Nosotros -me pregunto-, queridos hermanos obispos, ¿tenemos miedo?, ¿*de qué tenemos miedo?* Y si lo tenemos, ¿*qué refugios buscamos* en nuestra vida pastoral para estar seguros? ¿Buscamos tal vez el apoyo de los que tienen poder en este mundo? ¿O nos dejamos engañar por el orgullo que busca gratificaciones y reconocimientos, y allí nos parece estar a salvo? ¿Queridos hermanos obispos, dónde ponemos nuestra seguridad?

El testimonio del apóstol Pedro nos recuerda que *nuestro verdadero refugio es la confianza en Dios*: ella disipa todo temor y nos hace libres de toda esclavitud y de toda tentación mundana. Hoy, el Obispo de Roma y los demás obispos, especialmente los Metropolitanos que han recibido el palio, nos sentimos interpelados por el ejemplo de san Pedro a verificar nuestra confianza en el Señor.

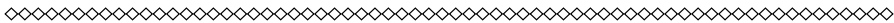
Pedro recobró su confianza cuando Jesús le dijo por tres veces: «Apacienta mis ovejas» (*Jn* 21,15.16.17). Y, al mismo tiempo él, Simón, confesó por tres veces su amor por Jesús, reparando así su triple negación durante la pasión. Pedro siente todavía dentro de sí el resquemor de la herida de aquella decepción causada a su Señor en la noche de la traición. Ahora que él pregunta: «¿Me amas?», Pedro no confía en sí mismo y en sus propias fuerzas, sino en Jesús y en su divina misericordia: «Señor, tú conoces todo; tú sabes que te quiero» (*Jn* 21,17). Y aquí desaparece el miedo, la inseguridad, la pusilanimidad.

Pedro ha experimentado que la fidelidad de Dios es más grande que nuestras infidelidades y más fuerte que nuestras negaciones. Se da cuenta de que la fidelidad del Señor aparta nuestros temores y supera toda imaginación humana. También hoy, a nosotros, Jesús nos pregunta: «¿Me amas?». Lo hace precisamente porque conoce nuestros miedos y fatigas. Pedro nos muestra el camino: fiarse de él, que «sabe todo» de nosotros, no confiando en nuestra capacidad de serle fieles a él, sino en su fidelidad inquebrantable. Jesús nunca nos abandona, porque no puede negarse a sí mismo (cf. *2 Tm* 2,13). Es fiel. La fidelidad que Dios nos confirma incesantemente a nosotros, los Pastores, es la fuente de nuestra confianza y nuestra paz, más allá de nuestros méritos. La fidelidad del Señor para con nosotros mantiene encendido nuestro deseo de servirle y de servir a los hermanos en la caridad.

El amor de Jesús debe ser suficiente para Pedro. Él no debe ceder a la tentación de la curiosidad, de la envidia, como cuando, al ver a Juan cerca de allí, preguntó a Jesús: «Señor, y éste, ¿qué?» (*Jn* 21,21). Pero Jesús, frente a estas tentaciones, le respondió: «¿A ti qué? Tú, sígueme» (*Jn* 21,22). Esta experiencia de Pedro es un mensaje importante también para nosotros, queridos hermanos arzobispos. El Señor repite hoy, a mí, a ustedes y a todos los Pastores: «Sígueme». No pierdas tiempo en preguntas o chismes inútiles; no te entretengas en lo secundario, sino mira a lo esencial y sígueme. Sígueme a pesar de las dificultades. Sígueme en la predicación del Evangelio. Sígueme en el testimonio de una vida que corresponda al don de la gracia del Bautismo y la Ordenación. Sígueme en el hablar de mí a aquellos con los que vives, día tras día, en el esfuerzo del trabajo, del diálogo y de la amistad. Sígueme en el anuncio del Evangelio a todos, especialmente a los últimos, para que a nadie le falte la Palabra de vida, que libera de todo miedo y da confianza en la fidelidad de Dios. Tú, sígueme.



OBISPO



OBISPO**HOMILÍAS****Celebración Eucarística con motivo de la clausura de la Escuela de Liturgia****1 abril de 2014**

*Ilmo. Sr. Delegado Episcopal de Liturgia
Hermanas y hermanos en el Señor*

Con esta celebración clausuramos las actividades de la *Escuela Diocesana de Liturgia*, que este año centró sus lecciones en el estudio de la importancia que nuestras celebraciones tienen en nuestra vida y cuál es el impulso misionero que de ellas brota para nuestra existencia creyente.

De forma magistral, la constitución *Sacrosanctum Concilium* del Concilio Vaticano II afirma que: *La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza* (nº10). Estas palabras pronunciadas por la Iglesia hace poco más de 50 años, adquieren cuando se leen, una gran actualidad. En este sentido, la Palabra de Dios que hemos proclamado en esta Liturgia eucarística nos puede ayudar a concretar unos puntos para nuestra reflexión y para nuestra vida.

La profecía de Ezequiel que siempre nos sorprende en este tiempo de cuaresma, nos hace volver la mirada del corazón, de forma nostálgica –es decir buscando tras las palabras un eco del misterio salvador -, que el agua, que en la *Noche de Pascua* ocupará un puesto central en la celebración de la Gran Vigilia del Sábado Santo, esa agua es cauce de vida y fecundidad; en el texto leemos: *¿Has visto, hijo de Adán?*

La palabra se dirige a nosotros, hombres y mujeres de hoy, que cuando participamos en una celebración litúrgica, y más en la Eucaristía, nos unimos a tantos hermanos y hermanas que no solo peregrinan en la fe en medio de las vicisitudes de este mundo y los consuelos de Dios, sino también a todos aquellos que nos han precedido en el signo de la fe y duermen el sueño de la paz y, al mismo tiempo, hacemos presentes a las generaciones que vendrán; somos eslabones de una cadena de fidelidades, entrelazados por el amor gratuito de Dios que se nos concede en el seno de la Iglesia. Como hijos de Adán, es decir, como exponentes

singulares de esta humanidad redimida, la Liturgia de la Palabra nos invita a centrar nuestra mirada en ese manantial de agua que es Jesucristo, fuente de donde mana la actividad de la Iglesia.

Si nos abrimos a esa realidad y nos dejamos purificar por el agua que brota de ese torrente de vida, entonces daremos frutos que quedan simbolizados por estas palabras de la profecía: *Vi a la orilla del río una gran arboleda en sus dos márgenes*. Las aguas que surgen de ese manantial llegarán al mar- signo del mal, porque el agua del mar no sirve para beber, no sirve para la vida-, pero cuando esas aguas que brotan del costado herido del Redentor, llegan al mar, *lo sanearán... (y) todos los seres vivos que bullan allí donde desemboque la corriente, tendrán vida; y habrá peces en abundancia... Quedará saneado el mal y habrá vida dondequiera que llegue la corriente*.

¡Qué hermoso texto! Parece que lo hemos escogido a propósito para la clausura de esta Escuela y, sin embargo, es el que nos propone la liturgia de este martes de la cuarta Semana de Cuaresma. Bien vivida y celebrada la liturgia se convierte en esa *agua fecunda* que brotando del corazón del Buen Dios llega y empapa nuestras existencias frágiles, pobres y pecadoras, las cubre con su dinamismo y nos vivifica. Nos hace *discípulos misioneros*. Nos impulsa a la misión, a ser testigos de la bondad y de la ternura de Dios que quiere sanarlo todo y, no nos olvidemos de lo que acabamos de leer: *y habrá peces en abundancia*. Que es tanto como decir, ¡seremos fecundos!

¡Qué necesaria resulta la preparación próxima de las celebraciones litúrgicas para que su dinamismo misionero encuentre un eco en nuestras vidas! Desde esta perspectiva nos damos cuenta de que la liturgia, vivida por espíritu de cumplimiento, con prisas y con poca devoción nos deja el alma fría, de tal modo que, paulatinamente, se puede ir apagando ese ardor, nos enfriamos y, sin darnos cuenta, se convierte no en un cauce de vida sino en *algo grande* que pasa a las orillas de nuestra existencia pero no nos empapa con su misteriosa fecundidad, porque independientemente de nuestras actitudes, ella misma es un río caudaloso que por donde pasa –aunque no lo veamos- da vida, y la da en abundancia.

Aprovechemos estos ofrecimientos que nos hace la Iglesia diocesana a través de la Delegación Episcopal de Liturgia para que abriendo nuestro corazón, como tierra generosa, nos dejemos empapar por el agua redentora y de gracia que, por medio de esta fuente de vida que es la liturgia podamos, con nuestra existencia, ser testigos de la actividad de la Iglesia.

Que Santa María Madre, en este caminar cuaresmal, nos ayude y, como Señora del Consuelo nos conforte y anime con su protección maternal para ser auténticos testigos misioneros.

Domingo V de Cuaresma Jornada de la Familia

6 de abril de 2014.

Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os hare salir de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os traeré a la tierra (de promisión)... Y os infundiré mi espíritu, y viviréis; os colocaré en vuestra tierra y sabréis que yo, el Señor, lo digo y lo hago” (Ez. 37,12)

Este hermoso y profundo texto de la profecía de Ezequiel nos puede ayudar, hermanos y hermanas, a plantear mejor esta última semana del tiempo de cuaresma antes de iniciar la Semana en la Pasión del Señor, previa a la celebración del Triduo Pascual.

La certeza de nuestra fe no se apoya en la fuerza de argumentos racionales, ni en los más bellos y evidentes postulados éticos o morales, sino que nuestra fe se apoya en esta certeza que nos recuerda la profecía de Ezequiel, al final del texto proclamado: *Yo el Señor, lo digo y lo hago*. Es un Dios de palabra. Es la única PALABRA.

Nuestra vida, toda nuestra historia, nuestra existencia de fe se apoya en esta certeza, en el *Yo de Dios*, que es tanto como decir: en el *Ser de Dios*. En su misma persona. Y este Señor nos dice que *abrirá nuestros sepulcros... nos hará salir de nuestros sepulcros y nos traerá a la tierra...* esa tierra nueva y esos cielos nuevos. Y esto que a vosotros y a mí nos resulta imposible, a Él, que es *El que es*, que es aquel que *lo que dice, lo hace...* su palabra realiza su querer. He ahí la grandeza de nuestro Padre Dios y su ternura.

Si nos centramos en la liturgia de hoy son tres acciones las que nos propone la palabra proclamada: ABRIR. SALIR. TRAER.

Para que Dios haga su obra en nosotros necesitamos abrir nuestra existencia, vida y oración al querer salvador de Dios que se nos acerca por su Palabra. Abrámonos a la Palabra del Señor, a sus signos, para que nos llene de su presencia y así, fecundados y fortalecidos por su fuerza podemos salir de nosotros mismos, de nuestros miedos, de nuestros criterios, de nuestras seguridades, en definitiva: *de nuestro hombre viejo*.

Y debemos salir para llegar a las periferias existenciales que nos rodean ¿quiénes y cuáles son esas periferias?

- Tantos *niños y jóvenes* que han vivido una experiencia negativa de fe y de Iglesia que les alejó de Dios.
- Tantos *hombres y mujeres* dolidos con los que nos llamamos creyentes porque en momentos cruciales para ellos, les fallamos.
- Tantos de *nuestros conciudadanos* que extienden su mano solicitándonos su ayuda y hemos mirado hacia otra parte, o apuramos el paso para llegar a nuestros negocios.

La Iglesia nos pide que abramos nuestro corazón y salgamos para *traer*, una vez más, al corazón del Buen Dios a tantos que se han marchado del hogar de la Iglesia y quedaron encerrados en sí mismos como si fuese un sepulcro. Jesús hoy, a través de cada uno de nosotros, quiere decirles, como a Lázaro: ¡*Sal fuera!* Que es tanto como decir: ¡Se Libre!

A esta dinámica nos invita la Palabra de Dios de este 5º Domingo de Cuaresma en el que estamos clausurando la **XI Semana de la familia**, bajo el lema: *Familia evangelizada, Familia evangelizadora.*

También a vosotros hombres y mujeres, niños y ancianos que vivís vuestra vocación en la familia y os sentís, como yo, deudores de ella, la Iglesia nos pide que nos abramos al don de Dios para salir al encuentro de tantas necesidades, y así *traer* a casa - a la Iglesia - a tantas familias necesitadas de fe, amor y esperanza.

Una familia que se abre al don de Dios, está abierta a la vida y siente las necesidades de los demás.

Una familia así es capaz de *salir* y evangelizar, porque ella ha recibido ese don y así lo puede transmitir a los demás y los *traerá* hacia el corazón de Dios.

Para vivir esa dinámica es necesario, en primer lugar, vivir ese primer momento que consiste en dejarse evangelizar. Y ¿como podemos realizar este proceso?

- La familia se siente evangelizada cuando se decide a *celebrar juntos*, con todos sus miembros, las fiestas religiosas, sobre todo los domingos. No basta con decir a los niños que vayan a Misa, o a la catequesis; es toda la familia la que debe ir a la Misa y a la catequesis ¡todos!, todos necesitamos ser catequizados, que es una forma de ser evangelizados.

- Una familia evangelizada es aquella que *reza unida*, aunque solo sea alguna pequeña oración, como la bendición de la mesa; las tres Avemarías por la noche; una salve durante el mes de mayo y octubre; quizás el Rosario. No son necesarios muchas oraciones, pocas y buenas, dichas con piedad, así no cansaremos a nuestros niños y jóvenes.
- Una familia evangelizada es aquella que *tiene en el centro del hogar la Biblia, Palabra de Dios* y es capaz de leer, cada día, un pequeño fragmento de la Escritura Santa, que es Palabra de Salvación.
- Una familia evangelizada es aquella que se convierte en una *catequesis viva* y los frutos fundamentales de la fe se repasan a la luz del *Catecismo de la Iglesia Católica*.
- Una familia evangelizada es aquella que *se transforma en escuela en donde se aprende a vivir las virtudes humanas y sobrenaturales y los valores cristianos*, convirtiéndose así en un taller de buenos ciudadanos.
- Una familia evangelizada es aquella en la cual se educa *en el amor*; a vivir el amor como entrega, como don, como cauce de vida.

Una familia así es y se convierte en *una familia evangelizadora* porque con su existencia hace creíble la alegría del Evangelio.

Hermanos y hermanas recibamos con esperanza el grito de amor del Señor ¡*Sal fuera!* al igual que aquel otro que hizo resucitar a Lázaro. Un grito lleno de misericordia para que así, a pesar de nuestras pobrezas, podamos convertirnos en apóstoles de apóstoles, es decir, en evangelizadores porque nos esforzamos por ser esos *discípulos misioneros* que la Iglesia y nuestra sociedad hoy necesita. Quisiera que con el corazón volviésemos nuestra mirada a Santa María Madre de Dios, bajo esa advocación de Señora del Consuelo que desde tiempo inmemorial se venera en el *Pórtico del Paraíso* de esta Catedral-Basílica de San Martiño. Que ella nos consuele en el arduo camino de la vida y nos proteja con su misericordia y su ternura, así seremos capaces de abrirnos al querer de Dios para poder salir a todas las periferias de nuestro mundo y traerlos a todos al corazón del Buen Dios. ¡Que así sea!

**Misa de Funeral de D. Manuel Armada Rodríguez,
párroco emérito de San Pedro de Moreiras.**

Santa María de Cartelle. 7 de abril de 2014.

Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre.

Mis queridos hermanos y amigos sacerdotes aquí presentes.

Saludo con especial afecto a los familiares de D. Manuel

Hermanas y hermanos:

Estamos tan acostumbrados a oír, decir, e incluso cantar este versículo del Evangelio que puede ser que haya perdido fuerza e intensidad en nuestras vidas; conviene que no nos olvidemos que el texto evangélico al hacer esta profesión de fe en la vida eterna se nos pregunta a cada uno, lo mismo que en su tiempo le preguntó Jesús a Marta *¿crees esto?*

¡Mis hermanos! Ante los restos mortales de este hermano nuestro, Don Manuel ¡ el segundo sacerdote que enterramos en los últimos ocho días! Tenemos que hacernos a nosotros mismos esta misma pregunta *¿Crees esto?*

Cuando vivimos nuestra fe en el crucificado que está vivo, se nota en el tenor de nuestra existencia sacerdotal. Si vivimos *de cara a la vida eterna*, nuestra forma de vivir el sacerdocio será distinta. Cuando sabemos que estamos llamados a la eternidad, nos esforzamos por vivir el momento presente, con pasión y con esa fuerza que lo transfigura todo.

El ejercicio de nuestro ministerio sacerdotal, ¡nuestro trabajo! -permitidme que me exprese así, aunque bien se que no es del todo correcto - Adquiere un relieve y una fuerza arrolladora ¡hasta las cosas más pequeñas adquieren un gran sentido!. Acaso, cuando vivimos en esa clave de eternidad, nuestra oración, el ejercicio pastoral y la Liturgia de las Horas bien celebrada no constituye una parte, no pequeña, de nuestro trabajo cotidiano. Y nuestra preparación, es decir, el repaso de los manuales de Teología, de Derecho, o de Sagrada Escritura, no son parte de nuestro trabajo. La visita a los ancianos y enfermos, con frecuencia, no nos ayudan a realizar una autentica pastoral familiar, etc.

¡Creemos en la vida eterna!.

Cuando cumplimos con el triste deber de dar sepultura a un hermano sacerdote, como D. Manuel Armada, que sirvió a esta Iglesia durante tantos años, repasamos con el corazón agradecido la historia de sus servicios y podemos decir: *¡Sus obras le acompañan!* y todas ellas las dejamos en las manos del Padre que es rico en misericordia.

Hoy rezamos por él; pero sabemos, así nos lo enseña aquel gran maestro que fue San Agustín: que *la vida es una propedéutica para la muerte*.

¿Crees esto? Es decir, ¿creemos que Jesús, el Señor, es la resurrección y la vida? ¿Creemos como creyó nuestro hermano? O mejor ¿Creemos cómo cree la Iglesia? Si nuestra fe es auténtica, como nos recuerda el papa Francisco, nos lleva a salir de nosotros mismos, de nuestros criterios y opiniones, de nuestras excesivas preocupaciones por el mañana, de agarrarnos a las cosas del aquí (...) en definitiva, nos lleva a vencer esa *mundanidad* que nos ata.

Os invito para finalizar esta reflexión a que volvamos con la mirada del corazón a la profecía de Ezequiel que hemos proclamado en primer lugar: *Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os hare salir de vuestros sepulcros (...) y os traeré a la tierra* (de promisión).

Solo desde la fe, es decir, solo si abrimos nuestra existencia a la fe en Jesucristo Resucitado y vivo, solo así, seremos capaces de *salir* de nosotros mismos *-rompiendo con esa mundanidad-* y de este modo nos convertiremos en testigos creíbles que seremos capaces de *traer* a la Iglesia, en definitiva, a Dios a tantos hermanas y hermanos que se han alejado.

¡Cuánto nos enseñan y nos han enseñado los sacerdotes mayores!, ¡sacerdotes-sacerdotes!, ¡sacerdotes con un corazón entregado y generoso!

Nuestro hermano D. Manuel Armada a lo largo de su vida dejó signos de su presencia sacerdotal, hoy los ponemos en las manos de Aquel que es misericordioso y le pedimos que le reciba en esos cielos nuevos y, a nosotros, que nos conceda una fe fuerte para nuestro camino. Pido para vosotros, la familia de D. Manuel, el consuelo y la paz. Se lo pido a Nuestra Señora de los Dolores. Que el Señor os recompense por el cuidado que habéis tenido para con este sacerdote y sentid con la Iglesia, siendo vosotros mismos Iglesia.

¡Dale Señor el descanso eterno! ¡Que descanse de sus fatigas y que sus obras obtengan de las manos del que es rico en Misericordia el premio que merece por su

dedicación y, si necesita nuestra ayuda fraterna, ofrecemos esta Santa Eucaristía como sufragio para que el Señor le perdone todo aquello que a causa de la fragilidad del corazón humano pudo haber cometido.

Que Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra, especial protectora de los sacerdotes abra su regazo de Madre Misericordiosa y, haciendo nuestra el sentir de aquella antiquísima oración, le podemos decir: *Acuérdate, oh Madre de Dios, cuando te encuentres ante la presencia del Altísimo de decirle cosas buenas* de nuestro hermano y de cada uno de los que estamos aquí para que nuestro paso por este mundo se convierta en un camino seguro para esos *cielos nuevos y esa tierra nueva* que el Buen Dios tiene preparado para los que ama.

¡Que así sea!

Solemnidad del Domingo de Ramos de la Pasión del Señor

S. I. Catedral. 13 de abril de 2014.

Excmo. Cabildo Catedralicio
Hermanas y hermanos en el Señor.

Mis queridos niños y niñas que hoy dais con vuestra alegre presencia una im-
pronta especial a esta antigua iglesia que es la catedral de san Martín.

¡No quisiera cansaros! Soy consciente de que la liturgia de este Domingo de
Ramos o de las Palmas es un poco especial y muy larga para vosotros porque se
acaba de proclamar el texto bíblico en el que se narra la pasión de Nuestro Señor
Jesucristo. Quisiera daros una idea para estos días de Semana Santa que estamos
comenzando y en los que vamos a celebrar la fiesta más importante del año cris-
tiano, la pasión muerte y resurrección de Jesucristo, lo que llamamos el Triduo
Pascual.

¡Fijaos bien! Cuando escuchábamos la narración de la pasión de Jesucristo nos
dábamos cuenta de que en ella van apareciendo una serie de personajes: Pedro,
Judas, Poncio Pilato, Barrabás, Simón de Cirene, María Magdalena...y otros
muchos! Yo quisiera proponeros un ejercicio para estos días de Semana Santa,
consiste en hacernos una pregunta – también me la hago yo – ¿es esta! ¿Con cuál
de los personajes que aparecen en el relato de la pasión de Jesucristo nos identi-
ficamos cada uno de los que estamos aquí?

¿Soy como Pedro que muchas veces niego a Jesús porque me da vergüenza que
me consideren uno de sus amigos? ¿soy como Judas que traiciono al Maestro y
lo vendo por unas monedas? ¿soy Poncio Pilato –gobernador romano – que me
atrevo a juzgar y a condenar al que es Justo, es decir al más Santo?...os dais cuenta
de este ejercicio ¿es muy comprometido! Si lo hacemos bien nos ayudará a rezar
con el Evangelio. Sería bueno que todos tuviésemos un ejemplar de la Biblia, o
por lo menos del Evangelio, y todos los días antes de comenzar a estudiar, o de
acostarnos, debiéramos de leer un pequeño fragmento de este libro que el papa
Francisco le llama Alegría del Evangelio.

Es necesario que nos acerquemos a la Palabra de Dios, a través de la lectura
contemplativa de los textos que nos leen en la liturgia – en las celebraciones de
estos días de Semana Santa- para convertirnos en buenos cristianos que no solo
escuchan o leen la pasión, muerte de Jesucristo, sino que saben muy bien que ese

Jesús, del que acabamos de celebrar su entrada triunfal en Jerusalén – en medio de palmas, ramos y gritos de victoria- y que dentro de unos días lo contemplaremos muerto en la cruz, no está muerto, sino que vive.

Jesús no está muerto ¡vive! Vive en esta gran familia que es la Iglesia, está presente en su Palabra y, sobre todo en la Eucaristía, pero también lo está en nuestra vida; por eso nos llamamos cristianos ¡somos otros cristos! Somos el mismo Cristo Resucitado y eternamente Vivo que está en nosotros y, por medio de la gracia de los sacramentos nos convierte en discípulos misioneros para hacer llegar su mensaje – que es la Alegría del Evangelio - a todas aquellas personas con las que nos encontramos en nuestro camino.

¡Os invito a que sigamos participando en esta Eucaristía del Domingo de Ramos en la Pasión del Señor!

Santa Misa Crismal

S. I Catedral. 16 de abril de 2014.

Sacerdote evangelizado sacerdote evangelizador

Vosotros os llamaréis: Sacerdotes del Señor (Is. 61,6)

En el marco de esta solemne celebración de la Misa Crismal, a las puertas del Triduo Pascual, la profecía de (Isaías 61,6) como si fuese un despertador de nuestra conciencia nos recuerda nuestro nombre: *Sacerdotes del Señor*.

La Iglesia en Ourense agradece la vida entregada y el ministerio de los sacerdotes. Damos gracias a Dios por el don del sacerdocio a esta Iglesia, por tantos sacerdotes que viven su ministerio con fidelidad y se sienten disponibles para servir, sabiendo que en la óptica del Evangelio, *la lucha por el poder en la Iglesia no debe existir. O, si queremos, que exista la lucha por el verdadero poder, es decir, el que Él, con su ejemplo, nos enseñó: el poder del servicio* (Papa Francisco. Misa en Santa Marta, martes, 21 de mayo de 2013)

Y todo autentico servicio en la Iglesia esta bendecido por la cruz, porque es ella la que nos identifica, plenamente, con Jesucristo del que somos, como sacerdotes, sus manos, sus labios y, sobre todo, su corazón: debemos ser misericordiosos con todos, especialmente con nuestros hermanos del Presbiterio y con todo el pueblo de Dios, porque si no somos misericordiosos con nuestro hermanos sacerdotes, tampoco lo seremos con el resto de los fieles.

Para que tanto vosotros como yo podamos vivir con entrega nuestro espíritu de disponibilidad y de servicio necesitamos cuidar nuestra propia existencia, cuidando nuestra vida espiritual y descubriendo, desde nuestras pobreza, que el tiempo dedicado a la oración litúrgica y la meditación cotidiana forma parte, no pequeña, de nuestro ministerio sacerdotal. Por otra parte, el cuidado de nuestra formación, no solo teológico- pastoral, sino la espiritual, constituye un tiempo extraordinariamente eficaz. Los encuentros mensuales de formación permanente, los retiros mensuales, los ejercicios espirituales anuales, las convivencias sacerdotales de zona, los encuentros sacerdotales de las últimas promociones son imprescindibles para la perseverancia ilusionada en el ejercicio del ministerio. *¡No podemos bajar la guardia en esta lucha por vivir el sacerdocio!*

Todos estos cauces ordinarios están encaminados a la realización del gran mi-

nisterio del amor redentor de Jesucristo del que los sacerdotes somos ministros. Dentro de un momento en el marco de esta solemne liturgia, el obispo, en nombre de la Iglesia, os preguntará:

¿Deseáis permanecer como fieles dispensadores de los misterios de Dios en la celebración eucarística y en las demás acciones litúrgicas, y desempeñar fielmente el ministerio de la predicación como seguidores de Cristo, cabeza y pastor, sin pretender los bienes temporales, sino movidos únicamente por el celo de las almas?

En esta pregunta se sintetiza todo nuestro ser y actuar de sacerdotes; aquí está el porqué de todo aquello que perfila toda nuestra existencia sacerdotal. La Iglesia nos pide que nos dejemos evangelizar para que así nos convirtamos en evangelizadores, solo si nos movemos en esta dinámica, dejaremos de ser, o lo que es peor, dejaremos de sentirnos funcionarios de lo sacro. Dejarnos evangelizar supone abrir el corazón y sentirnos pobres, pequeños, frágiles y sobre todo, *pecadores perdonados* por el amor de Dios. Solo si nos sentimos así comprendremos a la Madre Iglesia que durante años en el Seminario, y más tarde a través de la formación permanente, de los retiros y de los Ejercicios espirituales nos ha presentado con claridad ese desafío de amor, porque solo desde esa perspectiva se entiende nuestro ministerio, es el desafío que se refiere a los aspectos afectivos y existenciales que afectan a nuestra vida, al celibato ministerial y a una vida espiritual intensa que está fundada en la caridad pastoral. Este estilo de vida se alimenta, cotidianamente, en la experiencia personal con Dios, en la comunión con los hermanos, especialmente con los compañeros sacerdotes; cuando en la vida sacerdotal vamos perdiendo o rompiendo estas relaciones con Dios y con los hermanos, se resquebraja todo nuestro ministerio y esto explica tantas dolorosas situaciones que, en ocasiones, es difícil solucionar.

La vivencia del ministerio sacerdotal, sin estas referencias, mis queridos hermanos, se convierte, antes o después, en una desventura sin retorno; en cambio, la lucha cotidiana en la oración personal y litúrgica; la afirmación constante, de una forma madura de elección por Dios y por su gloria; el hacer uso de los medios de perseverancia, como el Sacramento de la Confesión -del que últimamente nos ha hablado el papa Francisco no solo con sus palabras sino también con su testimonio personal-, la devoción a María y una vida más sobria y generosa, entregada a la misión pastoral, son causa de una gran alegría sacerdotal. Además de todo esto, no podemos descuidar algo muy importante: el ministerio sacerdotal brota del sacramento del orden y este tiene una *“radical forma comunitaria”* que simbólicamente queda reflejada en el rito de ordenación, por la imposición de manos de todos los sacerdotes; esto quiere decir que ningún sacerdote, aunque sea genial

por sus cualidades, debe realizar su ministerio por libre, sino en unión con el Presbiterio, de manera especial con los sacerdotes de su zona.

¡Mis queridos amigos y hermanos en el sacerdocio!

Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír (Lc. 4,20-21).

La grandeza de Dios se encierra en nosotros que somos y nos sentimos *pecadores perdonados*; cuando la Iglesia nos entregue los Santos Óleos y el Santo Crisma, sabed bien lo que recibís y os ruego que tratéis con dignidad estos signos de salvación para nuestro pueblo.

Mis queridos hermanos y hermanas, rezad mucho por los sacerdotes y por las vocaciones. ¡Sed generosos! Os ruego, como lo decía el Santo Padre Francisco, que evitemos esos comentarios, críticas, maledicencias. No creáis sin más al primer comentario que llega con respecto a la vida de nuestros sacerdotes ¡Rezad más! Y no nos olvidemos ninguno de los que estamos aquí de ese consejo de Francisco: *que las habladurías dañan a las personas, dañan la calidad del trabajo que se realiza y manchan el ambiente* (Cf. Papa Francisco, *Discurso a la Curia Romana con motivo de las fiestas navideñas*, 21 de diciembre de 2013)

Volvamos la mirada a Santa María Nai, Señora del Consuelo, tal como se la venera en el *Pórtico del Paraíso* de esta Catedral para que ella se convierta en luz y guía que nos conduzca con su ternura y su misericordia al trono de la Gloria que es Nuestro Señor Jesucristo.

Celebración de la Misa de la Cena del Señor

S. I Catedral. Jueves Santo, 17 de abril de 2014

Excmo. Cabildo Catedralicio
Hermanas y hermanos en el Señor

La oración colecta de la *Misa vespertina de la Cena del Señor* nos ayuda a descubrir el auténtico sentido de lo que estamos haciendo en esta hermosa y significativa celebración. Así hemos rezado:

Señor Dios nuestro, nos has convocado esta tarde para celebrar aquella misma memorable Cena en que tu Hijo, antes de entregarse a la muerte, confió a la Iglesia el banquete de su amor, el sacrificio nuevo de la alianza eterna; te pedimos que la celebración de estos santos misterios nos lleve a alcanzar plenitud de amor y de vida.

Dios, Nuestro Señor, a través de la mediación de la Iglesia que se hace presencia por medio del obispo, de los sacerdotes aquí presentes y de los demás fieles – a través de esta asamblea litúrgica - nos ha convocado esta tarde para celebrar *aquella misma memorable Cena*. Esto que rezamos resulta muy hermoso y nos indica que nuestra fe así vivida expresada en estas celebraciones nos ayuda a crecer en vida cristiana. Es más, en la medida en que nos preparamos bien, vivimos con ternura en el corazón y participamos activamente en la Eucaristía, y en las demás acciones litúrgicas, nuestra fe se fortalece y se dinamiza, somos evangelizados y así nos convertimos en evangelizadores, es decir, en *discípulos misioneros*. En el horizonte de nuestra vida cristiana no perdamos de vista el hecho fundamental de que a través de la Eucaristía diaria somos evangelizados por el amor misericordioso del mismo Dios y así nos convertimos en esos misioneros que la Iglesia hoy solicita y necesita. Si la Misa cotidiana no nos hace salir de nosotros mismos, de nuestros problemas y dificultades, esto quiere decir que no la vivimos bien, o quizás, asistimos a ella superficialmente o de rutina. La Eucaristía posee en sí un dinamismo tan intenso que siempre nos hace salir de nuestro yo y sus circunstancias, tantas veces viciadas por nuestra imaginación – hermanos míos ¡a veces nos creemos el centro del universo! y esto no lo quiere Dios - la Eucaristía vivida *en y con* la Iglesia nos lleva a convertirnos siempre en auténticos apóstoles.

Con la fuerza del Espíritu que asiste siempre a su Iglesia esto que estamos haciendo es la misma Cena celebrada por Jesús en aquel primer Jueves Santo de la Historia. Es como si aquella misma Cena reviviese de tal forma que con la fuerza del querer y del poder del mismo Dios se hace presente hoy, aquí y ahora. Mis-

terio de amor de Dios. Lo que para vosotros y para mi es imposible, es posible para Dios.

Jesús, el Señor, sabiendo que se acercaba la hora de pasar de este mundo al Padre, a través de la cruz, se deja crucificar por ese amor infinito, un amor que se abaja hasta convertirse en servidor de todos. Pero, antes de subir al madero de la cruz, antes de que de su costado brotasen sangre y agua – signo misterioso de la Pascua del Señor - instituye el ministerio del Orden Sacerdotal para dejarnos la Eucaristía como testimonio de su amor, un amor que es signo de su misericordia y se expresa a través del lavatorio de los pies.

El Jueves Santo tiene una resonancia espiritual en nuestro pueblo creyente. Desde las pequeñas iglesias de nuestras aldeas perdidas por la extensa geografía de nuestra Diócesis, hasta los templos de nuestras villas y en esta misma Catedral, bajo la presidencia del obispo, el pueblo creyente, poco creyente o nada creyente – que solo lo hace por costumbre o forma cultural – llena nuestras iglesias para asistir a esta Misa singular del Jueves Santo. En ella se celebran, como siempre, los divinos misterios de la pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, pero hoy tienen una fuerza especialísima.

Eso que realizamos, domingo tras domingo y día tras día, se hace realidad hoy de una forma singular. Aquello que nos comunicaba el Apóstol Pablo en la segunda lectura de la Liturgia de la Palabra, se hace hoy una realidad viva. Pablo manifiesta con claridad, pocos años después de la muerte y resurrección de Jesús: *Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: Que el Señor Jesús, la noche en que iban a entregarlo, tomó pan... lo mismo hizo con la copa, después de cenar... por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva* (1 Cor. 11, 23-26).

Para realizar este prodigio de amor, sabiendo que Pedro, Santiago y Juan, y los demás apóstoles presentes en aquella Cena, eran hombres frágiles y mortales, instituyó un signo para continuar su presencia en la Historia. Para hacerse presente a lo largo de los siglos nos deja el Sacramento del Orden. El Jueves Santo es un día que gira en torno al *Sacerdocio* y a la *Eucaristía*, todo ello desde la perspectiva de ese *gran Amor de Dios que se hace servicio* elocuente a través de ese gesto que perdura, como un auto sacramental, en la liturgia de esta tarde: *el lavatorio de los pies*.

La Eucaristía es la misma presencia del Señor resucitado entre nosotros; una presencia que se hace viva y eficaz en la Iglesia, una Iglesia que hace la Eucaristía, que vive de la Eucaristía y, de algún modo nace de la Eucaristía ¡recordad! *Esta*

es mi carne, esta es mi sangre, nada es tan verdadero como esta palabra de verdad ¡Dios es la misma verdad! Con la fuerza de su palabra se hace realidad todo lo que existe; con esa misma palabra se realiza ese prodigio de amor que es la Eucaristía. Si el mismo Dios se compromete con el hombre y empeña su palabra para dejar un signo eficaz y real de su presencia, es que este Dios ama con pasión a esta humanidad rota por el pecado.

Eucaristía es un signo vivo y real de la presencia del Señor. Esta es la fe de la Iglesia, una fe que quedó plasmada en obras de arte, en composiciones poéticas y musicales, una fe por la que se hizo presencia viva el amor redentor de Dios, un amor que nos interpela en este Jueves Santo. Ante un gesto tan grande de amor ¿cuál es nuestra correspondencia? ¿cuidamos nuestra participación en la Misa dominical y festiva, y si tenemos la bendita costumbre, en la Eucaristía cotidiana? ¿es un acto de pura tradición que repetimos por inercia y podemos ir de una Misa en otra sin experimentar ni la más mínima transformación? ¿nos disponemos y preparamos bien nuestra vida acudiendo con frecuencia al Sacramento de la Penitencia? ¿hemos trivializado la recepción de la Eucaristía? ¿comulgamos bien, tal como nos lo indica la Iglesia, o nos dejamos llevar de una serie de corruptelas y manías personales?

En esta tarde, cuando dejemos al Señor en el Monumento, atrevámonos a perder un poco de nuestro tiempo en adoración ante el Señor. Fijaos bien que al finalizar el culto de esta tarde los altares de nuestras iglesias se despojan de manteles y cirios, también de cualquier signo ornamental ¡el altar queda desnudo! Este signo es muy elocuente, parece manifestarnos que la Iglesia, como Madre y Maestra, a partir de este momento vela y aguarda en silencio y con esperanza, en actitud orante, hasta la Pascua. Ya no hay más misas hasta la Vigilia Pascual. Al contemplar el altar desnudo vayamos con nuestro corazón a ese Dios que es para toda la humanidad ese trono en donde todo hombre puede ser glorificado y todo aquello que es para gloria del hombre es siempre para gloria de Dios.

¡Hermanas y hermanos míos queridísimos! Os invito a pensar que en aquel primer Jueves Santo, como escondida en un rincón del cenáculo, se encuentra Santa María Madre; esforcémonos a descubrirla presente en toda Eucaristía. El papa Francisco ha pedido que en el altar papal de la basílica vaticana se colocase una antiquísima imagen de la Virgen; aquí la tenemos casi coronando el hermoso retablo de esta catedral. ¡Contempladla y rogadle que, como Madre de la Iglesia nos ayude a vivir de la Eucaristía para convertirnos en esos *discípulos misioneros* que hoy nuestra sociedad y nosotros necesitamos! ¡Que así sea!

Misa por Venezuela durante la Novena del Santo Cristo

S. I. Catedral. 29 de abril de 2014

Excmo. Cabildo Catedralicio

Fieles devotos del Santo Cristo

Hermanas y hermanos que sois hijos de esa noble nación hermana de Venezuela que compartís con nosotros los quehacer de este vivir cotidiano en esta ciudad de Ourense y en su provincia.

Mis queridos amigos y amigas:

Con las palabras del Evangelio que acaba de ser proclamado os decimos: *Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontrareis vuestro descanso* (Mt. 11,25-30)

En este día de la Novena del Santo Cristo de Ourense, dentro del marco incomparable que nos ofrece la liturgia pascual, nos hemos reunido hoy para buscar en el Crucificado–Resucitado fuerza para nuestra esperanza.

La Eucaristía, que es la oración de las oraciones, tiene dimensiones de catolicidad, es decir, nos abre a todos los hombres y mujeres que, tanto cercanos como lejanos a nosotros mismos, siempre se encuentran unidos en torno al altar del Dios de la Misericordia. En este día, se nos hace presente el dolor, los sufrimientos y, en tantas ocasiones, la falta de esperanza del noble pueblo venezolano. Desde aquí –esta sede episcopal de la Iglesia en Ourense- de donde partieron tantos de sus hijos a tierras americanas, quisiera hacer mías las Declaraciones de mis hermanos obispos de la Iglesia en Venezuela.

¡Venezuela necesita nuestro apoyo y nuestra ayuda!. En cierta ocasión, cuando Juan Pablo II –a cuya canonización asistí el pasado domingo- había llamado con insistencia a la puerta de las autoridades para evitar la guerra en Oriente y, siendo consciente de que los poderosos de este mundo no le hacían caso, dirigiéndose al pueblo fiel le dijo que rezaran y que se lo pidieran a la Santísima Virgen. Les recordaba aquella circunstancia histórica en la cual su santo predecesor el papa san Pio V, suplicó al pueblo católico que rezase con fervor el Rosario para evitar que el poderío de los enemigos de la fe aplastase a la Iglesia en las tierras de la vieja Europa. Os invito, también hoy, a que por medio de la Santísima Virgen, Nuestra Señora del Coromoto, supliquemos al Dios de la misericordia que conceda la paz a este pueblo hermano.

En medio de las dificultades el Señor Resucitado nos dice: *Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré.*

Estamos en Pascua, que significa *paso* de la muerte a la vida, y ese paso lo experimentamos, cotidianamente, cuando luchamos por meternos bajo el signo de la cruz redentora de Jesucristo. ¡He ahí el yugo que nos invita a cargar! la santa cruz. Pero, no una cruz cargada y llevada de cualquier manera, sino como la llevó Jesucristo que se nos presenta como *manso y humilde de corazón*. Así tenemos que actuar nosotros, siempre, de acuerdo con los criterios de Nuestro Señor Jesucristo ¡he ahí nuestro modelo!. Lejos de nosotros el rencor y el odio, que son signos de muerte.

Pretender solucionar los problemas con la violencia no es el camino inteligente porque la violencia genera más violencia. Pensar que con la fuerza de las armas, las imposiciones dictatoriales y con la guerra se pueden conseguir muchas cosas, es una ilusión porque todo esto nos lleva a una aventura sin retorno. San Juan XXIII, al que muy pronto, junto con Juan Pablo II, le dedicaremos en esta Catedral un lugar de culto, fue un hombre amante de la paz, él nos ha dejado un bellissimo testimonio de lo fecundos que son los esfuerzos para construir la paz. Llegó a decir, de forma más poética, en un momento en el que peligraba la paz de las naciones: *Cuando volváis a vuestros hogares, vuestros niños estarán durmiendo, dadles una caricia sin despertarles y explicadles después que era la caricia del papa.*

Pongamos en el corazón de nuestros niños y ancianos esa caricia para que unos, que son el futuro, y otros que son la experiencia vivida, ayuden con sus oraciones tan valiosas a los gobernantes y a los dirigentes de nuestros pueblos –en especial de Venezuela – y los ilumine ese Dios que es la luz para que se conviertan en constructores de una paz duradera.

¡Que Nuestra Madre Santa María, Señora de Coromoto os ayude, os bendiga y os conceda la paz! Amén.

Celebración de la Fiesta de la Familia en el Seminario “Divino Maestro”

11 de mayo de 2014

El Seminario es como esa pequeña familia educativa, escuela de santidad camino hacia el ministerio ordenado.

La liturgia de este día, Domingo del Buen Pastor nos ofrece varios textos para nuestra vida personal y comunitaria. Me gustaría centrarme en el primer fragmento, entresacado del libro de los Hechos y después en el Evangelio.

Pedro, en el día de Pentecostés, pidió la palabra para dirigirse a los allí congregados, precisamente él, un rudo pescador de Galilea, hablando en público a una multitud. Nos resulta psicológicamente inaudito. Pero ¿de qué habla Pedro?

Les anuncia una parte de eso que los técnicos han denominado el kerigma cristiano: *Todo Israel esté cierto de que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías.* En definitiva: el crucificado, esta resucitado, está vivo ¡es el Señor! ¡es el Mesías!

Ante esta afirmación revolucionaria en aquel momento y también en el nuestro, nos encontramos con la pregunta de aquellos que al escuchar a Pedro sintieron que sus palabras traspasaban su corazón: *¿Qué tenemos que hacer, hermanos?*

Solo si abrimos nuestro corazón a la Palabra, y lo hacemos con sinceridad de vida, seremos capaces de dejarnos interpelar por ella, de preguntarnos qué nos quiere decir, qué quiere que hagamos. O bien, como afirma el papa Francisco, podemos correr el riesgo de interpretarla en clave de los demás ¿en qué debe cambiar mi vecino, mi compañero, en definitiva – el otro - así leída y escuchada la Palabra, esta no se convierte en palabra de vida. Si por el contrario, abrimos nuestra existencia pequeña, pobre, necesitada, entonces preguntamos *¿Qué tenemos que hacer?*

La respuesta nos la da Pedro, es decir, es la Iglesia la que nos va dando la respuesta a través de las mediaciones, en este caso: *Convertíos y bautizaos todos en el nombre de Jesucristo para que se os perdonen los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo...* y más adelante les da este consejo: *escapad de esta generación perversa.*

La conversión, hermanos míos, es una tarea que hay que llevar a cabo en todos los momentos de la vida. No admite treguas, ni componendas: ¡los años, el traba-

jo, las preocupaciones familiares, los estudios, un momento de crisis ambiental o personal!. La conversión es una llamada del Señor a nuestro corazón, al tuyo y al mío, no despersonalicemos la interpelación de la Palabra: *Convertíos... para que se os perdonen los pecados, y recibiréis el Espíritu Santo...*

Y en su primera carta el apóstol Pedro nos ofrece unos criterios para saber discernir si el Espíritu mora en nosotros: *Tened todos unos mismos sentimientos, sed compasivos, amaos como hermanos, sed misericordiosos y humildes. No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto; por el contrario, bendecir... Pues quien quiera amar la vida y ver días felices, guarde su lengua del mal, y sus labios de palabras engañosas, apártese del mal y haga el bien, busque la paz y corra tras ella...hacedlo todo con dulzura y respeto. Mantened una buena conciencia...(1 Pe. 3, 8-17)*

Gracias a Dios no somos iguales. Dios nos quiere como somos pero luchando por ser fieles al don de la vocación recibida. Tenemos que esforzarnos por ser testigos del Señor Jesús, testigos convencidos, evitando, como nos recuerda Francisco, esa *mundanidad espiritual que lleva a algunos cristianos a estar en guerra con otros cristianos* (cf. EG, nº 98) *...a los cristianos de todas las comunidades del mundo quiero pedirlos especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente...* (Cf. EG, nº 99) *que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, como os dais alimento mutuamente y como os acompañáis: En esto conocerán que sois mis discípulos, en el amor que os tenéis unos a otros (Jn. 13, 35).*

Recordemos aquella frase de la Escritura: *¡Mirad como se aman!* Esta fue la clave atractiva de las primeras comunidades y sigue siendo la regla evangélica que nos ayudará a discernir si estamos caminando en el Espíritu o no. ¿Cómo podemos hacer atrayente una comunidad en donde reine la división, la falta de comprensión y de perdón, en la que aparecen signos manifiestos de falta de comunión? Esa comunidad se hace infecunda y si alguien se acerca a ella corre el riesgo de perderse.

En todos los momentos de nuestra jornada estamos siendo llamados a la conversión; dentro de muy pocos días se interrumpe la vida comunitaria en el Seminario. Os aconsejo que después de un positivo descanso reflexionéis sobre el curso y a la luz del Espíritu del Señor realicéis ese ejercicio de discernimiento espiritual sobre vuestro vivir cristiano a lo largo de este tiempo. En el mensaje que el papa Francisco nos ofrece para esta *Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones –IV Domingo de Pascua-*, nos propone vivir un *“alto grado” de la vida cristiana ordinaria», significa algunas veces ir a contracorriente, y comporta también encontrarse con obstáculos, fuera y dentro de nosotros. Jesús mismo nos advierte: la*

*buena semilla de la Palabra de Dios a menudo es robada por el Maligno, bloqueada por las tribulaciones, ahogada por preocupaciones y seducciones mundanas (cf. Mt 13, 19-22). Todas estas dificultades podrían desalentarnos, replegándonos por sendas aparentemente más cómodas. Pero la verdadera alegría de los llamados consiste en creer y experimentar que él, el Señor, es fiel, y con él podemos caminar, ser discípulos y testigos del amor de Dios, abrir el corazón a grandes ideales, a cosas grandes. «Los cristianos no hemos sido elegidos por el Señor para pequeñeces. Id siempre más allá, hacia las cosas grandes. Poned en juego vuestra vida por los grandes ideales». A vosotros, obispos, sacerdotes, religiosos, comunidades y familias cristianas, os pido que orientéis la pastoral vocacional en esta dirección, acompañando a los jóvenes por itinerarios de santidad que, al ser personales, «exigen una auténtica **pedagogía de la santidad**, capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona. Esta pedagogía debe integrar las riquezas de la propuesta dirigida a todos con las formas tradicionales de ayuda personal y de grupo, y con las formas más recientes ofrecidas en las asociaciones y en los movimientos reconocidos por la Iglesia» (Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*).*

Dispongamos, por tanto, nuestro corazón a ser «terreno bueno» para escuchar, acoger y vivir la Palabra y dar así fruto. Cuanto más nos unamos a Jesús con la oración, la Sagrada Escritura, la Eucaristía, los sacramentos celebrados y vividos en la Iglesia, con la fraternidad vivida, tanto más crecerá en nosotros la alegría de colaborar con Dios al servicio del Reino de misericordia y de verdad, de justicia y de paz. Y la cosecha será abundante y en la medida de la gracia que sabremos acoger con docilidad en nosotros.

Por otra parte, el Evangelio nos invita a entrar por la puerta estrecha: Cristo. Él es el único que puede ganar nuestro corazón y cuyo estilo de vida puede transformar el ambiente de nuestras familias, de nuestra Iglesia Diocesana y, dentro de ella, nuestros Seminarios.

María Madre del Divino Maestro, en este mes de mayo...;nos ayudará!

Celebración de las exequias del Rvdo. Sr. D. José Rodríguez Argibay

Santa Eulalia de Laias, 15 de mayo de 2014.

Saludo con especial afecto a los familiares de D. José, en especial a D. Manuel Argibay que concelebra esta Eucaristía.

¡Mis queridos hermanos sacerdotes! Por Providencia del Señor, en estos últimos meses hemos visto como nuestro Presbiterio ha sido dolorosamente afectado por el tránsito a la eternidad de un buen número de hermanos sacerdotes. ¡Estamos en las manos del buen Dios! Y Él sabe más y mejor lo que nos conviene.

He rogado que la Liturgia de la Palabra de esta celebración exequial por D. José recogiese, una vez más, las lecturas proclamadas en el domingo precedente: *Domingo del Buen Pastor. Jornada de Oración por las Vocaciones*. Es bueno que el eco de la Palabra proclamada el Domingo se repita, así podremos ayudar a nuestros hermanos laicos a descubrir que lo más importante es la celebración de la Pascua del Señor que conmemoramos, *domingo tras domingo* y, siempre que celebremos la Eucaristía.

En ella *anunciamos* la muerte del Señor, *proclamamos* su resurrección y aguardamos su *venida definitiva*. Una venida que, como bien sabemos, puede tener ese cuádruple sentido:

- venida a través de la Proclamación de su Palabra.
- a través de su presencia Eucarística.
- una venida particular en el momento de nuestra muerte.
- y al final de la historia humana.

D. José, este buen sacerdote, bueno y fiel, un hombre que siempre que me encontraba con él en la Casa Sacerdotal me obsequiaba con la más esplendida de sus sonrisas, ha servido a la Iglesia entregándose al Pueblo de Dios, mientras pudo.

Los lugares de: Piedrafita, Sixtín, Cristosende, Nogueira, Abeledos, Chás, Cobas y Medorra, y en sus últimos años los residentes de la Casa Sacerdotal San Juan de Ávila de nuestra Diócesis pueden dar razón de su fe y de su quehacer de buen pastor.

La muerte de nuestro hermano es una llamada a la esperanza. No podemos

pensar que *somos uno menos*, sino que tenemos -¡así lo deseo y espero!- otro sacerdote que puede ayudarnos más y mejor, ayudarnos desde el corazón de Dios, ese Buen Pastor. No nos entristezcamos por la muerte de un sacerdote más, sino que lo que nos duela de veras sean esas otras claudicaciones en nuestro ministerio. La Iglesia hoy nos pide una *conversión personal* para llevar a cabo una necesaria y adecuada *conversión pastoral*.

Necesitamos estar atentos a lo que el Señor nos dice en la Iglesia. No podemos tranquilizar nuestra conciencia pensando que ya hacemos mucho, si ¡es cierto! ¡es verdad! Pero ¿hacemos lo que Dios quiere y lo que la Iglesia hoy nos pide para llevar a cabo esa *nueva tarea evangelizadora?*, o bien ¿no habremos claudicado ante las presiones ritualizadoras de una piedad y de una fe poco comprometida que no hace crecer en santidad a nuestros fieles?

El testimonio de nuestros sacerdotes, tantas veces callado, sin buscar publicidad, nos ayuda a cada uno de nosotros a ser más fieles a nuestra vocación. Hoy cumplimos con el deber de dar sepultura a los restos mortales de nuestro hermano D. José,;lo hacemos aquí, en esta tierra en la que nació a la vida y se hizo cristiano. Más tarde le llegó la llamada al servicio sacerdotal. La Iglesia nos pide que no se hagan panegíricos dentro de la liturgia de exequias. Por eso es necesario dejarnos interpelar por la Palabra del Señor que ha sido proclamada y pedirle al Buen Dios que nos ayude a entrar por esa puerta, puerta abierta y estrecha que es Jesucristo y, aprendiendo de Él que es el Camino, la Verdad y la Vida, llegaremos con certeza a esa eternidad en donde ya esperamos que se encuentre nuestro hermano D. José y que le acompañen sus obras.

Ante un sacerdote que se marcha a la eternidad nos encontramos con esa dura realidad de no tener otros sacerdotes que puedan sustituirlos, por eso, tenemos que ir catequizando a nuestros pueblos y, formándoles bien para que sepan responsabilizarse de sus compromisos eclesiales, que ya no pueden exigir a nuestros sacerdotes lo que antes parecía razonablemente justo, sino que también ellos son Iglesia y tienen que sentirse más comprometidos en esa tarea de la Nueva Evangelización a la que nos invita el papa Francisco.

Que santa María, Madre de Dios y Madre nuestra, especial protectora de los sacerdotes, nos conceda una mayor santidad a los que hemos recibido el Sacramento del Orden y le pedimos que nos bendiga con nuevas vocaciones al sacerdocio, que nos conceda muchos y santos seminaristas que vengan al ministerio presbiteral y se hagan disponibles para el servicio del Pueblo de Dios, según la mente de la Iglesia. Amén

Celebración del 50 Aniversario de los Equipos de Nuestra Señora en Ourense. Domingo V de Pascua

S. I. Catedral, 18 de mayo de 2014.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Astorga, mi querido D. Camilo

Excmo. Cabildo Catedralicio

Hermanos sacerdotes concelebrantes

Saludo con especial afecto a todos los que formáis parte de los Equipos de Nuestra Señora.

Hermanas y Hermanos míos en el Señor.

La oración colecta de este domingo, V de la Pascua del Señor, nos da unas ideas para nuestra reflexión: *Señor, tú que te has dignado redimirnos y has querido hacernos hijos tuyos, míranos siempre con amor de padre y haz que cuantos creemos en Jesucristo, tu hijo, alcancemos la libertad verdadera y la herencia eterna.*

Al Buen Dios, Nuestro Padre lleno de misericordia, le decimos que nos mire con ternura: *¡Míranos siempre con amor de Padre! ¡Qué importante es sentirnos mirados por un Dios que nos ama, y nos ama con el amor de un Padre misericordioso!*

Mis hermanos y hermanas, si fuésemos conscientes de esta mirada de Dios, toda nuestra vida se transformaría, por eso es necesario que repitamos el Salmo 32, que la liturgia de hoy nos propone como Salmo responsorial: *¡Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti!*

Una misericordia que *es don esperado y no merecido* por nosotros. Y esa misericordia se nos acerca constantemente a través de esa Palabra proclamada en la Iglesia y que se convierte en una invitación para que en nuestro hogar se transforme en alimento cotidiano:

- En la Eucaristía, en donde el mismo Jesucristo se nos ofrece como alimento de vida eterna.
- En el hermano /a en cuyo rostro descubrimos al Dios transfigurado.
- En la Iglesia que como *familia de familias* aprendemos a vivir la importancia que tiene el *nosotros* y desaparece, paulatinamente, ese “yo” que nos encierra en un individualismo enfermizo y mortal que es lo más opuesto al cristianismo que es paternidad, entrega, donación, alegría, verdad compartida y

vivida, camino en comunión. En esta Iglesia todos somos necesarios, necesitamos sumar siempre, lo más opuesto al auténtico cristianismo es restar. El Apóstol Pedro nos dice hoy que nos *acerquemos al Señor, la piedra viva, desechada por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios, también vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción del templo del Espíritu.*

Todos nosotros somos *piedras vivas* y así como este hermoso templo fue construido a lo largo de los siglos, piedra a piedra, hasta llegar a ser lo que es: esta hermosa Catedral, y somos conscientes de que se fue haciendo con mucha fe, muchos esfuerzos y muchas plegarias, también sabemos que esas piedras, son de distinto tamaño y forma así, perfectamente conjuntadas unas con otras, constituyen este edificio para gloria de Dios. Así también nosotros, siendo distintos, pero unidos, constituimos este edificio que es la Iglesia viva para formar *una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del Señor.*

En la construcción de este templo - la Iglesia particular que peregrina por estas tierras de Ourense - os encontráis vosotros los hombres y mujeres que constituís este buen grupo de matrimonios que formáis los *Equipos de Nuestra Señora en Ourense.*

50 Años de historia supone ya un largo recorrido de fidelidad. Los *Equipos de Nuestra Señora* son un movimiento de espiritualidad matrimonial que propone a sus integrantes una vida en equipo y unos medios concretos para ayudarles a progresar en familia en el amor a Dios y a los hermanos. Si en el ya lejano 1938, aquel grupo de matrimonios jóvenes se acercaron al P. Henri Caffarel rogándole que los guiase en la búsqueda de la santidad en y desde el matrimonio, lo hicieron apremiados por las circunstancias históricas del momento pero también como instrumentos del querer de Dios; hoy, a 75 años de entonces, después del Concilio Vaticano II, con toda la doctrina post-conciliar sobre el matrimonio, hoy sois más necesarios que nunca.

Nuestras generaciones jóvenes os necesitan, no como recetas vivientes para sus problemas, sino como testigos vivos de nuestra fe en Jesucristo, en y desde la vida matrimonial. Mis hermanos y hermanas, nuestros jóvenes, en especial aquellos que se preparan para el matrimonio o ya están viviendo su vida conyugal no necesitan teorías, ni ideas. Estamos asistiendo y percibiendo cómo las nuevas generaciones buscan en nosotros, que somos para ellos el rostro de esa Iglesia que algunos medios les presentan como una institución rancia, anquilosada y con unos presupuestos doctrinales más que discutibles y discutidos, ellos buscan

en nosotros algo distinto a lo que ven y encuentran en su entorno. Necesitan que les anunciemos con nuestra vida, vosotros y nosotros: obispos, sacerdotes, consiliarios, en definitiva – todos los agentes de pastoral – que les presentemos la *alegría del Evangelio que es lo único que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús*.

La apuesta que os ofrece la Iglesia, por medio de vuestro Obispo, en estas bodas de oro de los ENS es que ayudéis a vuestros hijos y amigos para que descubran que con *Jesucristo siempre nace y renace la alegría* y la esperanza. En definitiva, os invito a que os dejéis *evangelizar* para convertirlos en *evangelizadores*; esto solo lo podemos hacer si nos dejamos convertir.

El papa Francisco nos insiste en que debemos esforzarnos, con la ayuda de la gracia de Dios, que nunca nos falta, en lograr nuestra *conversión personal* para conseguir una adecuada *conversión pastoral*; una pastoral que, en vuestro caso, se debe centrar en el ámbito del matrimonio y de las familias y en aquellos que se aventuran a recorrer ese camino hermoso y fecundo que es el matrimonio entre un hombre y una mujer que se abre siempre a ese nosotros, es decir, que se encuentra abierto a la vida.

La Iglesia diocesana, en estos últimos meses, ha puesto a vuestra disposición, no solo la Delegación Episcopal para la Familia y el Centro de Orientación Familiar, que ya existían, sino que ha querido darles otra presencia a través de la creación de ese *Instituto de la Familia* en esa nueva sede que es la Fundación Amigos de la Barrera. Pero lo importante no son ni los medios, ni los nombres, ni las estructuras, aunque las necesitemos, lo más importante es luchar por vivir vuestra vocación matrimonial con alegría y con entrega renovada, una renovación que es tanto más fecunda cuanto mejor viváis, en cualquier lugar y situación en la que os encontréis; esa invitación que la Iglesia os hace por medio del papa Francisco, para renovar constantemente vuestro encuentro personal con Jesucristo. Él es vuestra referencia fundamental, no vuestro grupo, ni mucho menos vuestro yo.

El Evangelio de Juan nos dice hoy: *Si me conocéis a mí, conoceréis también al Padre*. Y para conocerle es necesario tratarle. En vuestra regla de vida se encuentra la *escucha de la Palabra de Dios*. Solo si cuidáis bien ese encuentro que Él quiere tener con nosotros a través de su Palabra, solo así lo conoceremos de una forma viva y si lo hacemos así haremos obras cristianas, como nos recordaba el Evangelio: *Os lo aseguro: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores*.

Hermanas / hermanos míos: os invito a que volváis vuestra mirada a Sta. Ma-

ría Madre, Señora del Consuelo, Ella, esposa y madre, Ella Maestra de fe nos ayudara a encontrarnos y a dejarnos encontrar con su hijo Jesucristo, así le trataremos, le conoceremos, le amaremos y lo haremos presente a los demás con nuestro testimonio de vida. Amen.

Celebración de las Bodas de Oro de la Parroquia de San Fernando de la ciudad de Santiago de Compostela

30 de mayo de 2014.

Mi querido D. José María, cura párroco. Mis queridos hermanos y amigos sacerdotes concelebrantes. Queridas religiosas

Hermanas y hermanos

Saludo con especial afecto a D. Manuel Cacheda Vigide que nos acompaña en este día de fiesta.

Mis hermanos y amigos todos en el Señor.

Buscad vuestra fuerza en el Señor y en su invencible poder... Tomad las armas de Dios para poder resistir... Orad en toda ocasión... Tened vigiliyas en que oréis con constancia por todo el pueblo santo (Ef. 6,10-13.18.)

La Palabra de Dios que acabamos de proclamar en esta liturgia solemne en la que celebramos la fiesta de San Fernando, patrono de esta comunidad parroquial, y en la que damos gracias a Dios por tantos bienes de los que somos conscientes y de otros muchos que ignoramos, nos invita a **buscar** nuestra fuerza en el Señor... a **tomar** las armas de Dios... a **orar** en toda ocasión y a **tener** vigiliyas para orar por todo el pueblo santo.

Los santos han sido hombres de carne y hueso como nosotros, y porque supieron luchar por vivir su fe, lograron que ésta se hiciese carne en su propia experiencia cotidiana. ¡San Fernando es un ejemplo! En su época, con los condicionantes histórico-sociales de la misma, supo buscar su fuerza en el Señor y, como *caballero de Cristo* – como le gustaba denominarse – tomó las armas de Dios ¿cuáles eran esas armas?: oración, vigiliyas, sobriedad de vida, integridad de costumbres, lealtad, caridad, generosidad y clemencia.

¡San Fernando fue un hombre de fe! ¡Un hombre de piedad auténtica! En definitiva, fue un cristiano que por medio de sus ocupaciones de gobierno procuró el bien de sus conciudadanos y los sirvió, no solo como rey, sino como un padre. Repasando la vida de este santo encontramos en ella una serie de ejemplos que nos pueden ayudar a cada uno de nosotros a ser fieles a la vocación que hemos recibido.

De manera especial, San Fernando, como buen cristiano, luchó por revertirse de los sentimientos de Nuestro Señor Jesucristo; para ello, desde una oración co-

tidiana que aprendió a hacer desde niño, gracias a la educación de sus padres, en especial de su madre, y a lo que más tarde le enseñaron en la escuela monacal en la que continuó su formación, su vida se convirtió en un auténtico testimonio cristiano, porque fue un hombre coherente: su fe y su vida estuvieron siempre perfectamente compenetradas. Hubo una perfecta adecuación entre ellas.

¡Mis hermanos! Para vivir una existencia cristiana coherente qué importante son estas dos realidades en nuestra formación humana y cristiana: la *familia*, a la que el Concilio Vaticano II denomina *Iglesia doméstica*, y la *escuela*. Si fallan, si no cumplen sus objetivos, entonces es cuando nos encontramos con las terribles consecuencias que llenan, con frecuencia, las páginas de los periódicos y de otros servicios informativos: individuos desestructurados, violentos, rotos por fuera y por dentro, en cuyos corazones ya no late – muchas veces – el sentimiento de Dios. Y no nos olvidemos que allí donde falta Dios va desapareciendo el cuidado y la atención a todo lo verdaderamente humano del hombre.

¡La familia! De cada uno de nosotros depende que esta célula básica de la sociedad sea amparada y protegida contra todo tipo de ensayos y propuestas de modernidad y de falso progreso que lo que hacen es atentar contra la familia misma y contra su estructura fundamental que es el matrimonio natural entre un hombre y una mujer, que por una vocación de amor se abren a la vida.

Y junto con la familia: la escuela. ¿Os habéis preguntado que se le enseña a nuestros niños y jóvenes en algunos colegios sobre todo acerca de la vida, del matrimonio, de Dios ¡y de la Iglesia! En ocasiones se les enseña a rechazarla o a odiarla, y no es necesario salir de nuestras fronteras para constatarlo.

Hace unos días, uno de los sacerdotes de mi Diócesis me manifestaba su dolor ante la campaña agresiva que los niños y los padres de un buen número de alumnos y alumnas estaban experimentando por parte de un grupo de docentes de un colegio, que a sí mismos se consideran muy demócratas y amigos de la libertad, pero sin darse cuenta ellos mismos estaban – ¡y están! – coartando el ejercicio de la libre elección de unos padres y de unos alumnos para solicitar la enseñanza de la religión y de la moral católica en la escuela. ¡Se oponen a uno de los derechos fundamentales del ser humano: su libertad de conciencia y de religión!

Hoy, más que nunca, necesitamos volver nuestra mirada a los santos, y vosotros en especial a San Fernando, patrono de esta Comunidad, para que nos ayuden a regenerar nuestra sociedad, a hacerla más positiva y alegre, ¡con más esperanza! Que se abran posibilidades de trabajo para nuestros jóvenes y demás

personas y que el Buen Dios nos conceda hombres y mujeres que se ocupen de la cosa pública con honradez y con auténtico espíritu de servicio a los ciudadanos, y no sirviéndose de sus cargos para sus propios intereses. San Fernando rey ha sido y sigue siendo ejemplo de entrega, disponibilidad y preocupación para todos, tanto vencidos como vencedores, tanto cristianos como de otras religiones.

Hoy, el papa Francisco, nos está pidiendo una *conversión personal* para poder llevar a cabo una *conversión pastoral*, para ello es necesario dejarnos evangelizar; es decir, necesitamos convencernos de que solo la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesucristo. ¡He aquí la mejor manera de ser evangelizados! Conocer, tratar y amar a Nuestro Señor Jesucristo. Si lo hacemos así seremos esos *discípulos misioneros* que la Iglesia de hoy necesita; es decir, auténticos evangelizadores de nuestro mundo y de nuestros conciudadanos.

Cuando hace medio siglo, se colocaba la primera piedra de este complejo parroquial, en esta zona del Ensanche de la ciudad de Santiago de Compostela, lo que rodeaba a aquel grupo de fieles apenas era nada. Sin embargo, la visión evangelizadora de aquel gran pastor que fue el cardenal D. Fernando Quiroga Palacios, supo adelantarse a su tiempo y prever, con visión de futuro, la expansión de la ciudad fuera de antiguo casco histórico de la secular Compostela. El Cardenal Quiroga encontró en un joven sacerdote con alma de misionero, que con sus pocos años de ministerio ya había construido un templo parroquial a Santa María Magdalena en la tierra de Montes; era la persona adecuada para llevar a cabo aquel proyecto que hoy contemplamos hecho realidad, me refiero a nuestro querido D. Manuel Cacheda Vigide; él fue el pastor providencial para llevar adelante aquel proyecto pastoral. Gracias a Dios y a la fidelidad y entrega de D. Manuel, este proyecto es hoy el centro espiritual de esta zona de la capital de Galicia.

Mis hermanos, la parroquia es la casa del mejor de vuestros vecinos. En ella encontramos las armas adecuadas para convertirnos en auténticos discípulos que debemos *ponernos en salida* para acercarnos a aquellos que algún día entraron en la Iglesia y se fueron; a esos otros que llegaron a recibir los sacramentos y se olvidaron de los compromisos cristianos o se sintieron desalentados y decepcionados ante nuestros malos ejemplos; a todos es necesario acercar, con nuevo ardor, la vida y la obra de Jesucristo, es decir, el Evangelio. La tarea es grande, los medios son muchos, nos falta solo la apertura de nuestro corazón y la fidelidad a ese gran proyecto al que nos invita la Iglesia por medio del papa Francisco, un proyecto que se convierte en ese sueño que consiste en *una opción misionera capaz*

de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual (...) para que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta (EG, n° 27).

Volvamos la mirada a Nuestra Madre la Virgen en este penúltimo día del mes de mayo; de la que se profesaba devoto *siervo de Santa María* el rey San Fernando, para que nos ayude a ser fieles a nuestra vocación cristiana y a revestirnos de las *armas de Dios* y así, identificados con Nuestro Señor Jesucristo, nos convirtamos en testigos alegres y valientes de la alegría del Evangelio. Que San Fernando, que se sentía *Caballero de Jesucristo, Siervo de santa María y Alférez del Apóstol Santiago* nos ayude. Amén.

**Santa Misa de Ordenación Sacerdotal de
D. José David Penín Martínez. “Fiesta de la Visitación”**

Capilla del Seminario Mayor del Divino Maestro de Ourense. 31 de mayo de 2014.

Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava (Lc. 1,39-56)

En esta fiesta de la Visitación de Santa María, último día del mes de mayo, nos hemos reunido en esta capilla del Seminario Mayor “Divino Maestro” para celebrar la Eucaristía en la que recibirá la Ordenación Sacerdotal nuestro hermano Diácono.

Con estas palabras del *Magnificat* desearía iniciar esta homilía que quisiera fuese un dialogo en voz alta entre el ordenando y el Obispo.

Mi querido José David ¡no estás solo! Toda la Iglesia te arropa, el Presbiterio Diocesano te acompaña, tu obispo está contigo. Estoy por asegurar, quizá con otras palabras, que tus sentimientos más profundos, a lo largo de estos días han sido similares a los que han quedado magistralmente reflejados en el *Magnificat* porque has visto la pequeñez de tu siervo. ¡Si! David, solo ante la grandeza del Misterio que estamos celebrando, el sentimiento más auténtico es que somos muy pequeños, muy pobres ¡somos una vasija de barro!... pero, en las manos de Dios, nuestro barro se transforma en un prodigio de amor.

¿Quién de los que estamos aquí es digno de la vocación recibida?

Y con respecto al ministerio sacerdotal ¿quién es merecedor de este don? ¡Nadie! El presbiterado no es el premio merecido después de años de estudios, algo así como un diploma que se recibe y se enmarca para colocarlo en el muro de la vanidad de nuestros despachos y poder decir que no todo el mundo lo tiene. El sacerdocio no es un regalo para aquel esforzado en la palestra de las virtudes y, después de años de entrenamiento, es merecedor del mismo porque se siente digno del ministerio. Nadie tiene derecho a este don. Nadie es digno de recibir este ministerio de amor en su vida. Solo la Iglesia es la que recibe el ministerio sacerdotal como servicio de amor y Ella lo entrega a uno de sus hijos. En este caso a ti, mí querido David. Te ruego que no temas. Solo aquel que se siente pequeño y pobre es declarado digno por la Iglesia para recibir este ministerio. ¡Hay de los que se sientan seguros y satisfechos de sí mismos y piensan que merecen ser sacerdotes! ¡Se equivocan!

Quisiera recordarte unas palabras pronunciadas, recientemente, por el papa Francisco, nos decía que *el sacerdote es una persona muy pequeña; la inconmensurable grandeza del don que nos es dado para el ministerio nos relega entre los más pequeños de los hombres. El sacerdote es el más pobre de los hombres si Jesús no lo enriquece con su pobreza, el más inútil de los siervos si Jesús no lo llama amigo, el más necio de los hombres si Jesús no lo instruye pacientemente como a Pedro, el más indefenso de los cristianos si el Buen Pastor no lo fortalece en medio del rebaño. Nadie es más pequeño que un sacerdote dejado a sus propias fuerzas* (Homilía de la Misa Crismal, 17-4-2014)

Mi querido David ¡fíjate en lo que nos dice! El sacerdote *es el más pequeño,...* *el más pobre,...* *el más inútil,...* *el más necio,...* *el más indefenso...* Tu y yo nos hemos sentido así y, cuando ahondamos con verdad en nuestro yo más íntimo, así nos seguimos sintiendo. Te aseguro, con la experiencia del que ya lleva más de tres décadas ejerciendo este ministerio, que esa es la mejor de las señales para perseverar. Porque cuando nos percibimos, radicalmente, de este modo, entonces es cuando salimos de nuestra pequeñez, de la pobreza más íntima, de la indefensión más absoluta, salimos de ese yo tantas veces fascinado por el orgullo y vamos, una y mil veces al Maestro y le decimos: *Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero* (Jn. 21, 17).

Déjate *enriquecer* por el perdón de Dios y acude, con frecuencia, al Sacramento de la Penitencia y no descuides tu Dirección espiritual. Hazte amigo de Dios y trátale, cotidianamente, de tú a tú, en la oración personal. No dejes tu oración y cuida con esmero y no con rutina el ministerio de la oración litúrgica que te encomienda la Iglesia. Fortálécete en medio del rebaño, para servirlo mejor, acudiendo con prontitud a las llamadas de tu Iglesia. Fíjate bien, mi querido David, cuando el sacerdote se va empobreciendo hasta correr el riesgo de perderse, se va aislando poco a poco, deja el contacto habitual con sus compañeros, se convierte en una isla pastoral y hace, y sigue, única y exclusivamente su criterio en todo y con todos, comienza a enrocarse en su yo y camina tristemente al desencanto, a la desilusión, se instala frecuentemente en la crítica contra todo y contra todos: obispo, vicarios, planes pastorales, planes de zona pastoral, los compañeros, la Iglesia ¡todo! Porque no se encuentra bien consigo mismo. Es necesario volver siempre al principio *Tú lo sabes todo, Tu sabes que te amo.*

Te ruego que estés atento a estos síntomas ¡son el preludio de una muerte anunciada! ¡cambia de ritmo inmediatamente! ¡pide ayuda a tus compañeros! ¡acércate pronto a tu obispo! ¡no esperes a que él tenga la intuición de que te pasa algo y te llame!. Si reaccionas a tiempo no caerás atrapado por tu propio yo. ¡Qué

hermosa es la vida del sacerdote que se entrega! ¡Que fuerza interior percibimos cuando luchamos por mantenernos en la dinámica de la gracia! En eso que decía de una manera tan bella Juan Pablo II, *la primacía de la gracia (Novo millennio ineunte, n° 38)* ¡Qué alegría más profunda experimentamos cuando, desde nuestra pequeñez, percibimos que somos cauces de la gracia de Dios para nuestros hermanos! ¡David! En nombre de esta Iglesia te ruego que te esfuerces y te dejes ayudar para *ser, vivir, trabajar y presentarte* siempre como sacerdote. Es mucho el trabajo que te espera. Si crees que te sobra tiempo y necesitas buscar trabajos extra –fuera del ejercicio del ministerio sacerdotal – revisa bien el estilo de tu vida y la calidad de tu servicio, no vaya a ser que quieras convertir tu sacerdocio en una simple función sacra, finalizada esta, te ocupas en otras cosas que aparentemente serán más rentables pero terminarán *metalizando* tu alma. Estate atento a no caer en un simple funcionariado religioso. ¡No! ¡Que no somos funcionarios!. El sacerdote es hermano, amigo, padre, médico, maestro...! ¡es el siervo de los siervos!, porque el verdadero sacerdote tiene que ser una manifestación viva del rostro de Jesucristo en medio de nuestros conciudadanos, sean o no creyentes, sientan o no la necesidad de tus servicios. ¡Somos sacerdotes todas las horas del día! También cuando estamos de vacaciones.

Mi querido hermano, en un mundo cargado de relativismos e impregnado de un creciente hedonismo, en el que la fuerza secularista de las ideologías de moda quiere hacer desaparecer todo signo de lo sacro, no tengas vergüenza ni miedo de que te vean como sacerdote. Tú y yo tenemos que ser signos elocuentes de Jesucristo. El papa Francisco nos decía: *Nadie es más pequeño que un sacerdote dejado a sus propias fuerzas.*

Cuando perdemos el horizonte y el sentido de nuestra vida sacerdotal, entonces surge, muy pronto la necesidad de crearnos y buscar seguridades. Perdemos la orientación y también el sentido último de nuestra vida sacerdotal. Terminamos flirteando con nuestro corazón, nos apegamos a amistades particulares que empujamos nuestra existencia, nos agarramos a la cuenta corriente y buscamos todo tipo de compensación porque nos apoyamos sólo en nuestras fuerzas.

La Iglesia pronunciará hoy sobre ti una hermosa plegaria, pedirá el ministerio del Presbiterado, suplicará al Espíritu Santo que te conceda santidad de vida y que observes una conducta ejemplar. Pero no te olvides que esta Iglesia que pide a la Santísima Trinidad por ti, también te ofrecerá como Madre y Maestra su ayuda para que todos los días de tu vida, a partir de hoy, *consideres lo que realizas, imites lo que conmemoras y conformes tu vida con el ministerio de la cruz del Señor.*

Te ordenas en una fiesta de la Santísima Virgen. Somos de una tierra y de una Iglesia particular muy mariana. El sacerdote, necesariamente, debe ser muy mariano, no dejes esas costumbres y devociones que has aprendido en tu casa y en el Seminario y, a través del ejercicio de tu ministerio enséñaselas a los niños y a los jóvenes para que nazca en su corazón la llamada del Señor para que puedan seguir tus pasos; pero puedes estar seguro de que si no siembras la semilla de la piedad en esos corazones no brotarán vocaciones. Que la Madre de Dios ¡la Madre del Divino Maestro! te ayude a ti y a todos los aquí presentes para que perseveremos en nuestro camino. ¡Que así sea!

Santa Misa exequial por la M. M^a. Pilar - Clarisa

Real Monasterio de Santa Clara de Allariz, 6 de junio de 2014.

Rvdma. Madre Abadesa y muy querida Comunidad de Hijas de Santa Clara.

Queridos hermanos sacerdotes concelebrantes

Permitidme que salude con especial afecto a los familiares de la Madre María Pilar.

Hermanos y hermanas en el Señor.

La Liturgia de la Palabra de este primer viernes del mes de junio, en las antevísperas de la Solemnidad de Pentecostés, nos ofrece una situación compleja en la vida del apóstol Pablo. Se encuentra prisionero porque como nos dice el texto: *sostiene que (el llamado Jesús) está vivo.*

¡Jesús está vivo! ¡Este es el motivo de sus crímenes! ¡Jesús, el crucificado, está resucitado! ¡Vive! Este testimonio es mucho más que una manifestación teórica, es el resultado de una experiencia viva. Para san Pablo el mismo Jesús Resucitado se le apareció, como él afirma, *se me apareció a mí que no soy digno de ser considerado apóstol.* Hermanos y hermanas mías, de manera especial quisiera dirigirme a vosotras, Hijas de Santa Clara. Este Jesús, el eternamente vivo, fascinó el corazón y toda la larga existencia de la Madre M^a. Pilar. Hoy celebramos su tránsito a la eternidad a través de este paso *duro y oscuro, siempre amargo*, sobre todo cuando, independientemente de los años, entregamos a la tierra a un ser muy querido.

Estamos celebrando el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, hacemos memoria viva del Resucitado y, a su luz, y bajo este fuerte dinamismo, celebramos la muerte cristiana de esta hija de Santa Clara.

Ayudémosla con nuestra oración y ofrezcamos por ella el mejor y más fecundo de los sacrificios: la Santa Misa. Ayudémosle para que cuando sea examinada de Amor por el Amor Misericordioso, pueda responder como nos lo recuerda el Evangelio proclamado hoy: *Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero.*

Y lo que para nosotros puede ser solo un deseo o un pensamiento especialmente hermoso, en el caso de Sor María Pilar, ha sido siempre una respuesta firme, reactivada constantemente a través de tantos detalles de verdadera y auténtica enamorada de ese Corazón misericordioso del Buen Dios. ¡Cuántas veces, no solo con sus palabras, sino con el latido de sus pequeñas y grandes acciones decía! *¡Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero!*

¡Mis hermanos y hermanas! Quisiera subrayar un rasgo de esta religiosa que es común a todas las clarisas ¡su amor a los sacerdotes y a las vocaciones! ¡Como sabía vibrar con todo lo referente a los sacerdotes y al Seminario! Os ruego, mis queridas Hermanas, que sigáis creciendo en vuestro amor al sacerdocio y en vuestra inmolación silenciosa, viva y fecunda por las vocaciones y por el Seminario Diocesano. Sabéis muy bien, con esa sabiduría propia de las almas elegidas, que en la medida en que tengamos santos y doctos sacerdotes, que sean testigos vivos en medio del pueblo del Amor de Dios, y que no se avergüencen de su ser sacerdotal en la vida cotidiana, en esa misma medida, habrá vocaciones a la vida monástica.

La última palabra del Evangelio proclamado hoy es esta: *¡Sígueme!*. Esa invitación al seguimiento hay que entenderla en la clave de la cruz, porque fue dirigida al apóstol Pedro haciendo referencia lo que le iba a suceder. Esa idea de la cruz no debemos perderla de vista cuando se trata del seguir a Jesucristo. El Señor, eternamente vivo, llamó a su seguimiento a Sor M^a Pilar. Le ganó el corazón porque solo él tiene palabras de vida eterna, se sintió querida por él y ella respondió: *¡tú lo sabes todo!*

También ahora, en el atardecer de su vida larga, vivida por amor en esta casa de las Hijas de Santa Clara, acompañada por el cariño y el cuidado de sus hermanas, escuchó esa invitación: ¡SIGUEME!

Desde hace tiempo esperaba en el alma esa última llamada del Señor, la definitiva. Esa llamada que aguardamos todos con actitud de vigilancia activa, estando atentos a lo importante en nuestra vida que es responder día a día, en todos los instantes de nuestra jornada, a esos exámenes que el Buen Dios nos hace: *¿me amas?; me amas más que estos?* Que nuestra respuesta sea honesta y sincera siempre: *¡Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero!*

Solo desde esta perspectiva, que es la del Amor de Dios, mis queridas Hermanas Clarisas, mis Hermanos Sacerdotes ¡Hermanos todos! Solo desde la perspectiva del Amor de Dios, que hace nuevas todas las cosas, y que nos impulsa a *poner amor, donde no lo hay, para sacar amor*; solo desde la certeza de ese *amor de Dios*, que siempre es el primero – nos primeréa - en tomar la iniciativa y, si le dejamos, puede hacer con nuestras pobreza cosas grandes, solo así seremos capaces de responder con prontitud y alegría a las invitaciones cotidianas que nos hace el Señor y, si actuamos así, con rectitud de intención, también responderemos al último ¡sígueme! del Señor y recibiremos el ciento por uno y la vida eterna.

Que la Madre de Dios, Madre de Misericordia y Señora del Consuelo nos ayude y acompañe a Sor M^a Pilar en esta su última peregrinación a la Casa del Padre. Amén.

Vigilia de Pentecostés

S. I. Catedral, 7 de junio de 2014.

Excmo. Cabildo Catedralicio
Sres. Delegados Episcopales
Hermanos sacerdotes concelebrantes
Hermanos y hermanas en el Señor!

Con toda la Iglesia hemos rezado:

Oh Dios, que por el misterio de Pentecostés santificas a tu Iglesia ,extendida por todas las naciones, derrama los dones de tu Espíritu sobre todos los confines de la tierra, y no dejes de realizar hoy, en el corazón de sus fieles, aquellas mismas maravillas que obraste en los comienzos de la predicación apostólica. Le pedimos al Señor que realice hoy aquellos prodigios de los momentos iniciales de la Iglesia. Ese mismo Espíritu, independientemente de nuestra mucha o poca fe, sigue realizando en ese misterioso hoy, anticipo de la eternidad en el tiempo y en el que penetramos cada vez que participamos en la sagrada liturgia, toda la obra de la salvación de la Humanidad.

Hoy es el tiempo de la gracia, hoy es el día de la Salvación. En este hoy podemos decir *Jesús es el Señor.* Hoy siendo todos muy diferentes nos unimos en un solo cuerpo: Cuerpo místico de Jesucristo. Formamos una única Iglesia.

Mis hermanos y hermanas: Dejemos que el Espíritu del Señor penetre en nuestras vidas, las purifique, las convierta, nos conceda un dinamismo nuevo y pueda llevar a plenitud su plan redentor sobre el mundo y sobre cada uno de nosotros.

Abrirnos al Espíritu Santo es tanto como abrir nuestro corazón al alma de la Iglesia y así poder sentir en nosotros la necesidad más apremiante de este Pueblo santo del que formamos parte, y la necesidad que más urge hoy a nuestra Iglesia es la de *santidad personal.*

¡Qué bien nos ayuda a entender esta realidad el papa Francisco y nos lo repite constantemente!; *Conversión personal!*. He ahí la clave de la fecundidad de nuestra vida y de la Iglesia, porque, en definitiva, cada uno de nosotros somos el rostro de la Iglesia ¡somos Iglesia!

En una de esas homilías cotidianas, tan sencillas y que son perfectamente captadas por todos, el Papa denomina al Espíritu Santo como el *Dios desconocido.*

¡Sí! Hermanas y hermanos míos, el Espíritu Santo es Dios, pero es el *Dios activo* en la Iglesia y, por consiguiente, en nosotros. Él es ese Dios Amor que nos *ayuda a hacer memoria*.

Y en la Iglesia ¡y hoy más que nunca! es necesario hacer memoria. *Un cristiano sin memoria no es un verdadero cristiano*: es un hombre o una mujer prisioneros del momento, del instante, que no tienen historia. Vivimos inmersos en una sociedad en la que los cristianos, en lugar de ser *levadura en la masa* o como *el alma de la sociedad*, nos hemos dejado llevar de lo instantáneo; a base de *whassapps*, de *sms*, de los *twitter*, en definitiva, nos hemos dejado llevar de los medios de la telemática, tan importante para nuestra vida y que debemos agradecer, pero no podemos olvidar que nosotros tenemos que ser dueños de la telemática actual y no sus esclavos. Dios no quiere que le atiborremos de *sms* o de *twitter*, quiere que le escuchemos y que no nos dejemos atrapar por el instante, es necesario abrirnos al Espíritu Santo y él nos ayudará a hacer memoria. Pero ¿hacer memoria de que?

Hacer memoria de Jesucristo; así nos lo dice el papa, que aquel que se encuentra con Jesús, la alegría llena su corazón y la vida entera convirtiéndolo en un testigo vivo del Resucitado.

Hacer memoria de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor siempre que celebremos la Eucaristía.

O bien, *hacer memoria de nuestra historia*, tantas veces rota por infidelidades, miserias y pecados.

En este sentido se entiende muy bien el Evangelio proclamado en la liturgia de Pentecostés que concluye afirmando: *Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos*.

¡No será acaso que no queremos hacer memoria para no recordar esta realidad salvadora: *perdón de los pecados!*

En una sociedad como la nuestra en donde hombres y mujeres, sin ningún escrúpulo cuentan sus vidas y la de los otros a través de los medios, y cuanto más escabrosas son las narraciones mayor es el aplauso ¿por qué tanto rechazo a esa liberación producida por la gracia del sacramento de la Penitencia?. En un mundo en donde las consultas a psicopedagogos y psiquiatras se llenan, incluso de niños y jóvenes, en la que además de los trastornos objetivos, manifiesta la extrema ne-

cesidad de que se les escuchen, nosotros hemos aparcado nuestras confesonarios, o los hemos escondido, o lo que es peor hemos trivializado el sacramento.

El Espíritu Santo hoy nos dice: *¡Paz a vosotros!*

No habrá paz en el mundo y en la sociedad, en nuestros puestos de trabajo, en nuestras comunidades, en nuestros hogares, si no hay paz en nuestro corazón. Por eso el signo de que somos dóciles al Espíritu Santo es dejarnos perdonar por Dios y de esa certeza brota la fuerza para perdonar a los demás y perdonarnos a nosotros mismos. El Espíritu Santo nos mete en la dinámica del perdón, de la misericordia; seamos dóciles a este Espíritu y así seremos *santos e irreprochables* ante Dios y ante los hombres, seremos un eco vivo de la santidad de la Iglesia.

Por último, no quisiera olvidar que en este día celebramos el *Día de la Acción Católica* y del *Apostolado Seglar*. Os saludo a vosotros jóvenes de la Acción Católica y os animo a que realicéis ese apostolado capilar con todos y cada uno de vuestros amigos y compañeros ¡hay mucho que hacer! La Iglesia se fía de vosotros y os dice *¡echad las redes... y remad mar adentro!*.

Que Nuestra Madre la Virgen, Señora del Consuelo nos ayude y nos empuje con el viento suave del Espíritu para que *hagamos nuevas todas las cosas*. ¡Que así sea!

Solemnidad de la Santísima Trinidad. Jornada *Pro orantibus*

Monasterio de Santa María la Real de Oseira. 15 de junio de 2014.

Mis queridos hermanos y hermanas: En este marco incomparable marco del templo monástico de Santa María la Real de Oseira, en este día en el que nos reunimos para celebrar la Eucaristía dominical, con motivo de la Jornada *Pro orantibus*, hemos prestado nuestra pobre voz para rezar con toda la Iglesia ¡hemos rezado así! :

Dios, Padre todopoderoso, que has enviado al mundo la Palabra de la Verdad y el Espíritu de la santificación para revelar a los hermanos tu admirable misterio, concédenos profesar la fe verdadera, conocer la gloria de la eterna Trinidad y adorar su Unidad todopoderosa.

Con esta oración hemos proclamado nuestro deseo de profesar la fe verdadera, una fe que arranca de esa realidad Fontal que es la Santísima Trinidad, de donde brota toda la vida de los creyentes. Con los ojos de la fe, a través de esta celebración litúrgica que, como siempre, la hemos comenzado *En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo*, queremos penetrar en el misterio de este Dios, Comunidad de Personas, Comunidad de Amor.

Nuestro Dios nos ha invitado a este lugar de paz para que hagamos la experiencia de Moisés de la que nos habla la primera lectura (Ex. 34, 4b-6.8-9): *Subió de madrugada al monte y allí se le manifestó el Señor. Un Señor con corazón de Padre que por amor nos atrae hacia si, como nos lo recuerda (Jn. 6,44) porque nadie puede venir a mi si el Padre que me ha enviado no le atrae.* Mis hermanos y hermanas hemos sido queridos por Dios, llamados a la vida por amor, elegidos en la Iglesia por el Espíritu para ser continuadores de un carisma en la Iglesia y en el mundo.

En vuestra vida consagrada la iniciativa ha sido del mismo Señor que nos ha *primeriado* en el amor. Es ahí en donde se encuentra nuestra llamada, no la busquéis en otros horizontes. Si así lo vivís, vuestra respuesta será una entrega total y exclusiva a la causa de Jesús y de su Evangelio.

El papa Francisco, comienza su primera exhortación apostólica diciéndonos que *la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús(...) porque con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.*

Ese encuentro con Jesús nuestro Señor, nuestro Camino, nuestra Vida, es un

encuentro con la Buena Nueva, de ahí que necesitemos abrir nuestra existencia, ayudados por la dinámica de la gracia, para que podamos ser evangelizados. Lo seremos si nos convertimos en *discípulos misioneros*. Todo esto lo podemos conseguir si renovamos constantemente nuestro encuentro personal con el Señor, o por lo menos, si no somos capaces de encontrarlo nosotros, dejémosnos encontrar por El, porque El sí que nos busca siempre. Basta que cuidemos nuestra vida como creyentes y abramos nuestra existencia cristiana a la belleza del misterio de Dios que nos envuelve con su amor y se nos hace presente como esa *brisa suave*, casi imperceptible, que termina envolviéndonos sin darnos cuenta y ante ese Dios sentimos la necesidad de postrar nuestro pobre corazón, siempre lleno de agradecimiento, tal como lo podíamos contemplar en la vida de Elías, en la liturgia del pasado viernes (1 Reyes 19, 9-16).

Si vuestra vida y vocación es un don de la Trinidad, los consejos evangélicos que configuran vuestra existencia, también son un regalo del Señor, no a vosotros, ni a vuestra orden, congregación o instituto, sino a toda la Iglesia. Os ruego mis queridos Hermanos y Hermanas que no olvidéis esta realidad: el don de vuestra vocación consagrada es un regalo que Dios concede a la Iglesia y, por medio de ella, con ella y en ella, debéis hacer visibles las maravillas de Dios. Unas maravillas que fascinan el corazón de nuestros contemporáneos. De manera especial debéis convencerlos de que sigue siendo una interrogante muy actual *la adoración al Señor y el servicio*.

No os olvidéis de este hecho, sea cual sea el carisma de vuestra familia religiosa. La adoración, que es tanto como decir, la oración sin palabras de un corazón rendido por amor a nuestro Señor, sigue fascinando a tantos de nuestros conciudadanos, de ahí que resulta emblemático el lema de esta *Jornada Pro orantibus: Evangelizamos orando*. Y aunque la jornada de hoy está dirigida a nuestros hermanos y hermanas que acuden a la celebración eucarística dominical, para que sean conscientes y descubran la belleza de la vida contemplativa, sin embargo, esa *adoración al Señor* es un elemento fundamental de todo carisma, un ejemplo particular nos lo ofrece Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, fundadora de las Adoratrices, cuya celebración debiera de vivirse en este 15 de junio si no aconteciese la Solemnidad de la Santísima Trinidad.

Adoración y acción caritativa y social. Así se expresa ella: *Yo no puedo querer más que lo que quieras de mí, Dios mío, para tu mayor gloria*. Y esa gloria de Dios es que el hombre - imagen y semejanza de este Dios - viva, y así pueda dar, gloria a Dios; porque *la gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios* (S. Ireneo de Lyon).

De ahí que esta adoración, si se hace en espíritu y en verdad, se tornará en servicio elocuente, en la Iglesia, a los hermanos, especialmente a los más necesitados. Un servicio, a través de la pobreza vivida al estilo evangélico, porque así os ayudará a mantenernos a la escucha de la voluntad de Dios. Cuando nos atamos a las cosas, aunque sean muy buenas, como pueden ser las cosas del Señor, corremos el riesgo de quedarnos en las mismas cosas, y giramos en torno a ellas, o las hacemos girar en torno a nuestro yo, y nos olvidamos del Señor y Dueño de las mismas cosas. La pobreza así vivida nos ayuda, a todos –también a mí, en el ejercicio del ministerio episcopal- a superar nuestro egoísmo, el culto a nuestro yo, y nos impulsa a movernos en la lógica del Evangelio, que es la *primacía de la gracia* y la dinámica de la santidad, y nos enseña a confiar en la Providencia de esta familia divina, la Beatísima Trinidad.

Es más, si me lo permitís, esa pobreza cristiana y, por tanto, evangélica, es la clave para vivir la castidad que, como carisma precioso, y mucho más en una sociedad como la nuestra, nos ayuda a ensanchar nuestra libertad personal haciendo que nuestra entrega a Dios y a los hermanos sea más afectiva y efectiva. Desde esa clave se entiende la pastoral de la ternura, de la compasión, del servicio auténtico, de la entrega total a la causa del Evangelio. Así vivida nuestra castidad, también nuestra entrega célibe, nos hace fecundos y nos convierte en apóstoles con un rostro alegre. De esa realidad luchada delicadamente y vivida con pasión de enamorados brota nuestra maternidad y nuestra paternidad apostólica.

Una adoración auténtica, vivida desde la pobreza y con un corazón casto, es decir, abierto a todos y a todo, es la raíz del auténtico SERVICIO. ¡He ahí la clave de la autoridad en la Iglesia! El mejor señorío de un consagrado, en definitiva, de un cristiano, es el *servicio*, cuando nos convertimos en servidores de todos, entonces entramos en la auténtica lógica de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Mis hermanas! ¡Mis hermanos! Como Pastor de esta Iglesia, nada más decirlo me siento abrumado por la responsabilidad que el Buen Dios y su Iglesia ha puesto sobre mi débil existencia; como obispo de esta Iglesia particular que vive su experiencia de fe por estas nobilísimas tierras orensanas, os ruego que os unáis para potenciar estos encuentros y, de manera especial, os invito a que participéis en este gran proyecto diocesano que he denominado: *Ourense en misión con María*. Dentro de él ocupará un lugar destacado la vida consagrada y, además, debemos preparar muy bien el curso próximo porque todo el será el *Año de la Vida Consagrada*, este acontecimiento se debe convertir en un acicate para que nos metamos en la dinámica de la gracia y así nos podamos convertir, cada uno con su estilo, en apóstoles misioneros.

Dejamos todo esto bajo la mirada maternal de Santa María la Real de Oseira con la certeza de que con esos ojos misericordiosos nos ayudará a caminar construyendo nuestro cielo en la tierra y nos concederá las gracias necesarias para amar mejor y hacer amar al Amor. ¡Que así sea!

Celebración del Rito de Admisión a las Ordenes Sagradas Solemnidad de la Santísima Trinidad

Seminario Mayor. 15 de junio de 2014 (por la tarde).

Qué bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche.

Como peregrinos de la fe que caminamos en la noche oscura, tantas veces a trompicones a causa de nuestras fragilidades y pecados, queremos, a pesar de todo, acercarnos a esa fuente de donde brota la realidad del Misterio de Dios, en el que somos, vivimos y nos movemos. La Santísima Trinidad, misterio de amor manifestado por el mismo Señor Resucitado y principio y fuente de todo nuestro vivir. Ejemplo elocuente de todo es la Santa Eucaristía, la iniciamos en el nombre de la Santa e indivisa Trinidad y se concluye con la bendición en nombre de la Trinidad que como manantial eterno de vida de amor nos da la fuerza necesaria para convertirnos en discípulos misioneros del querer de este Dios, Uno y Trino.

En este día solemne, dentro del día del Señor, nos hemos reunido en la capilla de nuestro Seminario, realidad eclesial tan querida por todos, para asistir al *Rito de Admisión a las Ordenes Sagradas*.

Un pequeño grupo de seminaristas que ya han comenzado hace algún tiempo su formación y que fueron acompañados por sus párrocos y comunidades eclesiales de referencia, presentados al Rector y formadores del Seminario como candidatos a las Sagradas Ordenes y que, tanto en el momento en el que fueron presentados en el Seminario, como ahora, fueron considerados sujetos aptos para que en su día puedan desempeñar el ministerio ordenado, hoy se presenta ante nosotros y piden ser admitidos oficialmente como candidatos a las Sagradas Ordenes. Ahora, toda la Iglesia ora por ellos y los acompaña en su formación humana, cristiana, comunitaria, intelectual y pastoral. Lo hace a través de esta institución que es el Seminario y el Instituto Teológico, del Equipo de Formadores, de los sacerdotes que les conocen, atienden y acompañan. La labor de la Iglesia se hace presente a través de muchas mediaciones, porque todos somos responsables de las vocaciones y, de algún modo, como nos lo recuerda el ritual para las Ordenes; *El Señor mueve y ayuda con su gracia a quienes ha llamado a participar del sacerdocio ministerial de Cristo, mientras que a vosotros nos encarga examinar su idoneidad.*

Este *nosotros* no es una especie de plural mayestático que utiliza el Ritual para referirse a aquel que confiese el rito, este *nosotros* se refiere a toda la comunidad

diocesana, cada uno de acuerdo con su ministerio: Obispo, rector, formadores, sacerdotes, religiosos-as, catequistas y fieles laicos. La Iglesia es una familia en la que no se pueden diluir las responsabilidades que cada uno tiene, pensando que solo el último – el Obispo—es el único y absoluto responsable.

Nuestro Seminario es un eco, una especie de resonancia efectiva del Presbiterio Diocesano. En la medida en que tengamos sacerdotes evangelizadores, auténticos pastores entregados y generosos que no sean *autorreferenciales*, sino abiertos a la Iglesia y a sus necesidades, en esa misma medida tendremos un Seminario libre y auténtico, apostólico y misionero – un Seminario abierto a las necesidades de la Iglesia – y no centrado en su propio mundo, pequeño y reducido, con sus problemáticas, a veces enfermizas y empobrecedoras. Para salir de esa posible situación que, en ocasiones, aqueja a algunas de nuestras instituciones, son muy aleccionadoras las palabras que el Santo Padre dirigía a un grupo de sacerdotes jóvenes que participaban en la santa Misa en la *Domus Sancta Marthae* del Vaticano - fue el pasado 29 de abril -, en aquella ocasión les decía que en la primitiva comunidad cristiana, pequeña y, hasta cierto punto, alguna de ellas un tanto autorreferencial, vivían centrados en sus preocupaciones; en ese contexto en el que la Escritura nos dice cuál es la solución a los problemas (Hch. 2, 42-47) *tener un solo corazón y una sola alma*. ¡Había paz!. Era una comunidad en paz. Esto significa que – dice el papa Francisco - *en aquella comunidad no había lugar para los chismes, para las envidias, para las calumnias, para las difamaciones. “Paz”. El perdón estaba presente porque “el amor lo cubría todo”*.

Para calificar a una comunidad cristiana sobre todo es necesario que nos preguntemos, afirma el papa Francisco. *Como es nuestra actitud como cristianos. ¿son mansos y humildes?. En esa comunidad ¿hay peleas entre ellos por el poder? ¿peleas de envidias? ¿Hay chismes?. Entonces, no están por el camino de Jesucristo. Esta característica es muy importante,- subraya de nuevo- es muy importante, porque el demonio trata de dividirnos siempre. Es el padre de la división.*

A veces los problemas en las comunidades pueden surgir por cualquier motivo; y es bueno que acontezcan porque así se acrisola el cristiano auténtico, el sacerdote que es fiel y siente la Diócesis como algo suyo ¡ como su familia! ¡le duelen sus problemas! ¡no los magnifica, ni los proclama a todos los vientos!. Las dificultades y las pruebas son necesarias porque así crece nuestra fidelidad y entrega generosa, así como nuestro espíritu de colaboración. Lo mismo os puede suceder a vosotros, mis queridos seminaristas que hacéis hoy el Rito de Admisión. Las dificultades y las pruebas que puedan surgir en vuestra Comunidad de Seminario, en caso de que acontezcan, también son ocasión para crecer en fidelidad a la vocación y en amor a la Iglesia, porque si en los momentos de prueba nos

situamos en la periferia de los problemas, o corremos el riesgo de manifestarlos propagándolos fuera del Seminario y convirtiendo los asuntos domésticos, por decirlo de algún modo, en materia de tertulias y conversaciones, en donde se repasa la situación de la Iglesia, Diócesis, Seminario, sacerdotes, lesionando moral y gravemente a las personas y a las instituciones, entonces, si se obra así, algo falla en la vida de ese creyente, y si ese cristiano es un candidato a las Sagradas Ordenes será un mal sacerdote.

Hoy nuestra Iglesia tiene graves problemas: hay comunidades del ámbito rural que llevan meses sin Eucaristía; en otros lugares los ancianos, en sus casas o residencias no son atendidos. En algunos lugares, sacerdotes verdaderamente heroicos y santos, se sienten sin fuerzas para atender a los fieles o para salir a esas periferias que son los grupos juveniles, el mundo de la marginación y del dolor... Estos, y otros problemas, son los que preocupan a nuestra Iglesia, y también, como, la carencia de vocaciones.

Mis queridos seminaristas que hoy vais a recibir el Rito de Admisión, la Iglesia, por medio de vuestro Obispo os preguntará esta tarde: ¿Queréis formar vuestro espíritu de manera que seáis capaces de servir a Jesucristo, el Señor, y a su Cuerpo, que es la Iglesia?

En definitiva ¿estáis dispuestos a servir a la Iglesia como ella quiere ser servida? Hoy necesitamos sacerdotes, santos, discretos, limpios de cuerpo y alma, nobles y generosos, disponibles para la acción pastoral allí donde se necesiten sus servicios. Nuestra Iglesia, que fue y es – y quiere seguir siendo -una Iglesia especialmente generosa en sacerdotes con vocación misionera, hoy necesita sacerdotes para misionar en y por sus mismas tierras. Nuestro campo de misión es hoy, más que ayer, nuestro propia Iglesia Diocesana.

Como aquel filosofo de la antigüedad que a plena luz y en las plazas, con su linterna encendida gritaba ¡busco al hombre! También yo, como Obispo de estas tierras, en este atardecer de la solemnidad de la Santísima Trinidad, yo, vuestro obispo, *como un pobre de Jesucristo*, preocupado por las necesidades de nuestra amada Iglesia de Ourense, busco en vosotros al sacerdote del mañana que esté dispuesto y disponible para entregarse y servir a los pobres, ancianos y necesitados del amor de Dios, a los niños y a los jóvenes, a los matrimonios.

Busco en vosotros un sacerdote que en una sociedad secularizada y laicizada, entretejida por un creciente relativismo que afecta a todo y a todos ¡incluso a las cosas santas! busco un sacerdote que sea un testigo valiente del Crucificado.

Busco en vosotros a un sacerdote generoso y desprendido que no ande de un lugar para otro, lleno de ansiedad, procurando una “función” más para ganar más. ¡No! busco a un sacerdote que, como tantos de nuestros sacerdotes santos, se entreguen por el Reino y busquen la Justicia de Dios, que es tanto como decir: Busco a un sacerdote que esté dispuesto a luchar por la salvación de las almas y por la gloria de Dios ¡Solo Dios! No busco a un sacerdote que solo sea un buen funcionario por el día y un mozo, como otro cualquiera, por las noches.

Volvamos la mirada de la fe a la que es Templo y Sagrario de la Trinidad para que ella nos ayude a caminar como auténticos discípulos misioneros y os conceda a vosotros, mis queridos amigos, la fortaleza para dejaros en manos de la Iglesia y así formaros como esos sacerdotes del mañana que dejándose ganar por el Evangelio, y por el amor a la Iglesia, se conviertan en auténticos evangelizadores. ¡Qué asís sea!

Santa Misa de Despedida y Homenaje a las Hermanas del Amor de Dios

Seminario Mayor y Menor. 20 de junio de 2014.

¡Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis! (Mt. 10,8b)

*Señores Rectores de los Seminarios Mayor y Menor de esta Diócesis
Rvdma. Madre Provincial
Formadores y sacerdotes
Queridos seminaristas*

Con especial afecto, saludo a las Hermanas del Amor de Dios que durante tantos años habéis servido a esta institución tan entrañable que es nuestro Seminario. Lo habéis hecho con todo amor y entrega, realizando hasta el final lo que dice ese lema evangélico, entresacado de san Mateo: *¡Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis!*, que lo habéis escogido como lema que orientara vuestra reflexión y búsqueda del querer de Jesucristo en el *XV Capítulo General de las Hermanas del Amor de Dios* con motivo de los 150 años de la fundación de vuestra Congregación el 27 de abril de 1864.

Cuando preparaba estas palabras para la homilía me detuve, como acostumbro a hacerlo, en la oración colecta de la Misa de hoy y, la oración de la Iglesia, de manera providencial, como siempre, nos daba la clave para *entender* nuestra vida, *descubrir* lo que somos y saber muy bien lo que esperamos: Oh Dios, fuerza de los que en ti esperamos escucha nuestras suplicas, y pues el hombre es frágil y sin ti nada puede, concédenos la ayuda de tu gracia para *guardar* tus mandamientos y *agradarte* con nuestras *acciones y deseos*.

Esta oración, mis queridas hermanas sintetiza vuestro carisma: ¡daros por amor de Dios! Y daros al estilo de la Madre Inmaculada. Y ese daros lo hacéis para agradar solo a Dios con vuestras acciones y deseos. Así sois enviadas a todos los lugares del mundo por donde está extendida vuestra Congregación, así llegasteis a esta Iglesia particular de Ourense, para proclamar el Evangelio del amor de Dios, con gozo y esperanza ¡y así seguiréis haciéndolo mientras os quede aliento en vuestros corazones! ¡Qué bien habéis entendido aquello que dejó escrito aquella santa doctora, copatrona de las misiones! *Amar, ser amado y hacer amar al Amor*. He ahí la síntesis de vuestra vida. ¡Ahora! por disposición de la misma Providencia de Dios, la misma que en su día os envió a estas tierras, sois llamadas y enviadas por vuestra Congregación a otros lugares. Vuestro espacio vital cambia, sin embargo, vuestro horizonte de santidad no. Si, a todos nos cuesta hacer las maletas y ponernos en

camino. Desarraigarnos nos resulta doloroso, a veces puede ser dramático pero, desde la perspectiva de la fe, ese expolio nos ayuda a descubrir que no somos nada, que somos muy pequeños ¡frágiles! Como rezábamos en la colecta de la Misa, de tal modo que necesitamos la ayuda de la gracia de Dios para, como la Virgen Inmaculada, ponernos en camino, *a prisa* para acudir allí donde se nos llama a través de las mediaciones de la Iglesia que, aunque a veces no lo entendamos, son nuestros superiores y, en otras ocasiones, puede ser la misma naturaleza humana que con el paso de los años y con la visita de las enfermedades nos ayudan a descubrir que *no tenemos aquí una morada permanente*.

El Evangelio que acabamos de proclamar es, como siempre, una luz que ilumina toda nuestra existencia, sea cual sea nuestra situación actual en la vida. *No atesoréis tesoros en la tierra...Atesorad tesoros en el cielo...Porque donde está tu tesoro, allí está tu corazón* (Mt. 6, 19-23).

¡He ahí la pregunta fundamental que debemos hacernos frecuentemente! ¿Dónde está tu tesoro? ¿En los años!...pasan con prisa y no somos capaces de frenar su ritmo. ¿En nuestras cualidades! No nos fíemos, porque son más efímeras que la luz del atardecer. Quizás, nuestros destinos y ocupaciones pueden aherrojar nuestros corazones de tal modo que, con el paso del tiempo- muy pocos años- se realiza una dinámica sorprendente. Somos llamados para desempeñar unos cargos o unas ocupaciones pero si ponemos nuestro corazón en ellos, nos damos cuenta de que, poco a poco, en vez de servir a los hermanos o a las instituciones a través del ejercicio de nuestros encargos, convertimos estos, con el paso de los años, en algo para nuestro servicio o vanagloria. En vez de servir más y mejor, a través de esos encargos o ministerios terminamos sirviéndonos de ellos y podemos llegar a obstaculizar la obra evangelizadora que el Señor quiere realizar por medio de nosotros que somos, en lenguaje evangélico: *siervos inútiles*, aquello que tenemos que hacer, eso hemos hecho.

Para vencer esa tentación que nos afecta a todos, también a los eclesiásticos, el Evangelio de Mateo nos da la clave: *Atesorad tesoros en el cielo*. Que es tanto como decir: No abandonemos el sentido sobrenatural de nuestros ministerios, ni de nuestros destinos. Los hombres y mujeres de Dios, ¡los santos! nos han dado ejemplos para hacer realidad lo que aquel santo sacerdote dejó escrito *¡haz lo que debes y está en lo que haces!*. El mismo papa Francisco nos decía, días pasados: *salí de Argentina con el traje puesto y una maleta, esperaba volver pero para marchar a mi habitación - la pieza - que me había reservado en una Casa sacerdotal porque ya pasaba de la edad del retiro... y pensaba concretar con el Sr. Nuncio los trámites para buscar a mi sustituto... y ya veis, me eligieron Obispo de Roma...*

Hermanos y hermanas míos: ¡estamos en las manos de Dios y todo aquello que acontece es pura Providencia y destino del amor de Dios.

Volvamos la mirada de nuestro corazón a nuestra Madre Inmaculada, ella nos ayudara hoy y siempre a descubrir cuál es el querer de Dios y nos concederá las gracias necesarias para hacerlo y amarlo, no solo para cumplirlo, sino para amarlo, aunque nos cueste lágrimas.

Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

S. I. Catedral. 22 de junio de 2014.

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre (Jn. 6, 51-58)

¡Vivirá para siempre! En esta brevísima perícopa evangélica se nos habla en tres ocasiones de esas *ansias de eternidad* que están encerradas en lo más íntimo del corazón humano: *vivir para siempre* o bien, *tener la vida eterna*.

En una sociedad como la nuestra que habitualmente vive arrojada a la superficialidad de las cosas, en todo aquello que es transitorio y, casi siempre, atrapado por la tiranía de lo inmediato y por la fuerza fascinante del instante, la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo nos sirve como un despertador divino para que cada uno de nosotros, que nos llamamos creyentes, sepamos vivir inmersos en la auténtica realidad de las cosas y del momento presente.

Hoy, al igual que en los tiempos de Moisés, tantos de nuestros contemporáneos, quizás también nosotros mismos, podemos añorar *los ajos y cebollas de Egipto* que eran el alimento de la esclavitud y no somos capaces de agradecer el agua viva que brota de la roca de la Salvación que es el mismo Cristo y que está significado en los sacramentos, especialmente en el de la Penitencia que es el manantial de la gracia para nuestra vida, y también en el maná – alimento de eternidad en este destierro en el que vivimos – que es un anticipo de la Eucaristía.

En este sentido, el papa Francisco nos hablaba el pasado jueves – fiesta del Corpus en el Vaticano -, que el hombre y la mujer de hoy se están alimentando de tantas cosas que no salvan, que no llevan a la vida eterna. ¡Qué gran ejemplo nos dan los santos! Ellos – de carne y hueso como nosotros- supieron encarnar su fe en Jesucristo resucitado, y por eso buscaron siempre el alimento que lleva a la vida eterna. En este 22 de junio, solemnidad del Corpus Christi –Domingo- también coincide la fiesta de dos santos mártires: un hombre de la vida política, y un eclesiástico. Santo Tomás Moro, jurista, humanista, pensador y Gran Canciller de Inglaterra en el reinado de Enrique VIII; y Juan Fisher, arzobispo y cardenal, valiente defensor de la Iglesia y de la libertad de conciencia. Mártires de la fe en Jesucristo porque no sucumbieron al fácil y efímero alimento del poder y de la gloria humana. Ninguno de ellos estaba instalado en lo inmediato, los dos sabían que eran eslabones de una fidelidad de eternidad.

En nuestros días podemos sucumbir a la tentación del alimento fácil de las ideologías del momento ;nos llamamos cristianos, pero vivimos como paganos! Sin darnos cuenta nos dejamos saciar por los espejismos del poder, del éxito, del dinero, o del aplauso fácil y corremos el riesgo de perder el sentido y el horizonte de la eternidad en nuestras vidas ;No nos dejemos atrapar por los ídolos del momento! ;No nos dejemos ofuscar la mente y el corazón por las modas efímeras, ni por las ideologías de moda!

La Eucaristía es el sacramento de la realidad de Dios, porque *nada es tan verdadero como esta palabra de verdad*. Esto es mi Cuerpo...esta es mi Sangre... alimento de eternidad. Si estuviéramos convencidos de esto ¿cómo sería nuestro comportamiento? ¿cuál sería nuestra actitud fundamental ante los hermanos y de cara a las cosas santas? Nuestros predecesores nos han legado testimonios vivos y elocuentes de su fe: bellísimas custodias, rica orfebrería, hermosos retablos, himnos y composiciones musicales que todavía hoy estremecen el alma hasta de las personas más insensibles ; y nosotros que hacemos? ¿cuáles son los testimonios elocuentes de nuestra fe eucarística? ;Sí!, podemos decir que nuestros antepasados solo se centraron en potenciar realidades estéticas y se olvidaron de los necesitados ;no es verdad! ;Cuántos hospitales y albergues para enfermos y peregrinos! Y ;cuántas obras de beneficencia y de caridad han nacido bajo el resplandor de la auténtica fe profesada y vivida!

Y nosotros, que tenemos tanto ¿qué hacemos? ;Dónde está nuestro corazón?

El día del Corpus Christi se nos va nuestra mente a la institución de Cáritas. En nuestra Iglesia que peregrina por las tierras de Ourense ya estamos reflexionando sobre los objetivos del Plan Pastoral Diocesano y uno de ellos es subrayar la dimensión caritativa y social, nuestro propósito es claro ;ninguna parroquia sin Cáritas! Si no somos generosos con el Dios escondido en la Eucaristía, tampoco lo seremos con ese Dios con nosotros que se visibiliza en el rostro del hermano necesitado.

La Eucaristía es el sacramento de la realidad de Dios. Si preparamos bien la asistencia a la Santa Misa: si prestamos atención a la Palabra proclamada, que nos ayuda a despertarnos de nuestros sueños y fantasías, y a situarnos auténticamente en la realidad; si luchamos por estar en gracia y nos acercamos a recibir el pan de la Eucaristía con el corazón abierto al mismo Jesucristo, y no convertimos la recepción del Cuerpo del Señor en una costumbre, o en un rito más, como quien se santigua al entrar o a salir del templo. Si nuestro encuentro con el Señor en la Eucaristía es auténtico lo podemos percibir si nos ayuda a sentirnos *pecadores*

perdonados y a ver en los otros hermanos ¡hijos de Dios como nosotros! Y a ellos tenemos que ayudar, atender, querer y no criticar ni censurar.

Cuando recibimos dignamente la Santa Comunión, esta realidad nos cristifica, convierte nuestra vida en una custodia viviente de tal modo que toda nuestra existencia pobre, limitada, pequeña y pecadora queda clarificada y si así nos pasa, entonces son los sentimientos de Nuestro Señor Jesucristo los que transfiguran todo nuestro ser convirtiéndonos en auténticos cristianos.

Pero ¿dónde está Dios? ¡Dios está aquí! ¡No lo notamos! ¿no será acaso que somos nosotros los que podemos obstaculizar la presencia real de nuestro Dios? ¡Hermanas y hermanos míos! Dejémonos alimentar por el querer de Dios, convirtámonos a nosotros mismos en alimento y ayuda para los más necesitados, pero ¿quiénes son esos necesitados? Aquellos que perdieron la fe porque les hemos escandalizado con nuestra falta de coherencia. Aquellos que esperaban de nosotros otro tipo de alimento ¡el alimento de la eternidad! y los hemos atiborrado de teorías o de las ideologías de moda. Aquellos que buscaron en el rostro de la Iglesia a Jesucristo y se encontraron con el nuestro. Aquellos que en nuestros hogares o en los lugares de trabajo, o en los espacios de diversión esperaban de nosotros una sonrisa, una palabra amable y positiva, cargada de esperanza, y se fueron llenos de tristeza o de desencanto.

Si Dios nos lo permite y el tiempo os acompaña, saldremos en procesión. No es una manifestación más de nuestra fe católica. Esta es la más real de nuestras procesiones ¡Dios está aquí! Seamos testigos de esta verdad delante de nuestros conciudadanos para que el mundo crea que *nada es tan verdadero como esta palabra de verdad*. Porque *este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre... el que coma de este pan vivirá para siempre* ¡para siempre! ¡Que así sea!

Santa Misa en la fiesta de san Josemaría Escrivá

Parroquia de Santa Eufemia la Real del Norte-Santo Domingo. 25 de junio de 2014.

Por sus frutos los conoceréis (Mt. 7,15-20)

Ilmo. Sr. Vicario Delegado de la Prelatura del Opus Dei en Galicia. Mis queridos Hermanos sacerdotes. Hermanas y hermanos míos:

Por sus frutos los conoceréis.

Este pensamiento del Evangelio proclamado en este día en el que celebramos las vísperas de la fiesta de san Josemaría, sacerdote y fundador del Opus Dei y de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, nos puede servir para hacer esta reflexión. Sabemos bien, porque así lo dejó esculpido en sus hijos e hijas que *la oración del cristiano debe ser litúrgica*; con este pensamiento se anticipó a ese magno acontecimiento que fue el Concilio Vaticano II que en ese documento *Sacrosanctum Concilium* nos ha dejado con esa doctrina para que se transforme en vida *las fuentes principales de la predicación serán la Sagrada Eucaristía y la liturgia* (S.C. 35,2). Por ese motivo nos hemos dejado sorprender por los textos de la Palabra de Dios, que de forma continuada, nos ayudan a descubrir el querer del Señor sobre cada uno de nosotros.

Esa Palabra proclamada, aunque nos parezca distante de nuestras necesidades e intereses, siempre es don de Dios a cada uno de nosotros, y el Espíritu Santo la potencia con su gracia y dinamismo para que nos transforme. En el libro de los Reyes vemos como el Señor nos está ayudando a entender que, al igual que aquel Pueblo de la Antigua Alianza, debemos suscribir con el corazón y con la vida aquello que Dios nos dice en la Escritura. Aquel Pueblo que se sintió fascinado por aquel libro de la ley de Dios que se había encontrado en los aledaños del templo después de sufrir tantas calamidades, sigue siendo un ejemplo para nosotros. Fijaos con qué respeto escuchan aquellas palabras de vida y cuál fue la consecuencia de aquella escucha activa de todos los allí presentes, *selló ante el Señor la alianza, comprometiéndose a seguirle y cumplir sus preceptos, normas y mandatos, con todo el corazón y con toda el alma*. También nosotros, cumpliendo aquella Alianza de Amor que el mismo Dios estableció con el Pueblo Santo y, por tanto, con cada uno de nosotros, seremos fieles (Reyes 22,8-13;23,1-3)

Desde sus primeros años de sacerdote, y ya en el Seminario de Zaragoza, san

Josemaría entendió muy bien la importancia de la Palabra de Dios en la vida de un cristiano. Supo descubrir, en aquel ambiente cargado de tantas devociones, que la Palabra leída, meditada y contemplada, esa Palabra tenía que hacerse carne en su propia existencia, y eso se podría conseguir gracias a su vida de fe operativa. Tan importante era esta realidad que transmitió esa norma de piedad a los fieles del Opus Dei y a tantas personas que, años más tarde, se acercaban a sus labores apostólicas. Esos minutos de lectura del Evangelio, pocos pero intensos, se convirtieron en norma de vida de aquellos que le siguieron y dio fruto, y fruto abundante, dio frutos de santidad. Así se lo enseñaba a sus hijos e hijas diciéndoles, mejor, enseñándoles con el testimonio de su vida: *si cumplís las normas de vuestro plan de vida* –mejor, si vivís esas normas- *seréis santos*.

Aquellos que prestaron atención a esas enseñanzas, y las guardaron con fidelidad, a pesar de ser cosas pequeñas que, aunque aparentemente no tienen entidad, sin embargo, sí que la tienen para Dios, aquellos le siguieron en el camino de la santidad personal. Y esto se hizo realidad porque les ayudó a descubrir que la santidad consiste en luchar cada día un poco, en esas pequeñas cosas, y aunque a veces podamos ser vencidos, ¡no importa!, lo que sí importa es *luchar por amor de Dios hasta el último instante de la vida*. ¡Qué gran intuición! Lo importante en la vida cristiana es luchar por amor hasta el final. Este dinamismo espiritual tiene que brotar de nuestra unión con Jesucristo –como el sarmiento a la vid- de tal modo que aquel que *permanece en Jesucristo, ese da mucho fruto*.

¿Cómo podemos permanecer unidos a Jesucristo que es la vida verdadera?

San Josemaría enseñó con su vida a aquellos que le acompañaban, desde el primer momento de su predicación, que para dar fruto es imprescindible estar unidos al Señor a través de los cauces de su gracia que son los *sacramentos*, en especial la Confesión y la Eucaristía, y además la fidelidad a esas pequeñas normas y costumbres cristianas, entre ellas esa lectura del Evangelio y la oración cotidiana.

Solo sí estamos unidos al Señor, como sarmientos unidos y vivificados por la vida verdadera, daremos frutos, frutos de vida eterna. El estilo de vida predicado y vivido por este sacerdote santo se fundamenta en la certeza de que somos hijos de Dios, ¡y si hijos! hermanos los unos de los otros. La santidad de vida que él dejó esculpida en su corazón es una santidad buscada y vivida en medio de la vida ordinaria. Nuestra cotidianidad, a veces tan denostada o devaluada por aquellos que solo buscan cosas grandes es, en la doctrina de este santo sacerdote español, el horizonte en el que se va entretejiendo nuestra santidad. Pero conviene no

olvidar algo muy importante, que ese horizonte de lucha lo sitúa siempre dentro de la Iglesia, a la que él se refería llamándola Santa Madre Iglesia. Este estilo de vida dio sus frutos. Las obras que ha dejado y sobre todo sus hijos e hijas.

La Iglesia no solo nos ha propuesto la santidad de vida de este sacerdote secular - era sacerdote diocesano-, sino que, dentro de unos meses, el próximo 27 de septiembre, el sucesor de Mons. Escrivá, va a ser beatificado. Me refiero, claro está, a don Álvaro. *¡Por sus frutos los conoceréis!*

He ahí uno de los mejores frutos de ese camino de santidad abierto en la Iglesia y en el mundo que es el Opus Dei. Una institución que ha sido mal comprendida y denostada en nuestro país. Una vez más se cumple aquello de que nadie es profeta en su tierra. Dos sacerdotes españoles, uno santo y el otro próximamente beatificado son prueba fehaciente de que el estilo de vida abierto por san Josemaría en la Santa Iglesia es camino de santidad.

¡Mis queridos hermanos y hermanas! agradezcamos al Señor que gracias a este sacerdote, cuya memoria litúrgica celebramos en estas vísperas de su fiesta, se hayan abierto esos caminos divinos de la tierra para dar frutos, frutos de apostolado y de vocaciones.

Volvamos nuestra mirada a la imagen de la Santísima Virgen del Rosario que se encuentra en el centro del retablo de este templo parroquial que hoy nos acoge y pidámosle a Ella, que todo lo pide a quien todo lo puede, para que nos convenzamos de que debemos luchar por ser esos *discípulos misioneros*, como lo desea el papa Francisco; lo seremos si cuidamos nuestra vida interior, que es un camino de evangelización personal y, si así lo hacemos, estaremos seguros de que de nuestra vida interior depende la santidad de los demás, depende nuestro apostolado. Así nos lo decía este santo sacerdote: *de la superabundancia de nuestra vida interior depende nuestro apostolado*; es decir, necesitamos dejarnos evangelizar para convertirnos en evangelizadores, y solo seremos evangelizados si en todos los momentos de nuestra jornada nos abrimos a esa conversión personal, como camino de santidad. ¡Qué Nuestra Señora y san Josemaría nos ayuden a dar frutos de santidad! ¡Que así sea!

Solemnidad del Sagrado Corazón Jornada de Oración por la santidad de los sacerdotes

Parroquia del Sagrado Corazón de Ourense, (27-6-2014)

Mis queridos D. Enrique y D. Bruno.

Saludo con especial afecto al Vicedelegado Episcopal del Clero

Hermanos sacerdotes concelebrantes

Hermanas y hermanos míos en el Señor.

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su hijo como propiciación por nuestros pecados (1Jn. 4,7-16)

He aquí, mis queridos hermanos y hermanas, una de las claves que la Sagrada Escritura nos da para entender ese abismo de gracia y misericordia que es el amor de Jesucristo, que se hace visible a través de esta devoción a la humanidad del Señor.

La verdadera devoción y el sentido más auténtico de esta solemnidad hunde sus raíces en la tarde de aquel primer Viernes Santo de la historia, no un viernes como otro, ni siquiera un viernes santo virtual ¡no! es el Viernes Santo real, aquel que es dramáticamente vivido por San Juan (19,31-37); aquella lanza que abre el costado es el camino que se abre para llegar al corazón del Dios que se ha hecho hombre, y, desde aquella *hora* el corazón de Jesucristo está abierto para siempre. Aquella lanzada no es un sufrimiento más que se infringe a Jesús ¡ya estaba muerto! sino que se convierte en un icono de Nuestro Señor Jesucristo; Dios Padre quiere que el Corazón de Cristo permanezca abierto de par en par; quiere que permanezca para siempre ¡para siempre! Por eso, a lo largo del tiempo, desde lo más profundo de la fragilidad y de la pobreza humana brotó ese sentimiento, convertido en jaculatoria ¡*Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!*

Los Padres de la Iglesia, aquellos magníficos catequistas y maestros de vida, han querido ver en ese costado abierto del Redentor la *f fuente de vida*, el lugar de donde *nace* la Iglesia, de ahí que para ellos ese corazón es un *tesoro* de gracias operativas.

También los últimos papas, en especial san Juan Pablo II, nos ha hablado del Corazón de Jesucristo y nos manifestó con claridad lo esencial de esta devoción que es el Amor de Jesucristo Redentor, que es *rico en misericordia* y que a través de ese Corazón nos revela al Padre y, por medio del Espíritu Santo va formando en nosotros las actitudes del Corazón de Jesucristo, pero para que eso se haga rea-

lidad necesitamos abrirnos a la conversión personal para poder ser evangelizados; es decir, para conformar nuestra vida de acuerdo con la vida de Nuestro Señor Jesucristo, vida que se nos hace presente a través del Evangelio, es necesario abrirnos a la conversión que, como don de Dios se nos ofrece continuamente.

Precisamente, en esta solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, por deseo del papa, se ha instaurado en este día la *Jornada de Santificación del Clero*. En nuestra Iglesia diocesana ya vivimos esta realidad en dos ocasiones: con motivo de la Misa Crismal y en la fiesta de San Juan de Ávila. ¡Qué trascendental y necesario es rezar por la santificación de los sacerdotes! De un sacerdote santo dependen muchas cosas buenas y solo desde esa clave de la santidad personal se puede entender esa *conversión pastoral* que anhela toda la Iglesia y necesita nuestra Diócesis.

En nuestra Iglesia particular todos tenemos guardado en nuestro corazón el testimonio de vida de algún sacerdote santo, aquel que sin hacer ruido, sin buscar honores o consideraciones eclesiales, supo hacer de su ministerio un servicio de amor. Os aseguro que allí donde hay un sacerdote santo y entregado nos encontramos con una comunidad viva y fecunda.

Para esta Jornada el papa Francisco nos ha ofrecido un bellissimo pensamiento acerca de la vida sacerdotal. Fue objeto de su predicación en la pasada Misa Crismal, nos decía: *El sacerdote es una persona muy pequeña; la inconmensurable grandeza del don que nos es dado para el ministerio nos relega entre los más pequeños de los hombres. Él es el más pobre de los hombres si Jesús no lo enriquece con su pobreza, el más inútil de los siervos si Jesús no lo llama amigo, el más necio de los hombres si Jesús no lo instruye pacientemente como a Pedro, el más indefenso de los cristianos si el Buen Pastor no lo fortalece en medio del rebaño. Nadie es más pequeño que un sacerdote dejado a sus propias fuerzas* (Homilía de la Misa Crismal, 17 de abril 2014).

¡Sí! Hermanas y hermanos míos somos los más pequeños por eso necesitamos vuestra ayuda hecha oración, reparación y sacrificio para que se hagan realidad en nuestra vida los sentimientos de la Santísima Virgen María en la que el *Poderoso ha hecho obras grandes en Ella*, porque *su nombre es Santo*. Si somos conscientes de nuestra pequeñez, el Señor hará cosas grandes en nosotros, solo así descubriremos que somos pobres para acercarnos a Dios, tratar con El, hacerle presente y entregarle a los hermanos.

Que el Corazón de Jesucristo patrono de esta Comunidad parroquial os bendiga y proteja. Os muestre su rostro y os conceda la paz.

Pedidle, también, que abraze el corazón y transforme la vida de los que hemos sido llamados al ministerio sacerdotal para que así nos dejemos evangelizar por El y, con la fuerza del Espíritu, sirvamos el Evangelio a tantos hermanos y hermanas para que se conviertan en auténticos discípulos misioneros. ¡Qué asís sea!

Santa Misa de Acción de gracias por la canonización de los santos papas Juan XXIII y Juan Pablo II

S. I. Catedral. Ourense, 28 de junio de 2014.

“Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales” (Ef.1,3)

¡ Bendito sea Dios! ¡Bendito sea en sus santos!

Con esta Eucaristía que celebramos en la memoria litúrgica del Corazón Inmaculado de María queremos dar gracias a la Santísima Trinidad por la glorificación de los santos papas Juan XXIII y Juan Pablo II. Hubiéramos deseado celebrar este acto en fechas más cercanas al Domingo de la Misericordia, II de la Pascua del Resucitado, hecho acaecido el pasado 27 de abril. Nuestros deseos no se han podido llevar a cabo porque queríamos que como un signo de nuestro corazón agradecido se hiciera presente el culto a los dos santos papas en esta nuestra Catedral. Lo hemos intentado, pero los tiempos son especialmente difíciles, sin embargo, con estos dos iconos – replica de los grandes reposteros que adornaban la fachada de la basílica vaticana en ese día, y obra del mismo autor -, queremos iniciar este culto a los santos papas, lo hacemos en este momento de una manera sencilla y sobria, mis deseos – y seguro también los vuestros – era realizar una obra más digna, no solo de los santos papas, sino de este templo. Es cierto que para algunos esta realidad desdice del lugar en el que estamos; sin embargo, como un reclamo para nuestra generosidad y en espera de obras más nobles que sustituyan a esas dos fotografías, sin mayor demora queremos iniciar este culto. En estos tiempos de crisis se nos imponen unas determinaciones que, aunque nos cuestan, debemos aceptarlas. Pero tiempo vendrá en el que llevaremos a cabo una obra hermosa que enriquezca nuestra Iglesia Catedral. Lo importante ahora es dar gracias a Dios por la santidad de estos dos hombres de Iglesia.

¡Bendito sea Dios!

San Juan XXIII y San Juan Pablo II son dos santos muy distintos, no solo por su fisonomía ¡no hay más que fijarse en sus fotografías! Son distintos por su historia y por la labor pastoral que tuvieron que afrontar. Pero no cabe duda alguna de que los dos fueron dos hombres de fe, una fe robusta, una esperanza viva y una caridad sencilla y auténtica. Son dos figuras señeras que para muchos de los que nos encontramos aquí se han entrecruzado en nuestra vida.

El año 1953, el entonces cardenal Roncalli, entró en la sede patriarcal de Venecia, ¡fue el año de mi nacimiento! Juan XXIII, ha sido el papa de mi niñez. Cuando, aquel papa venido de lejos inicia sus pasos como Obispo de Roma, el que os habla, era ordenado Diacono. Juan Pablo II fue el papa de mis primeros años en el ejercicio del ministerio sacerdotal. ¡Los dos forman parte de nuestra historia! Los dos a su estilo, con su forma peculiar de actuar, tan directa y libre son de esos pocos que descubrimos como verdaderamente grandes, que rompieron viejos esquemas eclesiásticos porque tomaron en serio su conversión personal y se dejaron introducir en la dinámica de la *primacía de la gracia* (San JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, nº 38) que es la primacía pastoral de la santidad.

¿Cuál ha sido el gran secreto que transformó y motivó toda la existencia de estos santos papas? Sin ninguna duda fue el amor. Se cuenta, por testigos presenciales, que cuando el papa Juan estaba en la agonía – guardamos aquellas escenas en nuestro recuerdo infantil – la plaza de San Pedro estaba llena de gente rezando por el papa. Al contemplar aquella multitud, el secretario de San Juan XXIII, hoy cardenal Loris Capovilla, se acercó al papa Juan y le dijo: *Santidad, aquí, en la habitación, somos pocos, pero si Vuestra Santidad viera la Plaza de San Pedro...* Respondió el papa: *Es natural. Yo les amo y ellos me aman.*

Al poco tiempo de su muerte, muchos obispos del mundo entero pidieron al papa Pablo VI la canonización de Juan XXIII por aclamación. Se prefirió esperar prudentemente la conclusión de un proceso de canonización.

En el caso de Juan Pablo II, de ello somos testigos, todos hemos podido contemplar como en el funeral solemne de sus exequias, también en la plaza de San Pedro, de entre la ingente multitud que la llenaba, surgió un grito unánime ¡*santo súbito!* ¡santo ya!. También se prefirió esperar a un proceso de canonización que en este caso debido a lo polifacético de su personalidad, a su pontificado tan largo y teniendo en cuenta la explosión de los medios de comunicación e incontables testimonios, se convirtió en un riguroso estudio de varios volúmenes que hicieron todavía más rica su persona.

¡Hermanos y hermanas! Si el gran secreto de estos dos santos papas ha sido el amor, es decir, el hacernos cercano el amor misericordioso del Buen Padre Dios; el método que usaron para realizar ese gran proyecto de santidad fue su *oración personal*. En medio de las muchas ocupaciones de su ministerio, a pesar de las contrariedades y dolores, fueron hombres orantes.

Con las palabras del Evangelio que hemos proclamado en esta liturgia de acción de gracias, por la canonización de los santos papas, quisiera decirlos: *Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviare. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontrareis vuestro descanso* (Mt. 11, 25-30).

En una sociedad como la nuestra, tan pragmática y violenta en la que estamos atrapados por lo inmediato. En un mundo que cada vez lo relativiza todo ¡hasta lo más santo! en donde el laicismo excluyente y el secularismo parecen empararlo todo de tal modo que llegan a paganizar la vida, incluso la de los creyentes, os invito a que volvamos la mirada de nuestro corazón a estos santos para que aprendamos, todos los días, a descubrir qué es lo fundamental en nuestra existencia y, sin duda, si los tratamos con más cercanía, si les rezamos, ellos nos ayudarán a descubrir que *solo Dios es lo único importante*, y solo Él es la clave segura de nuestra existencia creyente.

¡Que crezca nuestra devoción a los santos papas! ¡que seamos generosos para construirle entre todos un altar digno en esta Catedral! Y os ruego que le pidáis lo que yo les pido y suplico: mayor espíritu de santidad personal y ¡vocaciones! Vocaciones auténticas para que nuestro mundo, y en él, nuestros conciudadanos ¡todos! nos convirtamos en auténticos testigos del Evangelio y en unos *discípulos misioneros* que podamos llegar a impregnar nuestra tierra del don de Dios.

Que nuestra Madre Santa María, Señora del Consuelo, nos ayude.

CARTAS**Carta a los Sacerdotes jóvenes.
Ourense, 13 de mayo de 2014**

Mi querido hermano sacerdote:

Aunque en este mes nos hemos reunido para celebrar la fiesta de san Juan de Ávila, sin embargo, creo que es conveniente retomar nuestros encuentros mensuales, sobre todo ahora que se acerca el verano y en algunas de vuestras comunidades este es un tiempo de especial atención pastoral.

En la *visita ad limina* el papa Francisco nos insistió mucho a los obispos que nos preocupásemos de la formación permanente de los sacerdotes y especialmente de aquellos que recibisteis la ordenación en los últimos años.

Quisiera que, a pesar de tus dificultades de agenda, te hicieras presente en este encuentro que, seguro, será un bien para todos. Como sabes, procuramos aprovechar el tiempo para rezar juntos ¡cuánto necesitamos rezar!, podemos hablar con los compañeros, aprovechar para recibir el sacramento del perdón, hablar con el obispo y, siempre podemos aprender o renovar nuestro conocimiento.

A esta sesión hemos invitado al prof. Dr. D. José Manuel Domínguez Prieto, que conoce de cerca nuestra realidad y está impartiendo cursos para sacerdotes de otros presbiterios.

Espero poder saludarte, personalmente, y te ruego que me encomiendes en tus oraciones. Te bendice a ti y a los tuyos.

J. Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Ourense

**Carta a los sacerdotes del presbiterio diocesano con motivo de la
Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.
Ourense, 17 de junio de 2014**

Querido hermano sacerdote:

El próximo domingo día 22, celebramos la Solemnidad del Corpus Christi. El se hace presente en nuestros altares y quiere manifestarse al mundo en las Custodias que procesionaremos por nuestras calles, manteniendo viva, actualizando y fomentando esa tradición que hemos recibido de nuestros antepasados en la fe.

Con este motivo os escribo, fraternalmente, para que no dejemos decaer esta celebración en nuestras comunidades parroquiales. Con ello os pido que todos pongamos el máximo empeño en que se celebre la procesión del Santísimo en todas las Comunidades y Parroquias donde pueda hacerse con el debido decoro y solemnidad.

Hoy, más que nunca, es imprescindible que los católicos, sin arrogancia pero también sin cobardía, demos público testimonio, también en nuestras calles y plazas, de lo esencial de nuestra fe: El Señor Jesús, resucitado y vivo entre nosotros, es la única esperanza de vida eterna que se nos ofrece a todos.

A los sacerdotes de la ciudad de Ourense quisiera recordarles que, como de costumbre, habrá en la Catedral la Misa estacional concelebración, que comenzará a las 10 horas, y finalizada ésta, la procesión por las calles. Todos debemos cuidar y fomentar esta tradición para que, no sólo no decaiga, sino que aumente la participación fervorosa y activa del mayor número de fieles. A ello debe contribuir el envío de grupos y asociaciones parroquiales con sus emblemas y estandartes, niños de primera Comunión..., acompañados por sus pastores y por el mayor número posible de los sacerdotes que viven en la Ciudad. Para facilitarlo, como se recuerda todos los años, entre las 11 y las 13 horas, no se deben celebren Misas ni otros cultos en las iglesias céntricas de la Ciudad, muy especialmente en las más próximas al recorrido de la procesión, instando los pastores respectivos a que los fieles asistan a Misa en la S.I.B. Catedral de San Martiño.

Con mi más sincera estima y deseo de colaboración.

J. Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Ourense

**Carta a los sacerdotes del presbiterio diocesano con ocasión de la
“JORNADA DE ORACIÓN POR LA SANTIFICACIÓN DEL CLERO”
convocada por la Santa Sede.
Ourense 20 de junio de 2014**

Mis queridos Hermanos en el Sacerdocio:

Por deseo expreso del Santo Padre, y a través de una comunicación enviada por el cardenal prefecto de la Congregación del Clero, se nos recuerda que el día 27, próximo viernes, Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, se quiere celebrar en toda la Iglesia la **JORANDA DE ORACIÓN POR LA SANTIFICACIÓN DEL CLERO**.

Para ese día se nos aconseja una serie de actos: *reunión del clero, meditación, un momento de convivencia, adoración Eucarística y un ágape fraterno*. En nuestra Diócesis ya lo hacemos en dos ocasiones al año: el día la Misa Crismal y en la Fiesta de San Juan de Ávila. En ese día, a las 20.00 horas, presidiremos la Eucaristía en la parroquia del Sagrado Corazón y daremos un especial relieve a esta jornada. Si os resulta factible, sería de desear que os unierais a esta concelebración, avisando a D. Enrique o a D. Bruno.

En caso de que no podáis asistir, os ruego que aprovechando la celebración de la santa Misa de esta solemnidad, en cada una de vuestras comunidades, elevéis vuestras súplicas al Dios de la misericordia pidiendo por la santificación de los sacerdotes y rogando al Dueño de la mies que nos conceda vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada.

La Congregación para el Clero nos han enviado un texto del papa Francisco, que ya he comentado en otras ocasiones, para que lo tomemos en consideración y sirva para nuestra meditación: *El sacerdote es una persona muy pequeña; la inconmensurable grandeza del don que nos es dado para el ministerio nos relega entre los más pequeños de los hombres. El sacerdote es el más pobre de los hombres, si Jesús no lo enriquece con su pobreza, el más inútil de los siervos, si Jesús no lo instruye pacientemente como a Pedro, el más indefenso de los cristianos, si el buen Pastor no lo fortalece en medio del rebaño. Nadie es más pequeño que un sacerdote dejado a sus propias fuerzas*¹.

Pidamos con insistencia y con perseverancia al Corazón Misericordioso del Buen Dios para que nos ayude a ser *evangelizadores con Espíritu, que se abren sin*

1 FRANCISCO, *Homilía en la Misa Crismal*, 17-IV-14

temor a la acción del Espíritu Santo (EG, 259); muy conscientes de que *la Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración* (nº 262) para convertirnos en esa “*levadura*” en el seno de la Trinidad (nº 283)

Mis queridos sacerdotes: desde el Seminario se nos ha enseñado la devoción al Corazón de Jesús; ese corazón traspasado por amor a la Humanidad que es *el manantial al que debemos recurrir para alcanzar el verdadero conocimiento de Jesucristo* y en donde *el corazón humano aprende a conocer el auténtico y único sentido de la vida y de su propio destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a permanecer alejado de ciertas perversiones del corazón, a unir el amor filial a Dios con el amor al prójimo*².

Me encomiendo encarecidamente a vuestras oraciones y os bendigo con afecto.

J. Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Ourense

2 Benedicto XVI, carta sobre el culto al Corazón de Jesús en el 50 aniversario de la Encíclica *Haurietis aquas*, 15-V-2006

DISCURSOS

Charla a los Sacerdotes de los últimos años de ordenación. Casa de Ejercicios “Santa María Nai” de Ourense. 23 de marzo 2014

¡Mis queridos hermanos en el sacerdocio!

¡Gracias!...por haber acudido a este encuentro ¡ lo necesitamos!

Y si sentimos en nuestro interior que esto es una pérdida de tiempo...estad convencidos de que si así pensamos es que de verdad ¡lo necesitamos mucho más de lo que nos imaginamos!

En el último encuentro estuvo con nosotros Mons. Sanz Meneses, obispo de Tarrasa y presidente de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades; creo que ha sido clarificador y, aunque seguro que no nos ha dicho cosas nuevas, nos ha servido...¡cuidémonos de las novedades!

Le he pedido a los Rectores y a los Delegados del Clero que se hagan también presentes porque nuestro encuentro de hoy se centrará en un tema que nos interesa a todos: las vocaciones. Teniendo en cuenta lo que se nos ha dicho el pasado mes, ahora se trata de que esa reflexión la apliquemos a nosotros mismos y a nuestros Seminarios.

En varias ocasiones os he hablado de la creación de esa *cultura vocacional* y la persona clave de esa gestación vocacional es el sacerdote y, me atrevería a decir, ¡el sacerdote joven!

Y esto, no por congraciarme con vosotros, sino por una simple razón: porque el sacerdote joven está cronológicamente más cercano a aquellos que pueden ser candidatos al ministerio ordenado.

Sin embargo, quisiera deciros que para ser esos agentes de pastoral necesitamos tener la presión de nuestra vida interior sacerdotal a buen ritmo. Es por ello que os invito a que reconsideremos nuestro sacerdocio desde esta triple perspectiva:

- Hemos sido llamados
- Hemos sido consagrados
- Hemos sido enviados

LLAMADOS: ¡ Dios no se equivoca!. Después de tantos años, quizás antes del Seminario, bien en el Menor o fuera, cada uno con su estilo hemos meditado en el hecho de que nuestra llamada ha brotado en el corazón de Dios, incluso –puede ser – que nos hayamos revelado contra ella, pero, a pesar de los pesares prevaleció. Dios nos ha llamado y Él no vuelve la mirada hacia otra parte... *Dios no se muda ;no cambia!* Esta verdad tiene que darnos una gran certeza en nuestra vida consagrada; porque su gracia no nos falta: este encuentro es un *encuentro de gracia*.

CONSAGRADOS: por el ministerio de la Iglesia y a través de la imposición de manos del Obispo fuimos consagrados para una misión.

ENVIADOS: como nos dice la Iglesia para participar de la misión salvadora como *cooperadores del orden episcopal*; esto nos exige que debemos luchar por *estar en comunión* y unidos al Obispo como dice San Ignacio de Antioquia: *como las cuerdas a la lira*. Además, hemos sido enviados a una comunidad o comunidades particulares para ser allí el rostro de la Iglesia, para llevarle a Jesucristo.

Esta triple dimensión explica y determina nuestra conducta sacerdotal y nuestro estilo de vida. La consagración que hemos recibido nos debe absorber totalmente, de tal modo que debemos dedicarnos a los demás, totalmente, radicalmente, porque con nuestra ordenación se nos han convertido en instrumentos vivos, no inertes, de la acción de Jesucristo en el mundo y en los hombres y mujeres nuestros contemporáneos. Porque yo no soy sacerdote solo en el culto, ni en mi parroquia y, al pasar los límites de la misma me transformo – me mimetizó en el ambiente – y dejo de ejercer –así se dice coloquialmente – dejo de ejercer como *cura*, como si solo fuésemos unos *funcionarios de lo sacro*; colgamos las vestiduras litúrgicas, nos camuflamos en el ambiente y nos mundanizamos, como nos lo está recordando el papa Francisco. Evidentemente, este estilo de vida, al poco tiempo, termina por fagocitarnos de tal modo que se pierde el encanto de la *llamada*, de la *consagración* y de la *misión*. El sacerdote ejerce y vive un ministerio permanente. Cuando no lo vivimos así, entonces surgen los sucedáneos de nuestra consagración y de nuestra misión.

Hace unos días, en la *Visita ad limina* el Santo Padre y el cardenal Stella, prefecto de la Congregación del Clero, nos presentaron y trazaron las líneas fundamentales de esa *muerte anunciada* que se descubre en algunas existencias sacerdotales, un proceso de ruptura que, por desgracia, no ha pasado en la Iglesia que siguen siendo los llamados *procesos de secularización*.

Tenemos que vivir y dejarnos ayudar para vivir con pasión nuestra vocación y

ministerio. ¡No somos funcionarios! Si solo nos concebimos como funcionarios entonces se entiende el pluriempleo, las prisas en nuestras celebraciones y más en nuestro caso cuando cada *función*. Así nos expresamos habitualmente; entre nosotros decimos y nuestros hermanos laicos nos oyen decir que estamos asistiendo a una función – funcionario - rematada la función se acabó el servicio, el ejercicio de *nuestro ministerio*, nuestra vida sacerdotal.

Si nos situamos en este contexto es cuando podemos comenzar a sentir ¡hondamente! que nuestro *trabajo es una porquería, vaia choio mais cativo o noso!* ... esto dicho despectivamente. Cuando comenzamos a sentir esto es que estamos cayendo en el desencanto, es verdad que esto también sucede con nuestros hermanos casados.

Para vencer esta situación de ánimo que nos afecta a nosotros mismos y termina por empañar todo nuestro entorno, también cualquier proyecto de pastoral vocacional, os invito a que nos preguntemos:

1. ¿Acaso, cuidar mi vida de oración personal y litúrgica no forma parte de mi trabajo? El papa Francisco se lo decía a los sacerdotes italianos el pasado seis de marzo en ese encuentro en el que comenzó pidiéndoles perdón por las calumnias vertidas por algunos eclesiásticos de la Curia Vaticana contra un grupo de sacerdotes de la Diócesis de Roma. Les preguntaba: rezáis por vuestros fieles, pedís por ellos cuando os dicen ¡rece por mí!... ¿lo hacéis?...¿lo hacemos? La oración es omnipotente.
2. Estar al día en los documentos de la Iglesia sobre las cuestiones actuales: bioética, aborto, homosexualidad, problemática acerca del matrimonio, los *lineamenta* del nuevo Sínodo, etc...¿esto, no forma parte de nuestro ministerio?
3. En nuestros encuentros de zona, o de amigos ¿ no se puede estudiar un tema y reflexionar o debatir sobre él, como una especie de *collatio*, o estudios de casos de conciencia, o de temas de teología, aspectos tan clásicos en la formación del clero y en su actualización.
4. ¡Y el archivo parroquial!, ordenado, limpio y puesto al día, ¿no es parte de nuestro trabajo?.
5. ¡Y el arreglo decente de nuestras sacristías! –ayudando o enseñando a algunas señoras para que lo hagan - ¿no forma parte del ejercicio de nuestro sacerdocio?.

6. ¿Y las visitas semanales o frecuentes a los ancianos y enfermos no es una auténtica pastoral familiar! a través de ellos se conoce y trata a hijos y nietos; ellos se convierten en agentes y propagadores de la actividad parroquial y eclesial y con sus oraciones y dolores son agentes de pastoral vocacional.
7. ¿Y la asistencia a la formación permanente, a los retiros de zona, a los encuentros diocesanos!... ¿no forman parte de nuestro trabajo?
8. ¿Y nuestros Ejercicios Espirituales anuales no forman parte de nuestro trabajo?

Podríamos continuar y nos daríamos cuenta de que tenemos un ministerio apasionante y, si todavía nos queda tiempo libre ¿que nos quedará si lo sabemos administrar bien! aún podemos atender la huerta, el jardín, la casa, o ayudar a los vecinos, mientras sois jóvenes como hacían aquellos sacerdotes mayores del pasado que se arremangaban la sotana, o se ponían en mangas de camisa y ayudaban a los vecinos a abrir pistas o a arreglar el entorno del atrio. Tenemos un ministerio, un trabajo apasionante, que si lo vivimos desde sus claves fundamentales LLAMADOS /CONSAGRADOS / ENVIADIOS...recibiremos ya el ciento por uno y nos convertiremos, además, en personas con una vida atractiva que podemos suscitar alguna llamada en esos jóvenes que están hartos de fiestas, marchas ¡y otras cosas! y buscan en nosotros un estilo nuevo, una forma nueva de existencia: Viviendo con coherencia y alegría nos convertiremos así en reclamos vivientes de nuevas vocaciones.

Esto que digo es hoy una realidad en algunas diócesis españolas. Nosotros, si queremos, podemos ser levadura en la masa y hacerlo también en la nuestra.

Y no quisiera concluir mi reflexión sin decir algo que veo que nos afecta y nos está haciendo daño a todos: me refiero a los comentarios, críticas, murmuraciones y falsas interpretaciones de la realidad. En este sentido quisiera recordaros lo que decía el papa Francisco a la Curia Romana el pasado 21 de diciembre de 2013. Leed ese discurso y llevadlo a vuestra oración personal o convertirlo en tema de reflexión en alguno de vuestros encuentros o retiros de zona.

En aquel momento les decía que los sacerdotes y obispos nunca se jubilan como sacerdotes, pero si del cargo, y es justo que sea así para dedicarse *un poco más a la oración y a la cura de almas, comenzando por la suya.*

Después les habló de *profesionalidad y servicio* y a estas dos cualidades añadió una tercera: *santidad de vida*. Y cuando les concreta esa santidad les dice que

tomar en serio la santidad conlleva hacer *objección de conciencia a las habladurías*. Esta debe ser una praxis que debemos corregir en nuestro ambiente pues, como dice Francisco: *por desgracia es la de las chácharas. Así pues, hagamos todos objeción de conciencia; y fíjense ustedes. Que no lo digo solo desde un punto de vista moral. Porque las chácharas dañan la calidad de las personas, dañan la calidad del trabajo y del ambiente.*

Estas palabras de Papa, desde la dinámica de la santidad, se convierten en un motivo de lucha para cada uno de nosotros. No nos olvidemos que como sacerdotes somos los hombres de la VERACIDAD y de la DISCRECIÓN. Nuestros hermanos laicos se fían de nosotros, nos abren sus conciencias, nos manifiestan sus miserias y pecados. Hagamos una gran objeción de conciencia a los dimes y diretes, a ese placer insano de estar pendientes del último comentario; no caigamos en la crítica fácil y luchemos contra la maledicencia. Necesitamos ayudarnos y dejarnos ayudar en este sentido porque podemos hacer mucho daño a la Iglesia, al sacerdocio, al Seminario, en definitiva ¡a las almas!

Esforcémonos por repasar en nuestra oración o lectura meditativa los puntos del *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, y los textos del Papa, y os aseguro que viviremos con mayor ilusión y alegría nuestro ministerio en la Iglesia y viviendo así, con ese tenor de vida haremos la más elocuente y eficaz campaña vocacional.

Pregón de la Semana Santa de Ferrol. 4 de Abril de 2014

Con vuestra licencia Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo, hermano y amigo:

Agradezco en el alma la invitación que me habéis hecho, por medio de Monseñor Sánchez Monge para que, por momentos, abra la memoria de mi corazón a tantas experiencias vividas, con este pregón de la Semana Santa Ferrolana del 2014.

Ante todo, muchísimas gracias.

Permitidme que, en primer lugar, salude a las excelentísimas e ilustrísimas autoridades civiles y militares, al Sr. Alcalde-Presidente de la Corporación Municipal de la ciudad de Ferrol; al Sr. Vicepresidente de la Diputación Provincia de A Coruña, al Muy Ilustre. Sr. Cura-párroco de este bellissimo templo de la concatedral de San Julián que ha sido para mí, durante mis años de estudiante, lugar de oración y de encuentro con el Señor.

A la Ilma. Sra. Presidenta de la Coordinadora de Cofradías.

Señoras y Señores,

Amigos todos.

En este año singular, en el que la Semana Santa Ferrolana ha sido declarada de *Interés Turístico Internacional*, me cumple el honor de ser pregonero de esta efeméride que acontece anualmente desde hace siglos. Cuando, a la vera del río Miño, que por Providencia es mi actual lugar de residencia, escuché la noticia de este reconocimiento que va más allá de nuestras fronteras, vuestra alegría ha sido la mía, pero sentí dolor, os lo confieso, cuándo al día siguiente pude leer algún comentario negativo con el que algunos manifestaban su disconformidad con la distinción concedida y aprovechaban la ocasión para lanzar invectivas contra los desfiles procesionales.

En un país que presume de estar abierto a todas las modas y opiniones, que se precia de su talante democrático, no se entienden esos signos de intolerancia que rayan en el fanatismo o en el insulto, porque, mis queridos amigos, antes de que nosotros existiésemos, ya se procesionaban las imágenes sacras por las calles de nuestra ciudad desde o muelle de Cruxeiras, no Ferrol Vello, hasta el barrio de Esteiro, en donde tiene su sede el santuario de las Angustias.

Pero, nos podemos preguntar si tiene sentido en un país como el nuestro, lleno de contrastes, celebrar en la calle la Semana Santa. Reconozco que para algunos, los desfiles procesionales por nuestras calles constituyen un atentado a la libertad; otros piensan que es un subproducto de tiempos pretéritos, romántica pretensión – dicen – de un pequeño grupo que quiere imponer sus convicciones religiosas. ¡Nada de eso es la Semana Santa Ferrolana y sus procesiones!

Piensan, algunos, que el cristianismo es pura cosmética cultural que, bajo sus apariencias ya no hay nada. Yerran quienes esto afirman. ¡Que bien ha sabido captar Mons. Sánchez Monge –vuestro obispo – la profunda realidad que se esconde tras los desfiles procesionales y todo lo que esto conlleva!, sus reflexiones magistrales, faro iluminador de la piedad popular, han quedado reflejadas en esa carta pastoral sobre *Las cofradías y hermandades penitenciales en el tercer milenio*, del año 2009. Con esta publicación se estudian y analizan los auténticos sentimientos que la Iglesia tiene sobre esta actividad del apostolado laical, situándola dentro del marco de la nueva evangelización en este tercer milenio del cristianismo.

La Semana Santa ferrolana es piedad, historia, cultura, arte y por qué no, también turismo – que supone desarrollo y progreso para un pueblo que está sufriendo en los últimos años graves vicisitudes – ¿acaso se oponen o contradicen estas realidades? Estimo que todo lo contrario, porque todo aquello que afecta a lo más humano del hombre, interesa a la Iglesia porque ella, mejor que nadie, ha sabido descubrir que su camino es el camino del hombre. El auténtico camino de la nueva tarea evangelizadora pasa por el ser humano que se exterioriza, tantas veces, a través de estos signos de piedad y devoción. Arranquémosle al ser humano sus manifestaciones religiosas, tal como pretendieron hacerlo algunas poderosas ideologías decimonónicas, que sembraron tanto dolor en el pasado siglo XX y nos daremos cuenta que lo reduciremos a su propia finitud y contingencia condenándolo a vagar sin sentido por los caminos de este mundo.

Las expresiones religiosas, como lo son las procesiones de Semana Santa, son manifestaciones vivas del sentimiento religioso más profundo del hombre que, a pesar de las modas laicistas excluyentes, o del secularismo libertario siguen emergiendo en nuestra sociedad, y lo hacen como una exigencia radical que brota de lo más íntimo del ser humano, porque la religión no es algo epidérmico o accidental, sino que es esa realidad profunda que está enraizada en el ser del hombre. Todos nosotros, en cuanto que seres humanos, que poseemos una racionalidad determinante, somos religiosos, porque el hombre y la mujer de hoy y de siempre, no es que tenga religión, sino que *es un ser religioso*.

Es precisamente en este hecho radical en donde se funda el sentido último de todas estas manifestaciones populares. Aquellos que tanto hablan de libertades, si pudieran prohibir las procesiones y cualquier otra manifestación externa de los sentimientos religiosos ¡seguro que lo harían en aras de su libertad! violentando gravemente los sentimientos más profundos del ser humano y sin querer queriendo, terminarían atentando contra la misma libertad en cuyo nombre dicen y quieren actuar.

Las manifestaciones religiosas populares del cristianismo, allí donde se implantó la cruz redentora de Jesucristo, no solo dieron comienzo a un proceso de evangelización, sino que también generaron un auténtico proceso de socialización, forjaron orden y desarrollo, creció la vida de los pueblos y se hizo realidad el progreso humano y moral de los ciudadanos. Si queréis ejemplos hay muchos, solo quisiera mencionaros la ingente labor de evangelización del continente americano, de extensos territorios en África, de la labor excepcional de nuestro paisano Fray Rosendo Salvado en Australia. Y si me preguntáis por otras realidades más recientes os mencionaría esas ciudades santuarios que nacieron casi de la nada: Lourdes, Fátima, etc. Sin la presencia del hecho religioso hoy no existirían. La cruz de Cristo y sus diferentes manifestaciones son signo de armonía, plenitud, desarrollo, cultura y auténtico progreso.

Pero, si tuviéramos que buscar una palabra que sintetizase la realidad plástica y devocional que se vivirá, dentro de unos días, en las iglesias y calles ferrolanas, yo diría, sin duda alguna, que la Semana Santa ferrolana es belleza. Porque, quién no se siente sobrecogido ante el sereno dolor de Nuestra Señora de las Angustias o de los Desamparados, o al contemplar aquella imagen de la Virgen de la Luz, o de Nuestra Señora de los Cautivos, a la que de niños le llamábamos la Virgen Blanca, o ante la mirada de la Soledad o al descubrir las lágrimas de la Virgen de los Dolores. Quién no se siente emocionado ante el Cristo de la Paciencia, o ante el paso sobrio y solemne del Santo Entierro.

“*La belleza nos salvará*” afirmó con fuerza el gran Dostoievsky. Solo esa belleza redentora del Crucificado-Resucitado nos puede redimir de nuestras mediocridades. Necesitamos recuperar, también en y por nuestras calles, el sentido auténtico de la belleza. Las procesiones de Semana Santa no son manifestaciones prepotentes de lo católico, sino que son una auténtica necesidad del ser religioso de muchos ciudadanos y también quieren ser una llamada interior para que aquellos que, contemplando el desfile de los pasos, puedan recorrer ese camino que les ayuda a encontrarse con ellos mismos y con Dios, belleza infinita, que por un designio de su benevolencia se escondió en las realidades bellas de la naturaleza,

sobre todo en el rostro del ser humano, convirtiéndose así en modelo inspirador de las sagradas imágenes.

Porque la belleza no es un fin en sí misma, es necesario armonizar la *belleza con la bondad*, de ahí que casi todas las Cofradías, cuando viven con autenticidad lo que procesionan por las calles, siempre son talleres de generosa solidaridad; y no solo eso, sino que también es necesario armonizar la *belleza con la piedad*, convirtiéndose estas Hermandades en escuelas de santidad de vida.

Siempre ha existido una estrecha relación entre la belleza y la fe, ésta se ha convertido a lo largo de la milenaria historia de la cultura occidental en un camino, no solo para contemplar la realidad bella, sino también para plasmarla. No hay más que visitar los grandes museos para darnos cuenta de la ingente cantidad de obras de arte inspiradas por los misterios salvadores del cristianismo.

Vosotros, los que formáis parte de las Cofradías, debéis ser conscientes de que no solo exteriorizáis algunos misterios de la Redención Humana, sino que manifestáis por las calles la fe que poseéis en vuestros corazones, de ahí que si a este acto externo le sumáis esa lucha por vivir en gracia de Dios, es decir, en sintonía total con el querer de Nuestro Señor Jesucristo, entonces vuestras bellísimas y piadosas imágenes, el orden y la música procesional, todo, absolutamente todo ¡hasta el sacrificio más pequeño! se convertirá en una ocasión de conversión para aquellos, que como simples espectadores de lo sacro, contemplan ajenos el desfile de vuestro paso de devoción, y se sienten fascinados por la serena belleza de lo que contemplan.

Sabemos bien que no es fácil alcanzar la belleza si no existe fe en ese Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, auténtico creador de la verdadera y eterna belleza, por eso es muy importante no convertir nuestras procesiones en simples desfiles, similares a aquellos que recorren las rúas de nuestras villas y ciudades en días previos al comienzo de la Cuaresma. Solo la auténtica belleza impresiona y fascina el corazón del hombre, porque se convierte en una terapia que restaura el corazón herido y, si se cuida, es camino de conversión que abre el ser del hombre a algo fascinante, diferente, distinto y misterioso que lo proyecta hacia aquello que está por llegar y es causa de plenitud. La belleza así entendida se convierte en un camino de esperanza para el hombre se lance más allá de las fronteras de su propio ser, tantas veces roto por los problemas y las dificultades del vivir cotidiano, dándole una perspectiva nueva en su existencia.

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que el cristianismo es más que un puro sentimiento transitorio, o una manifestación estética, o una reacción externa a una

serie de costumbres aprendidas desde la infancia. El cristianismo es vida y, por consiguiente, no se puede aherrojar en un espacio y en un tiempo determinado – no se puede encerrar en las sacristías - al igual que no se pueden robar las ansias de libertad y la sed de amor que posee el corazón humano aunque se le pretenda encarcelar o prohibir sus manifestaciones. La vida supera todos los esquemas, rompe cualquier tipo de formulismos, por eso el Cristianismo es cuestión de fidelidad, de entrega, de tolerancia, de amor, de heroísmo, de martirio. El cristianismo es vida y por eso también encuentra su lugar de expresión en las plazas y calles de nuestras villas y ciudades en donde discurren las actividades ordinarias de sus ciudadanos.

No se es cristiano porque uno haya tomado la determinación de realizar en su vida un proyecto ético interesante, ni por haberse dejado atrapar por una noble idea, sino que se es cristiano por puro don, por puro regalo de un Dios que se ha hecho presente en nuestra vida, que se quiso encontrar con nosotros a través de una persona: la adorable persona de Nuestro Señor Jesucristo.

Hoy, este Dios con nosotros que asumió nuestra humanidad, que se nos hizo presente a través del rostro de Jesús, para muchos de nuestros conciudadanos, en el silencio de su corazón, en donde se encierra todo el misterio fecundo de su vida, se puede hacer presente a través de las imágenes de cristos y dolorosas que procesionarán por nuestras calles.

Las procesiones de nuestra Semana Santa no solo son un desfile ordenado de cofrades y penitentes acompañando esas hermosas y veneradas imágenes, algunas de ellas cargadas de historia y de arte ¡son mucho más! Son una catequesis viviente, una evangelización a través de la belleza. Para muchos niños y jóvenes, hombres y mujeres los desfiles procesionales son la única ocasión que tienen para encontrarse con una imagen de esa realidad de lo divino que hace elocuente, a través de estas realidades plásticas, el misterio de esa dimensión de trascendencia que se encuentra como anhelo profundo en todo ser humano y que algunos pretenden ahogar con sus silencios y prohibiciones. Se olvidan, con frecuencia, que el hombre es tanto más libre y feliz cuanto más se abre a esa dimensión de eternidad que se esconde en lo más íntimo de su corazón.

Entre mis recuerdos de adolescente quedó grabado aquel encuentro que tuve con aquella venerable imagen del Santísimo Cristo de los Navegantes - creo que era un Miércoles Santo- ¡Cuántas veces delante de la imagen del Santo Cristo de la catedral ourensana se hacen vivos aquellos recuerdos de mi juventud y de esta ciudad!, puede existir algún corazón, por duro o insensible que sea, que no se estremezca ante la mirada del Señor de los Navegantes ¡Cuántas plegarias! ¡Cuán-

tas lagrimas contenidas! ¡Cuánta fe, sencilla y pobre, pequeña y humilde queda recogida en esas miradas de tantos hombres y mujeres, niños y ancianos ante el paso de esta antiquísima imagen, cuya historia nos lleva a las entrañas mismas del Ferrol marinero que todos recordamos y hemos vivido. Para mí, sería interminable el recorrido por las bellas imágenes de las procesiones de Ferrol, antiguas y modernas. Y, al llevar tanto tiempo sin poder asistir a vuestros desfiles procesionales, correría el riesgo de ser parcial e injusto con tanta piedad y belleza.

Basta tan solo abrir nuestra mirada ante la tierna belleza de Nuestra Señora de la Soledad. Permittedme que aluda a esta imagen tan entrañable que se guarda en el barroco altar de la capilla de la Orden Tercera, lugar este frecuentado por mí y por tantos otros jóvenes donde surgió aquella Banda de granaderos, con la finalidad de acompañar los pasos que allí tenían y siguen teniendo su estación de penitencia. Con qué ilusión se preparaba la procesión del Sábado Santo. Aquellos muchachos, cuando se realizaban los cultos del Triduo Pascual, en el atardecer del Jueves Santo, participaban y cantaban en la Misa en la Cena del Señor y después velaban por turnos al Santísimo en el monumento ¡cuántos momentos de gracia! Y, cuántas veces, los llamados agentes de pastoral desaprovechamos tantas ocasiones de gracia y no hemos sabido ayudar a los jóvenes a encontrarse con Jesucristo, a través de los sacramentos, es decir, a encontrarse con la gracia del Señor Resucitado.

En algunos lugares de nuestra España, al igual que aquí, en torno a las hermandades y cofradías se encuentra mucha gente joven que busca algo más de lo que se le ofrece cotidianamente, de ahí que es necesario apoyar y encauzar esos ámbitos de apostolado laical y convertirlos en lo que deben ser: espacios de evangelización. Los resultados de la apuesta por estos *areópagos especiales* no se hicieron esperar y de entre los cofrades jóvenes han surgido vocaciones al ministerio sacerdotal, a la vida religiosa, misionera y monástica, porque Dios sigue llamando, solo espera que el corazón de los niños y de los jóvenes encuentren el marco adecuado que le deje sentir esa llamada y, en ocasiones, las cofradías y hermandades son ese humus vocacional que no debemos descuidar.

Os invito mis queridos amigos y amigas a que convirtáis esta Semana Santa en un gran momento contemplativo. Creedme que os sentiréis curados en vuestro interior. ¡Contemplad la imagen de la Virgen de los Dolores! Todavía recuerdo con religioso estremecimiento aquel día de la Semana Santa de 1968, cuando se recogía la imagen en la parroquia de Dolores, sede de la cofradía de su nombre, cuando una mujer de entre la multitud entonó aquel ¡Salve Madre...! que inmediatamente fue seguido por la multitud y aquella plaza de Amboaje se convirtió en un clamor de piedad mariana.

Jamás podré olvidarme de aquellos pasos de la tarde del Jueves Santo que eran procesionados por la Pontificia, Real e Ilustre Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias. Aquella talla impresionante del Cristo de la Misericordia y, sobre todo la composición estética de la Virgen de las Angustias que era todo un derroche de ternura y de misericordia que parecía decirnos, sin ruido de palabras: *¡Ved si hay dolor como mi dolor!*

La tarde del Viernes Santo se centraba en esta concatedral de San Julián. Finalizada la Liturgia de la Cruz salía la procesión del Santo Entierro; eran momentos de emoción contenida. Todavía hoy, a pesar del paso de los años, me parece percibir en medio del silencio el sonido acompasado que producían las horquillas que llevaban los cofrades.

Pero, algo faltaba a las procesiones ferrolanas para ser expresión plástica de los misterios de la Redención, porque después de aquella sobria procesión de la Caridad y del Silencio, que se acercaba hasta el Hospital de Caridad, concluían sus manifestaciones. Sin embargo, he podido comprobar que los organizadores tuvieron la feliz idea de recuperar la procesión de la Resurrección en la mañana del Domingo de Pascua, Día Santo por excelencia en la vida del cristiano, prolongación del mismo es nuestra celebración gozosa del domingo, el Día del Señor. Mis queridos amigos y amigos, podría continuar con la expresión de mis sentimientos, pero ha llegado el momento de concluir.

La Semana Santa ferrolana es obra de muchos corazones. Su realización plástica supone una conjunción de esfuerzos por parte de las cofradías: Angustias, Dolores, Merced, Santo Entierro, Orden Tercera. Pero no os olvidéis que el éxito de la Semana Santa sois todos: Obispado, consiliarios, cofrades, autoridades ¡todos vosotros amigos míos! Que sois la expresión más viva y auténtica del pueblo ferrolano. Vosotros constituís el alma de su Semana Santa, sin vosotros, sin vuestra piedad y sin vuestro compromiso esto no tendría sentido. Que esta unión por una causa tan hermosa os ayude a llevar a cabo lo que el papa Francisco nos ha dicho en su reciente exhortación apostólica *Evangelii gaudium: el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo* (nº 122) y una de esas formas populares de evangelización es vuestra Semana Santa. Que todo lo que vivís con ilusión y celebráis con pasión os ayude a convertirlos en esos *discípulos misioneros* que la Iglesia y el mundo de hoy necesitan.

¡He dicho!

+ J. Leonardo Lemos Montanet. Bispo de Ourense

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

Abril

Semana Santa: una semana muy especial

Justo a mitad del mes de abril vamos a celebrar la Semana Santa. Para los hijos e hijas de la Iglesia es un momento muy especial. A pesar de encontrarnos inmersos en una sociedad cada vez más escéptica y laicizada, donde los sentimientos religiosos parece que debemos esconderlos, durante estos días, en el ambiente de nuestros pueblos y villas, también en la capital de la Diócesis, parece que se respira de otra manera. Esta Semana grande es muy importante porque en ella celebramos la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, Redentor de toda la humanidad.

Os ruego cordialmente que aprovechéis todos los actos que se os ofrezcan desde los diferentes centros de encuentro pastoral. No nos resulta posible atender las 735 parroquias de nuestra Diócesis, sé que lo comprenderéis, aunque con dolor. Mi deseo sería que en todas las comunidades eclesiales pudiérais tener alguna actividad religiosa, aunque no pueda estar presente vuestro sacerdote. Abrid vuestros templos. Adorad al Señor en la Eucaristía. Reuníos para hacer el *Vía Crucis* y, si no podéis tener los oficios del Triduo Pascual, porque no pueden atenderos los sacerdotes, os ruego que vayáis a vuestra iglesia parroquial, sobre todo en la tarde del Jueves y Viernes Santos, y uno de los catequistas, o cualquier otra persona que tenga sensibilidad religiosa, que lea en voz alta el Misal y el leccionario con la liturgia de esos días. Organizad un tiempo de adoración eucarística en la tarde del Jueves Santo; acordaos en ese día de rezar mucho por la santidad de los sacerdotes y pedid para que el Dueño de la mies nos mande vocaciones para el ministerio sacerdotal. El Viernes Santo, contemplad la imagen del curcificado que estoy seguro que tendréis en vuestras hermosas iglesias, recordad las estaciones del *Vía Crucis* y, si podéis, a través de la televisión, seguid los servicios litúrgicos de ese día.

No os podéis imaginar cómo me acuerdo de aquellas comunidades que no pueden ser atendidas como yo quisiera y vosotros merecéis, pero las necesidades son muchas. Os ruego que acojáis las iniciativas de vuestros sacerdotes a la hora de programar las actividades religiosas: Misas, celebraciones penitenciales, oficios de Semana Santa, procesiones... No os dejéis llevar de particularismos y no caigáis en la tentación de pensar que solo debéis asistir a los actos que se organicen

en vuestra parroquia, negándoos a asistir a los que se celebran en las vecinas. Todos somos hijos de la Iglesia Católica que se reúne para celebrar los divinos misterios. ¡Ayudad a vuestros sacerdotes! Estad cercanos a ellos y atended con especial cariño a los que ya son mayores.

Los días de Semana Santa son una ocasión propicia para abrir nuestro corazón a la gracia, preparando una buena confesión y acercándonos a la comunión con un espíritu humilde. En la medida de vuestras posibilidades, ayudad a vuestros hijos, nietos y amigos a que se acerquen a los sacramentos. Esto nos lo está pidiendo el Papa Francisco con su cariñosa insistencia y con toda la ternura del corazón de un padre que quiere para todos lo mejor, es decir, ¡que seamos más de Jesucristo! Todos estos ejercicios buscan que nos unamos en un mismo canto pascual. Ese aleluya de la resurrección debe ser nuestro grito victorioso contra todo signo de maldad, de pecado y de muerte, porque el cristianismo es la religión de la Vida y del Amor.

Os deseo lo mejor para estas últimas semanas de Cuaresma; dad un pequeño salto de calidad cristiana en vuestra vida y, seguro, la alegría de la Pascua del Resucitado os llenará con su plenitud. Con afecto os bendice:

J. Leonardo Lemos Montanet. Bispo de Ourense

Mayo

María, Madre de la Iglesia

Iniciamos este mes de mayo, mes de María, y sentimos los ecos inolvidables de la canonización de los papas Juan XXIII y Juan Pablo II. Ha sido un espectáculo que ha cautivado a propios y extraños. Una multitud incontable dando gracias a Dios porque en la Iglesia nos ha concedido la presencia de estos gigantes de la santidad en lo ordinario.

En una sociedad tan pagada de sí misma que juzga con dureza a los hombres que prestan servicio jerárquico a esta Iglesia, que se reconoce a sí misma santa, pero también necesitada de purificación y perdón, el reconocer públicamente la santidad de estos dos papas tan diferentes y, al mismo tiempo, tan iguales en san-

tividad de vida, nos ayuda a descubrir que el Señor nos acompaña y que los poderes del infierno no prevalecen contra ella.

Tanto el *papa Juan* como Juan Pablo, fueron dos pontífices muy marianos. Del primero recordamos su piedad mariana, que fue puesta de relieve a lo largo de su ministerio, tanto de sacerdote como de obispo, patriarca y papa. De Juan Pablo II, en cuyo escudo papal está representada María, de la que se consideraba todo suyo, “Totus Tuus” y mandó colocar un mosaico de María, Mater Ecclesial, en la misma plaza de San Pedro.

El reconocimiento de su santidad de vida traerá muchos bienes a la Iglesia y a ellos les encomiendo los Seminarios diocesanos y la santidad de nuestros sacerdotes, elementos fundamentales en esta tarea de la nueva evangelización.

En una Diócesis tan mariana como la nuestra, la devoción a los santos papas Juan y Juan Pablo será un gran reto para renovar nuestras vidas cristianas. Consciente de ello, secundado por el Cabildo de la Catedral de San Martiño, abriremos el culto a estos santos papas en un lugar destacado de nuestra *iglesia Madre*. Que ellos y la santísima Virgen, en este mes de mayo, en el que celebraremos la Novena de Fátima, de María Auxiliadora y del Santo Cristo, nos ayuden en este proyecto pastoral que estamos comenzando y que conocemos como **Ourense en misión**.

Que todo esto sea para que tantos hombres y mujeres de nuestro pueblo, que habiendo recibido el Bautismo, se han alejado del Señor y de su Iglesia, se reen cuentren con su camino, que es Jesucristo, el Hijo de Dios y de Santa María. Os bendice:

J. Leonardo Lemos Montanet. Bispo de Ourense

Junio

Conversión misionera

El mes de junio encierra en sí muchos significados. Por una parte, los más jóvenes se encuentran enfrentándose a las evaluaciones finales y a los exámenes

previos a las vacaciones estivales. En otros lugares se hacen realidad las procesiones y actos eucarísticos, así como las primeras comuniones y la recepción de la confirmación. Para los hermanos mayores es el mes del Sagrado Corazón. ¡Y muchas cosas más!

Sin embargo, a través de estas letras, quisiera invitaros a que participaraís en la programación diocesana de pastoral que, como siembre, celebraremos en el santuario de Los Milagros a finales de este mes. En esta ocasión, alentados por el papa Francisco, os invito a que abráis vuestro corazón a ese proyecto pastoral que hemos denominado **Ourense en Misión**. Nuestra Iglesia particular está llamada a una conversión misionera, esto quiere decir que nuestra Diócesis, y nosotros formando parte de ella, somos el sujeto primario de la evangelización.

Al recorrer la geografía diocesana y al descubrir las riquezas espirituales y artísticas de tantos de nuestros pueblos, me doy cuenta de lo mucho que han hecho nuestros predecesores -a los que debemos tanto- pero, al escucharos, veo que, como dice el papa, necesitamos, urgentemente, implicarnos en una nueva tarea evangelizadora.

También en nuestra Diócesis descubrimos esas periferias existenciales reflejadas en los rostros de tantos niños y jóvenes, personas maduras y ancianos que, habiendo nacido en el seno de la Iglesia y celebrando los ritos sacramentales de la iniciación cristiana, nos damos cuenta de que en su estilo de vida personal, familiar y social, sus comportamientos no van de acuerdo con los criterios claros y definidos de una correcta evangelización. Sí, se han quedado en aspectos muy secundarios del cristianismo, pero que, por sí solos, no manifiestan el corazón del mensaje de Jesucristo. Hoy se nos invita a ser audaces y creativos, no podemos quedar anquilosados en estos criterios que nos están empobreciendo y, aunque nos damos cuenta, seguimos por una cierta inercia, ¡siempre se hizo así!, con una fe individualista e interesada que, la mayor parte de las veces, se centra en esos momentos que alguien ha definido como la pastoral de las cuatro estaciones: se va a la Iglesia para recibir el rito del Bautismo, se frecuenta la catequesis para la Primera Comunión, se hacen los cursillos para hacer la boda en la Iglesia y, por último, un buen funeral, a ser posible con muchos curas.

Algunos podrían pensar que decir esto supone censurar unas buenas costumbres, sin embargo, sólo se constata un hecho sociológico, un tanto generalizado. Sin embargo, a la luz de la primera exhortación apostólica del papa Francisco, es necesario hacer llegar a todos los agentes de pastoral de nuestra Diócesis que es urgente que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para

avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están (EG n°25), porque mientras seguimos instalados en nuestras pastorales, se nos van de la Iglesia las nuevas generaciones proque con solo *ritos* y muchos sin sentido, o con una falta de catequesis, estamos ocultando el anuncio del corazón del Evangelio de Jesús, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario (EG, n°34).

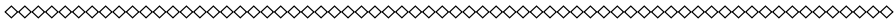
Ourense en misión es una invitación a todos los hombres y mujeres que viven su fe en Jesucristo y que, como peregrinos de esta fe viven en estas tierras. La Iglesia en Ourense nos lanza un reto que hay que entender en clave de misión, porque se trata de abandonar el cómodo criterio pastoral del *siempre se ha hecho así* y buscar un camino más audaz y creativo que nos lleve a repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades (EG. n°33) para hacer realidad que solo la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que encuentran a Jesús, que es la tarea más importante que se propone la pastoral de la Iglesia: encontrarse con Jesucristo, seguirlo y amarlo. Todo lo demás es bueno y sirve si nos ayuda en este camino, si solo es un signo más del consumismo espiritual que nace y muere en los intereses de individuos concretos, para satisfacer gustos, antojos o supuestas costumbres antiguas, y no les lleva a Jesucristo, no sirve y es necesario, con paciencia y delicadeza -pero sin demoras- convertirlo, abrirlo a la luz del Evangelio.

Os invito a que seáis partícipes en estas jornadas en Los Milagros porque en ellas se toma el pulso de nuestra Iglesia particular y se elaboran los criterios necesarios para llevar a cabo una pastoral de misión. Os bendice:

J. Leonardo Lemos Montanet. Bispo de Ourense



IGLESIA DIOCESANA



VICARÍA GENERAL

DECRETO POR EL QUE SE ESTABLECE LA TABLA DE OFRENDAS Y TASAS PARA LAS PARROQUIAS DE NUESTRAS DIÓCESIS

El Concilio Vaticano II, recogiendo una larga y rica tradición, define a la Iglesia como misterio de comunión y comunidad para la misión. La Iglesia, pues, se comprende desde el misterio de Dios que define su verdadera identidad.

En esta Iglesia, *pueblo de Dios*, por el sacramento del Bautismo y de la Confirmación, todos estamos convocados a ser miembros activos y corresponsables en su vida y en su misión.

Para llevar a cabo la misión evangelizadora y pastoral encomendada por Jesucristo, la Iglesia necesita, además de personas vocacionadas, creyentes dispuestos a ofrecer generosamente su tiempo y sus capacidades, sin lo cual esta misión resultaría difícil.

No caben, por tanto, actitudes ni costumbres en las que unos, los ministros, asuman su responsabilidad en exclusiva de colaborar y servir a la comunidad cristiana, y otros, la mayoría del pueblo cristiano, sean sólo sus beneficiarios sin ejercer el deber de cooperar en sus necesidades, de modo que se disponga de lo necesario para el culto divino, las obras apostólicas y de caridad, y el digno sustento de sus ministros. Todo ello realizado en el espíritu evangélico de una verdadera comunicación de bienes.

Dentro de la Iglesia diocesana, la Parroquia, que es *la que vive en medio de las casas de sus hijos e hijas*, a pesar de las dificultades actuales, sigue siendo para los fieles ámbito de pertenencia y referencia, lugar habitual de la iniciación, formación y vivencia de la fe y de la caridad, y espacio de encuentro y celebración de los sacramentos.

Con el objeto de orientar en el ejercicio de esta corresponsabilidad y al mismo tiempo poner al día la Tabla de las Ofrendas y Tasas, ya que desde el año 2002 no se han actualizado sus bases, con lo que se ha producido un importante desajuste, por el presente, a tenor del c. 952 y 1264, con sus concordantes,

DECRETAMOS, para las diócesis de nuestra Provincia Eclesiástica de Santiago de Compostela la Tabla de las Ofrendas que han de hacerse con ocasión de la administración de los Sacramentos y Sacramentales y de las Tasas que figuran en

el ANEXO I que forma parte del presente Decreto y sus criterios de aplicación, disponiendo la entrada en vigor el 1 de Marzo de 2014.

Dado en Santiago de Compostela, a 20 de Enero de 2014.

+*Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela.*

+*Luis Quinteiro Fiuza, Obispo de Tui-Vigo.*

+*Manuel Sánchez Monge, Obispo de Mondoñedo-Ferrol.*

+*Alfonso Carrasco Rouco, Obispo de Lugo.*

+*J. Leonardo Lemos Montanet, Obispo de Ourense.*

ANEXO 1

Los Excmos. y Rvdmos. Srs. Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago de Compostela en asamblea ordinaria el día 19 de noviembre de 2013, han determinado a tenor de los cc. 952 y 1264, con sus concordantes, la siguiente actualización de la Tabla de Ofrendas parroquiales y Tasas Administrativas.

TABLA DE OFRENDAS PARROQUIALES

CONCEPTO	ESTIPENDIO
1º Celebración de la Santa Misa	
Estipendio manual	10,00 €
Novenario de Misas	98,00 €
Misas Gregorianas	320,00 €
<i>Misas Solemnnes</i>	
Asistencia	30,00 €
Asistencia y aplicación de la Santa Misa.....	40,00 €
Sacristán.....	25,00 €
Derechos de fábrica	25,00 €
2º Celebración de Exequias y Aniversarios	
Levantamiento y conducción del cadáver.....	20,00 €
Sólo levantamiento del cadáver.....	15,00 €
Asistencia al acto fúnebre.....	30,00 €
Asistencia y aplicación de la Santa Misa.....	40,00 €
Sacristán.....	25,00 €

Derechos de fábrica 25,00 €

3º Celebración del Matrimonio

Preparación del expediente completo..... 20,00 €

Preparación del medio expediente 10,00 €

Asistencia al matrimonio 30,00 €

Asistencia y aplicación de la Santa Misa..... 40,00 €

Sacristán..... 25,00 €

Celebración del matrimonio en otra parroquia de las no contempladas en el c. 115 del CIC..... 35,00 €

4º Diligencias administrativas

Certificaciones..... 5,00 €

ANEXO 2

INDICACIONES PASTORALES Y CRITERIOS DE APLICACIÓN

1. Para poder llevar a cabo su misión pastoral y evangelizadora en cada comunidad parroquial, la Iglesia necesita de medios económicos que han de provenir de los miembros de la misma comunidad.
2. La Tabla que se adjunta señala los servicios por los que se podrá solicitar la aportación de ofrendas y tasas por parte de los fieles, y su tope máximo, única para toda la Provincia Eclesiástica de Santiago de Compostela. Se urge a los sacerdotes el fiel cumplimiento de las disposiciones litúrgicas y canónicas.
3. Cuando las familias o las empresas funerarias soliciten del párroco o del sacerdote encargado un recibo o justificante de las cantidades percibidas por los servicios, se hará sólo de acuerdo con los conceptos que constan en esta Tabla.
4. Recordando el principio tradicional canónico, que sigue inspirando y animando la atención pastoral de la Iglesia, los servicios serán gratuitos para aquellos fieles que no podrán satisfacer estas ofrendas regladas.
5. Desde hace tiempo se viene sugiriendo y llevando a cabo una pastoral que

sustituya el sistema de aranceles y ofrendas con otras formas de colaboración económica de los fieles, más acorde con el espíritu de fraternidad y comunión eclesial de bienes que debe animar la vida de la Iglesia.

6. Es de desear, por tanto, que los Consejos de Asuntos Económicos parroquiales o interparroquiales en el ejercicio de su corresponsabilidad, concreten fórmulas de colaboración económica voluntaria de los fieles para el sostenimiento de la Iglesia, desconectándolos de determinados actos de culto.
7. En todo caso, tanto en la celebración litúrgica como en cualquier otro servicio que se preste a los fieles, se ha de evitar todo afán o especulación lucrativa, predominando la dignidad del culto y el espíritu de servicio a la comunidad.
8. El contenido de la Tabla adjunta y estas indicaciones pastorales han de estar fácilmente accesibles a los fieles para su conocimiento y consulta.

ACTUALIZACIÓN DE TASAS Y OFRENDAS ADMINISTRATIVAS

NOS EL DR. D. JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE OURENSE

En conformidad con lo acordado por los Excmos. y Rvdmos. Sres. Arzobispo y Obispos de nuestra Provincia Eclesiástica, a tenor de los cc. 952 § 1 y 1264, 2º, por la presente SE DECRETA la entrada en vigor, a partir del 1 de marzo de 2014, de la actualización del estipendio que debe ofrecerse por la celebración de la Santa Misa, de las ofrendas que han de hacerse con ocasión de la administración de los Sacramentos y Sacramentales, así como las tasas administrativas, quedando establecidos del modo siguiente y que habrán de ser aplicados según las indicaciones pastorales contenidas en el anexo,

TABLA DE OFRENDAS PARROQUIALES

CONCEPTO

ESTIPENDIO

1º Celebración de la Santa Misa

Estipendio manual	10,00 €
Novenario de Misas	98,00 €

Misas Gregorianas	320,00 €
<i>Misas Solemnes</i>	
Asistencia	30,00 €
Asistencia y aplicación de la Santa Misa.....	40,00 €
Sacristán.....	25,00 €
Derechos de fábrica	25,00 €

2º Celebración de Exequias y Aniversarios

Levantamiento y conducción del cadáver.....	20,00 €
Sólo levantamiento del cadáver.....	15,00 €
Asistencia al acto fúnebre.....	30,00 €
Asistencia y aplicación de la Santa Misa.....	40,00 €
Sacristán.....	25,00 €
Derechos de fábrica	25,00 €

3º Celebración del Matrimonio

Preparación del expediente completo.....	20,00 €
Preparación del medio expediente	10,00 €
Asistencia al matrimonio	30,00 €
Asistencia y aplicación de la Santa Misa.....	40,00 €
Sacristán.....	25,00 €
Celebración del matrimonio en otra parroquia de las no contempladas en el c. 115 del CIC.....	35,00 €

4º Diligencias administrativas

Certificaciones.....	5,00 €
----------------------	--------

En consecuencia, a tenor de las facultades que nos otorga el c. 1308 § 3, a partir del 1 de marzo de 2014, reducimos el número de Misas que han de celebrarse en cumplimiento de legados, fundaciones o de otros títulos ajustándose al estipendio señalado en este Decreto.

Dado en Ourense, a 28 de febrero de 2014

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Ourense

Por mandato de S. E. Rvdma.
Manuel Emilio Rodríguez Álvarez
Canciller Secretario

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

El Sr. Obispo ha tenido a bien realizar los siguientes nombramientos:

Con fecha **7 de abril de 2014**:

- Delegado Episcopal de Pastoral Penitenciaria en la persona del **Rvdo. Sr. D. Manuel Pérez González**.

Con fecha **13 de mayo de 2014**, ha designado la comisión preparatoria del Año Mariano, convocado con motivo de la 50 aniversario de la coronación canónica de la imagen de Nuestra Señora de los Milagros, que queda constituida por las siguientes personas:

Ilmo. Sr. D. José Pérez Domínguez, *Vicario de Pastoral*,

Ilmo. Sr. D. Francisco José Prieto Fernández, *Vicario para la Nueva Evangelización*,

Rvdo. P. Eladio Gómez Barrio, C.M., *Rector del Santuario de los Milagros*,

Ilmo. Sr. D. José Antonio Gil Sousa, *Director del Instituto Teológico “Divino Maestro”*,

Rvdo. Sr. D. Francisco Pernas de Dios, *Párroco de Santiago de As Caldas*,

Dña. Cristina Rodríguez López, *de la Secretaría Episcopal de Comunicación*.

Con fecha **27 de junio de 2014**:

- **Rvdo. Sr. D. Jorge Eugenio Estévez Álvarez**, *Párroco de la Asunción de Nuestra Señora por 6 años*.
- Queda configurada la **Unidad de Atención Parroquial de Verín** con las

siguientes parroquias y sacerdotes encargados,

PARROQUIAS: *San Salvador de Cabreiroá, Santa María de Castrelo do Val San Mamede de Estevesiños, Santa María de Monterrei, San Salvador de Nocedo do Val, San Vicente de Pepín, San Pedro de Queizás, Santa María de A Rasela, Santa María de Retorta, Santa Cristina de Tintores, Santa Baia de Vences, Santa María la Mayor de Verín, Santiago de Vilamaior do Val, Santuario de los Remedios de Vilamaior.*

SACERDOTES: **Rvdo. Sr. D. Alejandro Delgado Arce, Rvdo. Sr. D. Óscar Martínez Caamaño** (moderador de la Unidad de Atención Parroquial) y **Rvdo. Sr. D. David Justo Rodríguez.**

- **Rvdo. Sr. D. Carlos González Prieto,** *Párroco de San Ildelfonso de San Cibrao de As Viñas y Administrador parroquial de San Andrés de Rante.*
- **Rvdo. Sr. D. Manuel Cid Cid,** *Administrador parroquial de Santa María de Xunqueira, de Espadañedo, Santa Mariña de Asadur, y Santiago de A Costa.*
- **Rvdo. Sr. D. Alberto López Vázquez,** *Vicesecretario de la Delegación Episcopal de Economía y Administrador parroquial de Santa María de Laroá y San Cibrao de Nocedo.*
- **Rvdo. Sr. D. José Manuel Sobrino Fernández,** *Administrador parroquial de San Salvador de Riofreixo (Sarreaus).*
- **Rvdo. Sr. D. Néstor Álvarez Rodríguez,** *Administrador parroquial de Santiago de Rubiás dos Mixtos, San Lorenzo de Tosende, y San Paio de Abades.*
- **Rvdo. Sr. D. Jonatán Pousada Álvarez,** *Administrador parroquial de San Juan de Randín, Santa Eulalia de Maus de Salas, Santiago de Requiás, y Santa Mariña de Rioseco.*

Decreto de creación de la UNIDAD DE ATENCIÓN PARROQUIAL DE VERÍN:



LEONARDO LEMOS MONTANET
BISPO DE OURENSE

1

**NOS, EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE OURENSE**

DECRETO

Hacemos saber que la Santa Iglesia, Madre y Maestra, ha sabido adaptarse a las circunstancias de los tiempos y lugares para hacer más viva y eficaz la presencia del Evangelio de Jesucristo en medio del Pueblo. De todos es sabido que, en los últimos años, ante la movilidad de nuestras gentes, el descenso de población en los núcleos rurales y su aumento en los barrios de villas y ciudades, así como la escasez de sacerdotes, se ha iniciado en algunas de las Iglesias hermanas, un proceso pastoral con el fin de crear zonas pastorales especiales a las que se les ha denominado *Unidades de acción pastoral* o bien, *Unidades de atención parroquial* (UaP).

Buscando el bien de nuestro Pueblo, y preocupado por el ejercicio del ministerio que puedan desempeñar nuestros sacerdotes, vengo en crear y, por el presente se crea la **UNIDAD DE ATENCIÓN PARROQUIAL DE VERÍN**.

Esta nueva configuración pastoral estará constituida por los siguientes elementos:

UaP y EQUIPO SACERDOTAL

Una zona geográfica formada por un conjunto de parroquias limítrofes, en las que se vienen realizando una serie de actividades en común y poseen una misma estructura pastoral.

2. La UaP no goza de personalidad jurídica propia y la constitución o modificación futura de la misma no alterará el estatuto jurídico de las parroquias actualmente existentes.

3. Un Equipo sacerdotal ejercerá el ministerio sobre las parroquias que están determinadas por este decreto y que, como se establece en el punto anterior, no quedan extinguidas sino que continúan manteniendo su personalidad jurídica a todos los efectos (c. 515 § 3). Este *Equipo sacerdotal de Verín*¹ desempeñará *solidariamente* el ministerio pastoral (c. 517 § 1) sobre todas y cada una de las parroquias de la unidad.

4. A tenor del c. 543, cada uno de los sacerdotes que forman el Equipo sacerdotal de Verín tiene la obligación de desempeñar las funciones que el derecho atribuye a los párrocos

¹ Cf. CONGREGACION PARA LOS OBISPOS, *Directorio para el ministerio pastoral de los obispos*, LEV, 2004, nº 215, c.

(cc. 528-530) respecto a todas las parroquias encomendadas. La facultad de asistir a los matrimonios, así como todas las demás que el derecho concede al párroco, competen a todos ellos, pero deben ejercerse bajo la dirección del Moderador y teniendo siempre en cuenta que en los negocios jurídicos, únicamente el Moderador representa a las parroquias encomendadas al Equipo (c. 543 § 2).

5. Todos los sacerdotes que forman parte del Equipo sacerdotal de Verín están obligados, salvo autorización del Obispo, a cumplir la ley de residencia dentro del territorio de la UaP; determinarán de común acuerdo el orden según el cual uno de ellos habrá de celebrar la *Misa por el pueblo* (c. 534).

6. Respecto a la retribución económica de los sacerdotes que forman parte de la UaP, cada uno recibirá en su cuenta personal el "sueldo base" y aquellos complementos que le pudieran corresponder por distintos servicios prestados y que no estuviesen relacionados directamente con encargos de la UaP. (Complementos correspondientes a la administración de otras parroquias que no forman parte de la UaP, capellanías, clases u otros servicios).

7. Se abrirá una cuenta en una entidad bancaria a nombre de *Diócesis de Ourense-Equipo sacerdotal de Verín*, en la que los sacerdotes de la UaP figurarán como autorizados. En ella se ingresará todo lo correspondiente a los complementos por cada parroquia y kilometraje, de acuerdo con los Criterios Diocesanos para el sustento del Clero. El Equipo sacerdotal elegirá a un sacerdote del Equipo que se responsabilizará de la mencionada cuenta y, antes del quinto día de cada mes repartirá, proporcionalmente, la cantidad correspondiente a cada uno de sus miembros.



Recuérdese que la Iglesia está invitando a los sacerdotes a vivir una espiritualidad de comunión y a una transparencia económica, así como a una existencia sobria y moderada con la finalidad de vivir en coherencia con aquello que predica². En vistas a un crecimiento en la comunión de bienes y en la transparencia económica, en esta misma cuenta podría ingresarse también, si así lo acordasen los miembros del Equipo, los estipendios recibidos³ (misas, funerales,...) pudiendo así a final de mes establecerse una gratificación fija a los sacerdotes que incluyese el complemento, el estipendio de una misa diaria, y otra cantidad que se sumaría de los estipendios de funerales, bodas y demás servicios. Esa cantidad podría ser fija y si hubiese remanente quedaría en el fondo para compensar la asignación de otros meses en los que no se perciban estipendios o éstos sean menores. De este modo cada sacerdote recibirá del fondo del Equipo de la UaP una cantidad fija todos los meses.

9. El Equipo sacerdotal no debe olvidar la exigencia moral de colaborar con el *Instituto para la sustentación del Clero*. Y se le recomienda encarecidamente que, en la medida de sus posibilidades, patrocine una beca en el Seminario Mayor "Divino Maestro".

² Cf. CONGREGACION DEL CLERO, *Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros*, LEV 2013, n° 83.

³ *Ibid.*, n° 69.

10. Al cesar en el oficio uno de los miembros del Equipo sacerdotal de Verín, o el Moderador del mismo, o al quedar incapacitado uno de ellos para el ejercicio de la función pastoral, no por eso quedan vacantes la parroquias encomendadas al cuidado del Equipo; pero corresponde al Obispo nombrar otro Moderador, y en tanto éste no sea constituido desempeñará dicha función el sacerdote del Equipo más antiguo por su nombramiento (c. 544)

11. Se procurará que se incorporen y participen de forma activa los religiosos y religiosas que se encuentran implantados en la mencionada *Unidad de atención parroquial*.

12. Es necesario crear un *Consejo pastoral* (c. 536), que sean cualificados, y que puedan ayudar al *Equipo sacerdotal* en las diferentes tareas pastorales y administrativas.

13. En ese *Consejo pastoral* se procurará que estén representadas, a ser posible, todas las comunidades parroquiales que constituyen la UaP. Este Consejo, presidido por el Moderador del Equipo, será el encargado de elaborar la programación común mediante la cual la actividad pastoral y misionera de las distintas parroquias crezca en unidad y se establezcan acciones comunes.

SEDE, DESPACHO Y LIBROS PARROQUIALES

1. La UaP cuenta con su sede en la Parroquia de Santa María la Mayor de Verín. En ella estará el despacho parroquial, el archivo de las parroquias que la integran – especialmente individualizado – y el centro pastoral con las instalaciones necesarias para las distintas actividades pastorales y caritativas de la UaP

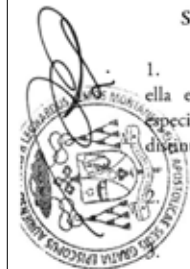
Cada parroquia mantendrá en uso sus libros parroquiales y el Sello Parroquial.

2. En el archivo de la UaP se custodiará debidamente, además de los libros parroquiales, toda la documentación propia de las distintas parroquias referente a los cien últimos años, la que sobrepase esa fecha deberá depositarse en el Archivo Histórico Diocesano, a nombre de cada parroquia.

REGIMEN ECONOMICO

1. Cada parroquia que forma la UaP será titular de los bienes propios, presentes y futuros, respetando en todo caso los derechos adquiridos. No obstante, en su administración se ha de tener siempre presente el principio de la comunión de bienes.

2. Para el buen funcionamiento de UaP es necesario que se cree un *Consejo de Economía* (c. 537) que debe ser gestionada por laicos con experiencia en gestión administrativa y económica, estará presidido por el *Moderador de la UaP* y *podrán asistir, si lo desean, los demás miembros del Equipo*. Lleven la administración de la misma respetando siempre lo que a cada "fábrica" le corresponda.



3. En lo referente a los asuntos económicos de la UaP se recomienda la mayor transparencia. Preséntese, anualmente, una memoria del movimiento de la misma tanto al Obispo como a la comunidad eclesial.
4. Viviendo la eclesiología de comunión es necesario que, paulatinamente, se constituya un "Fondo solidario" entre todas las parroquias de la UaP, de tal modo que así se puedan atender actividades comunes y, en caso de necesidad, lo que le pueda sobrar a una comunidad, sirva para cubrir las necesidades de otra.
5. De todos modos, si se estima conveniente que cada una de las parroquias tenga su cuenta propia, se puede mantener esa costumbre –transitoriamente– siempre y cuando esa cuenta esté a nombre de uno de los sacerdotes del Equipo y del Ecónomo Diocesano. Se puede aplicar otra fórmula compatible con lo establecido en la normativa diocesana.
6. En lo que respecta a los bienes que forman parte de los Diestros, aplíquese las normas del Instituto para Sustentación del Clero.

FUNCIONES DEL MODERADOR



1. El Moderador de la UaP es aquel sacerdote que designado por el Obispo, sintiéndose *primum inter pares*, debe reconocer que su cometido principal está en servir más y mejor al Equipo y coordinar, dirigir y hacer llegar las orientaciones del Obispo y del Plan Pastoral Diocesano a la UaP.
2. En nombre del Equipo deberá responder ante el Obispo de todo aquello que afecte a la vida y actividad de la UaP.
3. Deberá preocuparse y atender personalmente a cada uno de los miembros del *Equipo sacerdotal*, de manera especial de todo aquello que afecta a la salud física y espiritual.
4. Estará atento a las necesidades materiales de los sacerdotes de la UaP y se preocupará de organizar, en diálogo con cada uno de ellos, los días de descanso y los tiempos de vacaciones, así como los momentos oportunos para que puedan asistir a los Ejercicios espirituales, a los retiros y encuentros de zona o del Arciprestazgo, así como a los cursos de formación permanente.
5. Presidirá el Consejo de Economía y llevará la firma de las cuentas de la UaP junto con el Ecónomo Diocesano. Al finalizar de cada año deberá presentar las cuentas del ejercicio económico de la UaP.
6. En nombre del Obispo y de sus Delegados episcopales será el responsable de dirigir las gestiones administrativas extraordinarias que afecten a la UaP; de todo ello mantendrá informado al Equipo sacerdotal.

MANDAMOS que:

1. Con respecto al área geográfica de la UNIDAD DE ATENCIÓN PARROQUIAL DE VERÍN, teniendo en cuenta que el sacerdote sólo puede celebrar dos misas como máximo los días laborables y tres los domingos y fiestas de precepto (c. 905 § 2), quedarán definidos desde el primer momento los *centros principales de atención a los fieles* en los que se celebrará, ordinariamente, la Eucaristía dominical y festiva, y se concretarán los días y horas para la atención del servicio religioso en las otras parroquias, que se hará de forma alternativa.

2. Los fieles deberán ser convenientemente informados del horario de atención que se les podrá prestar. El mencionado horario será expuesto en todas las Iglesias parroquiales y capillas, así como en otros lugares que se estimen convenientes. En ellos se expondrán aquellos domingos y fiestas, así como días de diario, en los que de forma alternativa se celebrará la Eucaristía, así como los momentos en los que les podrá atender algún miembro del *Equipo sacerdotal* o del *Consejo pastoral*.

3. Con el fin de que esta información llegue a todos los hogares de la *Unidad de atención parroquial*, deberá editarse una hoja informativa que se hará llegar a todos. Es conveniente que, desde el *Centro de referencia*, se cree una página web para informar a los fieles y hacerles llegar las noticias y demás acontecimientos que afectan a todas y cada una de las parroquias que constituyen la *Unidad de atención parroquial* así como lograr una mayor implicación en la vida diocesana.



Los sacerdotes que forman parte de este *Equipo sacerdotal*, como colaboradores del Obispo, son llamados y designados para ejercer el *ministerio parroquial solidariamente*. Su misión es el servicio a la comunidad de fieles integrados dentro de la UaP. El ministerio pastoral de los sacerdotes debe ser ejercido como servicio eficaz a todos los fieles.

5. Teniendo esto en cuenta, sería de desear que los sacerdotes pudieran vivir en común, o por lo menos, fuesen atendidos en la casa de la *Unidad de atención parroquial*. Deben ser conscientes de que *tienen una misión en común*, aunque *no se les exige que tengan vida en común*. Sin embargo, es necesario ir creando una mentalidad entre el clero en esta dirección⁴, de tal modo que se pueda conseguir un criterio de actuación más fraternal y un mayor espíritu de comunión esforzándose por vivir y trabajar del mismo modo y en la misma realidad de la única UaP.

6. *Es imprescindible una reunión ordinaria cada semana*, poniendo a punto la agenda de actividades de la UaP, agenda que debe ser única y bien coordinada por aquél que ejerce de *Moderador* de la misma, en nombre del Obispo. Es necesario que las agendas de cada uno de los miembros del *Equipo sacerdotal* estén supeditadas a la de la Unidad de atención parroquial.

⁴ Cf. CONGREGACION PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, LEV, 2013, nº 39-40; CON. VAT. II, *Presbiterorum Ordinis*, 8.

7. En caso de que exista algún conflicto, hágase una revisión de vida a la luz del Evangelio, corrijanse fraternalmente y, de no lograrse un entendimiento, llámese al Obispo o al Vicario para la Pastoral para que medie en el *Equipo sacerdotal*. Siempre será necesario anteponer las necesidades pastorales y el bien del Pueblo de Dios a los criterios y opiniones personales, aunque estos puedan ser muy brillantes. Para que el *Equipo* funcione y sea pastoralmente eficaz es necesario que se cuide mucho la oración, la humildad y el espíritu de fraternidad.

8. Sería conveniente que todos los miembros del *Equipo sacerdotal*, en alguna de las Iglesias a su cargo, pudieran rezar juntos alguna de las Horas litúrgicas, acompañados por los laicos. Este acto de oración en común sería especialmente significativo de la buena marcha de la *acción pastoral solidaria*. Es conveniente estar atentos a la conversión personal permanente para lograr así una conversión pastoral y misionera.

9. El *Equipo Sacerdotal* deberá establecer *distintas áreas* de actuación de las que cada uno sea responsable y dé cuenta de su funcionamiento en el encuentro semanal a los demás miembros del Equipo. Las áreas que, necesariamente, deben constituirse, sin cerrar la posibilidad a que se establezcan otras, de acuerdo con las necesidades, serán:

- Actividades de culto y de oración
- Área de catequesis y formación en la fe
- Caridad y solidaridad
- Pastoral juvenil
- Pastoral de la familia
- Grupos apostólicos seglares: Legión de María, Adoración Nocturna, Cofradías de Semana Santa, etc.
- Pastoral Vocacional
- Pastoral de la salud: atención a ancianos y los enfermos.



De acuerdo con lo establecido y sin que exista óbice alguno a que se establezcan otros criterios en el futuro, contando con el *placet* del Obispo, la UNIDAD DE ATENCIÓN PARROQUIAL DE VERÍN estará constituida por las siguientes parroquias:

1. Santa María la Mayor de VERÍN. Comunidad de referencia
2. San Mamede de ESTEVESIÑOS
3. San Pedro de QUEIZÁS
4. San Salvador de CABREIROÁ
5. Santa María de RASELA
6. Santa Cristina de TINTORES
7. Santa María de CASTRELO DO VAL. Comunidad de referencia

8. San Salvador de NOCEDO DO VAL
9. San Vicente de PEPIN
10. Santa Baia de VENCES
11. Santa Mariña de RETORTA
12. Santiago de VILAMAIOR DO VAL
13. Santa María de MONTERREI

El *Equipo sacerdotal* de esta *Unidad de atención parroquial* administrará el *Santuario de Nuestra Señora de los Remedios de Vilamaior*, siendo su Rector el Moderador del Equipo.

El EQUIPO SACERDOTAL que se responsabilizará de la buena marcha pastoral de esta UNIDAD PARROQUIAL DE VERÍN, estará integrada por los siguientes sacerdotes:

- D. Alejandro DELGADO ARCE
- D. David JUSTO RODRÍGUEZ
- D. Oscar MARTÍNEZ CAAMAÑO

Actuará como *Moderador* de este *Equipo Sacerdotal* y de la *Unidad de atención parroquial*, en nombre del Obispo, el Rvdo. Sr. D. Óscar Martínez Caamaño.

Dado en Ourense, a 27 de junio de 2014, Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.



J. Leonardo Lemos Montanet
 Obispo de Ourense

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Emilio Rodríguez Álvarez'.

Por mandato de S. E. Rvdma.
 M. Emilio Rodríguez Álvarez
 Canciller-Secretario

DEFUNCIONES

Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte.

(S. ATANASIO DE ANTIOQUÍA, *Sobre la Resurrección de Cristo*, Sermón 5)

Rvdo. D. Manuel Armada Rodríguez, párroco emérito de San Pedro de Moreira, falleció el día 5 de abril de 2014 a los 81 años de edad. Natural de Santa María de Cartelle, había nacido el día 2 de mayo de 1932 y recibido la ordenación sacerdotal el 29 de junio de 1957.

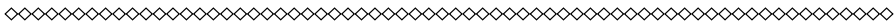
M. I. Sr. D. Domingo Gómez Freire, Canónigo emérito de la Santa Iglesia Catedral de San Martín de Ourense, falleció el día 5 de mayo de 2014 a los 83 años de edad. Natural de Ourense, había nacido el día 20 de septiembre de 1930 y recibido la ordenación sacerdotal el 20 de junio de 1955.

Rvdo. D. José Rodríguez Argibay, párroco emérito de San Martín de Piedrafita, falleció el día 14 de mayo de 2014 a los 82 años de edad. Natural de Santa Eulalia de Laias, había nacido el día 25 de febrero de 1932 y recibido la ordenación sacerdotal el 1 de julio de 1956.

Rvdo. D. Antonio Vázquez Borrajo, párroco emérito de San Pío X de Mariñamansa-Ourense, falleció el día 30 de junio de 2014 a los 92 años de edad. Natural San Miguel de Taboadela, había nacido el día 24 de marzo de 1922. Ordenado sacerdote el 21 de octubre de 1945.



IGLESIA EN ESPAÑA



CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comunicación del Decreto de la Penitenciaría Apostólica por el que el Papa Francisco concede la gracia del Año Jubilar Teresiano para todas las diócesis de España, desde el 15 de octubre de 2014 al 15 de octubre de 2015.

Prot. N. 41/12/I

Día 24 de abril de 2014

En el cuatrocientos aniversario de la beatificación de santa Teresa de Jesús

PENITENCIARÍA APOSTÓLICA

Por mandato del Santísimo Padre Francisco, manifestada de buen grado su paternal benevolencia, concede el Año Jubilar Teresiano en España con la siguiente indulgencia plenaria a los fieles verdaderamente arrepentidos, con las condiciones acostumbradas: confesión sacramental, Comunión Eucarística y oración por las intenciones del Romano Pontífice, que podrá lucrarse una vez al día y también podrán aplicar por las almas de los fieles todavía en el Purgatorio si visitan en forma de peregrinación alguna catedral, templo o santuario jubilar y allí asisten a algún rito sagrado o, al menos, oran durante un tiempo suficiente ante alguna imagen de santa Teresa solemnemente expuesta, terminando con la oración del Padrenuestro, Credo, invocación a la Virgen María y a santa Teresa de Jesús.

Los devotos cristianos que estuvieran impedidos a causa de la ancianidad o por grave enfermedad, igualmente podrán lucrar la indulgencia plenaria si, arrepentidos de sus pecados y con propósito de realizar lo antes posible las tres acostumbradas condiciones, ante alguna pequeña imagen de santa Teresa de Jesús, se unieran espiritualmente a las celebraciones jubilares o peregrinaciones y rezan el Padrenuestro y el Credo en su casa o en el lugar donde permanezcan a causa de impedimento, ofreciendo los dolores y molestias de la propia vida.

Todos los fieles de España, si estuvieran en cama, también podrán alcanzar indulgencia parcial, incluso varias en un mismo día, cuantas veces con corazón contrito practicasen obras de misericordia, actos penitenciales o de evangelización propuestos por el obispo diocesano, invocando a santa Teresa de Jesús, que compensó su deseo de martirio con limosnas y otras buenas obras.

Finalmente, para poder acceder con más facilidad al divino perdón conforme a la autoridad sacramental de la Iglesia, en aras de la caridad pastoral, esta Penitenciaria ruega encarecidamente que los penitenciarios de las iglesias catedrales, los canónigos y clero, y además los Rectores de los santuarios se dispongan con ánimo generoso a la celebración penitencial y administren la Sagrada Comunión a los enfermos.

El presente decreto tendrá validez durante todo el Año Jubilar Teresiano no obstante nada en contra.

Maurus S.R.E. Card. Piacenza
Penitenciario Mayor

Christophorus Nykiel
Secretario



CRÓNICA DIOCESANA



CRÓNICA DIOCESANA

ABRIL

Del 31 de marzo al 6 de abril: Semana de la Familia.

Día 1: Clausura por el presente curso de la Escuela de Liturgia.

Día 2: El Obispo visita la parroquia de San Pío X y preside la entrega de Biblias a los miembros de la Comunidad Neocatecumenal.

Día 3: Oración joven-Capilla Universitaria en la capilla de la sede de la Delegación de Juventud.

Día 4: Conferencia de Clausura de la Semana de la Familia en el Centro Cultural Marcos Valcárcel de la Diputación.

Presentación del programa de Semana Santa de O Carballiño en el Centro Cultural Marcos Valcárcel de la Diputación.

Día 5: Encuentro Vocacional en el Seminario Menor.

Ultreya del Movimiento de Cursillos de Cristiandad A Valenzá.

Día 6: Eucaristía por las familias en la Catedral presidida por Monseñor Lemos Montanet.

Día 8: Monseñor Lemos Montanet presenta su libro sobre *Amor Rural: un hombre en la encrucijada*, editado por El Cercano. Los beneficios de esta publicación se destinan a Cáritas diocesana de Ourense.

Del 10 al 13: David Muñoz Quintans, joven colaborador en la Delegación Diocesana para la Juventud participa en el Encuentro Internacional de pastoral juvenil, organizado por el Pontificio Consejo para los Laicos, en Roma.

Día 11: Via Crucis de la juventud por las calles de la ciudad.

Del 13 al 20: Semana Santa.

Día 15: Pregón de Semana Santa a cargo del sacerdote D. Félix Álvarez en la iglesia de Santa Eufemia del Centro.

Miércoles Santo: Misa Crismal.

Jueves Santo: Misa *In Cena Domini*.

Viernes Santo: Celebración de la Pasión del Señor. Procesión del Santo Entierro.

Sábado Santo: Procesión de la Soledad desde la Santísima Trinidad. Solemne Vigilia Pascual.

Domingo de Resurrección: Procesión con la imagen de Santa María Nai a la Catedral. Misa de la Resurrección del Señor y procesión.

Día 17: Oración diocesana por las Vocaciones en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento.

Día 24: Encuentros de Padres en el Instituto de la Familia (Amigos de la Barrera).

Del 25 al 27: Cursillo de Cristiandad en la Casa de Ejercicios.

Del 25 al 3 de mayo: Novena en honor al Santo Cristo.

Día 26: Asamblea de Catequistas.

Día 27: El Obispo y un grupo de sacerdotes y seglares representan a la Diócesis de Ourense en la canonización de los papas Juan XXIII y Juan Pablo II.

Día de las Vocaciones Nativas.

Día 29: Monseñor Lemos preside en la Catedral una Misa por Venezuela a petición de los “Amigos de Venezuela”.

Día 30: Clausura de las reuniones interparroquiales de la ciudad en la Casa de Ejercicios.

MAYO

Día 1: La residencia de mayores de Os Gozos de Pereiro de Aguiar celebró su fiesta patronal con la presencia del obispo.

Día 3: Retiro de CONFER dirigido por el Obispo de la Diócesis.

El Sr. Obispo preside en el Carmelo de Ourense las Bodas de oro de la carmelita Hna. María Teresa de San José.

Fiesta del Santo Cristo de Ourense en la Catedral de Ourense.

Día 4: III Domingo de Pascua. Recordamos la campaña para recuperar el sentido del domingo.

Monseñor Lemos preside en el santuario de Os Remedios de Vilamaior el homenaje al sacerdote D. Pedro Blanco, que pasa a ser *Rector honorario* de dicho santuario.

Día 6: Cáritas diocesana de Ourense firma un convenio con la Fundación Dorzán para ayudar a las personas mayores en riesgo de exclusión social en sus necesidades básicas de vivienda, alimentación y suministros.

Día 7: Fiesta de San Juan de Ávila en el Seminario Mayor. Celebración presidida por el Obispo de Ourense y conferencia a cargo del Obispo auxiliar de Santiago de Compostela, Mons. D. Jesús Fernández.

Día 8: Oración joven-Capilla Universitaria en la sede de la Delegación de Juventud.

Presentación del libro *La mistagogía de los Sacramentos* del Delegado de Liturgia, D. Ramiro González Cougil, en el Liceo de Ourense.

Día 10: Encuentro diocesano de Niños en Ribadavia.

Día 11: Día de la Familia en el Seminario Maior.

Se celebra la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, con el lema este año: “*Sal a darlo todo*”. El Obispo de Ourense participa en el Encuentro Vocacional en Galicia organizado por el Camino Neocatecumenal.

Día 12: Homenaje de las Madres a la Virgen de Fátima, presidido por el Sr. Obispo.

Día 13: Nuestra Señora de Fátima. Procesión de Antorchas.

El Obispo de Ourense convoca un Año Mariano en todo el territorio de la Diócesis con motivo del 50 aniversario de la coronación canónica de la imagen de la Virgen de Los Milagros (1964-2014).

Día 14: Los ENS presentan los actos conmemorativos de su 50 aniversario en el Instituto de la Familia (Amigos de la Barrera).

Día 15: Oración diocesana por las Vocaciones en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento.

Día 16: Los sacerdotes más jóvenes de la Diócesis mantienen un en-

cuentro a lo largo de la jornada con el Sr. Obispo.

Día 18: Los ENS celebran su 50 aniversario en la Catedral.

Día 20: Conferencia-coloquio con el Obispo en el Foro la Región, con motivo de la publicación de su libro sobre Amor Ruibal cuyos beneficios se destinan a Cáritas diocesana de Ourense.

Día 21: El Obispo de Ourense acude como ponente al Encuentro en el Centro de Cultura Teológica de Guadalajara para analizar los Lugares y protagonistas de la Nueva Evangelización.

Día 22: El Sr. Obispo celebró la fiesta de Santa Joaquina Vedruna con la Comunidad de hermanas mayores de las HH. Carmelitas de la Caridad.

Día 24: Encuentro de los grupos de Lectura Creyente de la Biblia en Los Milagros.

Fiesta de María Auxiliadora.

Nueva sesión en Silleda del Curso de Formación en Matrimonio y Familia organizado por las cinco Diócesis de Galicia.

Día 28: Reunión de arciprestes y delegados en el Seminario Mayor.

Día 29: Encuentros de Padres en el Instituto de la Familia (Amigos de la Barrera).

Día 31: El Obispo de Ourense ordena un nuevo sacerdote al servicio de la Diócesis: D. David Penín, hasta el momento diácono en la parroquia de Santa Teresita.

JUNIO

Día 1: Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales.

Conmemoración de los 50 años de la parroquia de San Pío X, presidida por el Obispo de la Diócesis.

Monseñor Lemos preside la Celebración Penitencial del Camino Neocatecumenal en la Catedral.

Día 5: Consejo Presbiteral en la Casa de Ejercicios.

Pincho solidario de Manos Unidas en Salesianos.

Oración joven-Capilla Universitaria en la sede de la Delegación de Juventud.

- Día 7:* Vigilia de Pentecostés en la Catedral.
VII Encuentro del Voluntariado de Cáritas Galicia en Baiona.
- Día 10:* Presentación de la memoria anual de Cáritas diocesana de Ourense en el salón Padre Feijóo del Obispado.
- Día 11:* Conferencia de Salvador Bernal sobre Álvaro del Portillo, que será beatificado el 27 de septiembre.
- Día 12:* El Sr. Obispo visita la parroquia de Francelos, presidiendo el encuentro de los grupos bíblicos.
- Día 13:* Fiesta infantil de los 50 años de la parroquia de San Pío X.
- Día 15:* Rito de Admisión a las Sagradas Órdenes de seis seminaristas en el Seminario Mayor.
Jornada *Pro Orantibus*, dedicad a rezar por la vida consagrada contemplativa.
- Día 19:* Última oración diocesana por las Vocaciones, por este curso, en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento. Preside la Celebración Eucarística de Clausura el Obispo de Ourense.
- Día 22:* Misa de Corpus Christi presidida por el Sr. Obispo en la Catedral, con la procesión a continuación. Día de la Caridad.
- Del 23 al 28:* Peregrinación diocesana a Lourdes.
- Día 24:* El Obispo visita la parroquia de San Juan de Viveiro y preside la Celebración Eucarística en el día de su patrón.
- Día 25:* Monseñor Lemos preside, en la parroquia de Santo Domingo, una concelebración Eucarística con motivo de la festividad de san Josemaría Escrivá
- Día 26:* El Obispo preside la clausura, por el presente curso, de los Encuentros de Padres en el Instituto de la Familia (Amigos de la Barrera).
Monseñor Lemos preside la Celebración Eucarística en la parroquia de San Paio de Ventosela en el día de su patrón.
- Día 27:* El Sr. Obispo preside la fiesta del Sagrado Corazón en la parro-

quia de la que es titular en A Carballeira.

Día 28: Misa de Acción de Gracias, presidida por el Obispo, por la reciente canonización de los papas san Juan XXIII y san Juan Pablo II con la bendición de una imagen de cada uno de ellos en la nave lateral norte de la Catedral para veneración y culto de todos los creyentes.

Concierto en la Catedral, ofrecido por la Coral de Ruada, al que asisten el Obispo, el Conselleiro de Cultura y otras autoridades, tras la reciente restauración del Pórtico del Paraíso.

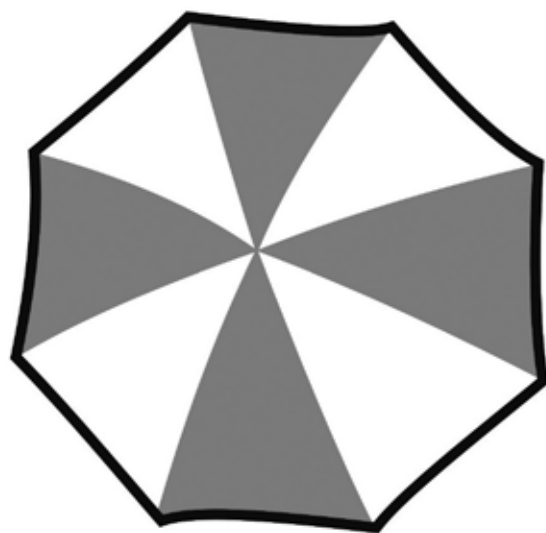
Día 29: San Pedro y San Pablo Apóstoles. La colecta de este día se destina al óbolo de San Pedro.

Los Obispos de Galicia participan en la ofrenda de Corpus en Lugo.

Día 30: Comienzan las jornadas de Programación diocesana de Pastoral en el santuario de Los Milagros.

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ

CORREDOR DE SEGUROS

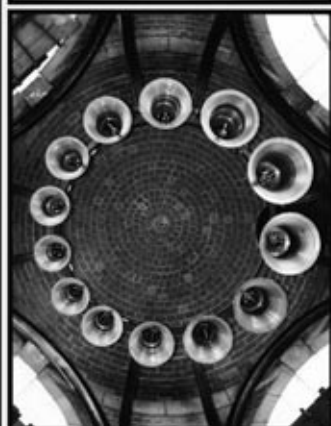


Rúa do Paseo 36, 2º Of. C
32003 OURENSE

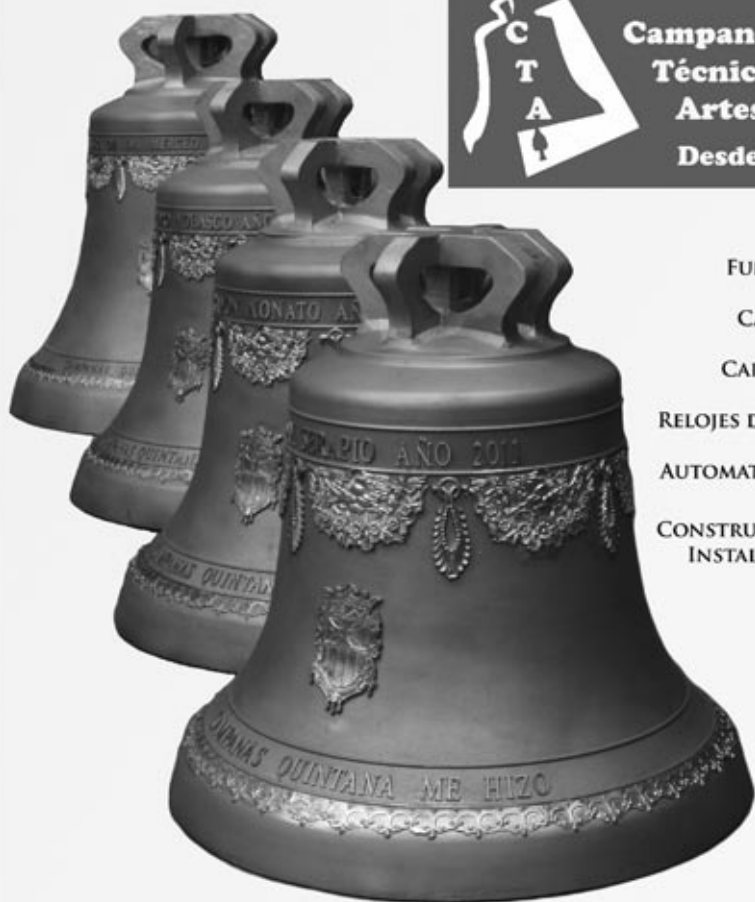
Tfno y Fax: 988255645

Móvil: 619987841

E-Mail: corredor@segurosjpg.es



**Campaneros
Técnicos
Artesanos**
Desde 1637



FUNDICIÓN
CAMPANAS
CARILLONES
RELOJES DE TORRE
AUTOMATIZACIÓN
CONSTRUCCIONES
INSTALACIONES

1637

QUINTANA

CAMPANAS QUINTANA S.A.

Tfno: (+34) 979 89 25 06 - Fax: (+34) 979 89 10 08

www.campanasquintana.es
Correo-e: quintana@campanasquintana.es

Polígono Industrial Parc. 32-33-34.
34100 SALDAÑA - Palencia - España



CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L. DIÓCESIS DE OURENSE

- Conservación y restauración del patrimonio mueble e inmueble, asegurando la rigurosa ejecución y calidad de las intervenciones.
- Elaboración de proyectos de intervención y presupuesto.

Algunas intervenciones realizadas:

- Pórtico del Paraíso. Catedral de Ourense.
- Retablo de la Virgen de Belén. Catedral de Ourense.
- Tabernáculo del Altar Mayor. Catedral de Lugo.
- Retablo Mayor de San Eusebio (Coles).
- Santiago Ecuestre de la Catedral de Ourense.
- Retablo Mayor de Santa Baia de Longos.
- Diversas esculturas (limpieza, eliminación de repintes...).
- ...



CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L.
Carretera del Seminario 18 - 32002 - OURENSE
Tfn. 988 234 118 - www.centrosanmartin.es



ELEMAR NOR, S.L.
COMUNICACIONES

 **BOUYER**

 **ude**

Al servicio de la Iglesia desde 1989

PROYECTOS, INSTALACIONES Y MANTENIMIENTO

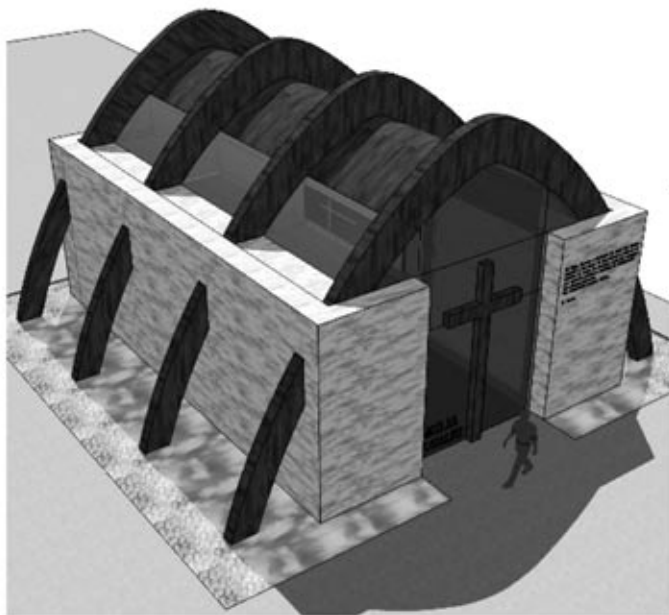
- **Megafonía**
- **Calefacción**
- **Campanas nuevas y refundición**
- **Electrificación de campanas**
- **Campanarios electrónicos**
- **Yugos**
- **Iluminación artística LED**
Menor consumo
Mayor duración y luminosidad
- **Instalaciones eléctricas**



Le ofrecemos montaje provisional y presupuesto sin compromiso

ELEMAR NOR, S.L.
Polígono Icaria. C/ Ícaro, 32
15172 A Coruña
981 63 56 59
elemarnor@elemarnor.com
www.elemarnor.com

Empresa inscrita en el Registro de Instaladores de Telecomunicación.
Nº Reg. 3019



_Modelización de Capilla funeraria 3D.

único

_arquitectura

estudio de arquitectura
c/ Alcalde Lens 35 | entreplanta | local 5 | 15010 A Coruña

unicoarquitectura@unicoarquitectura.es

unicoarquitectura.es

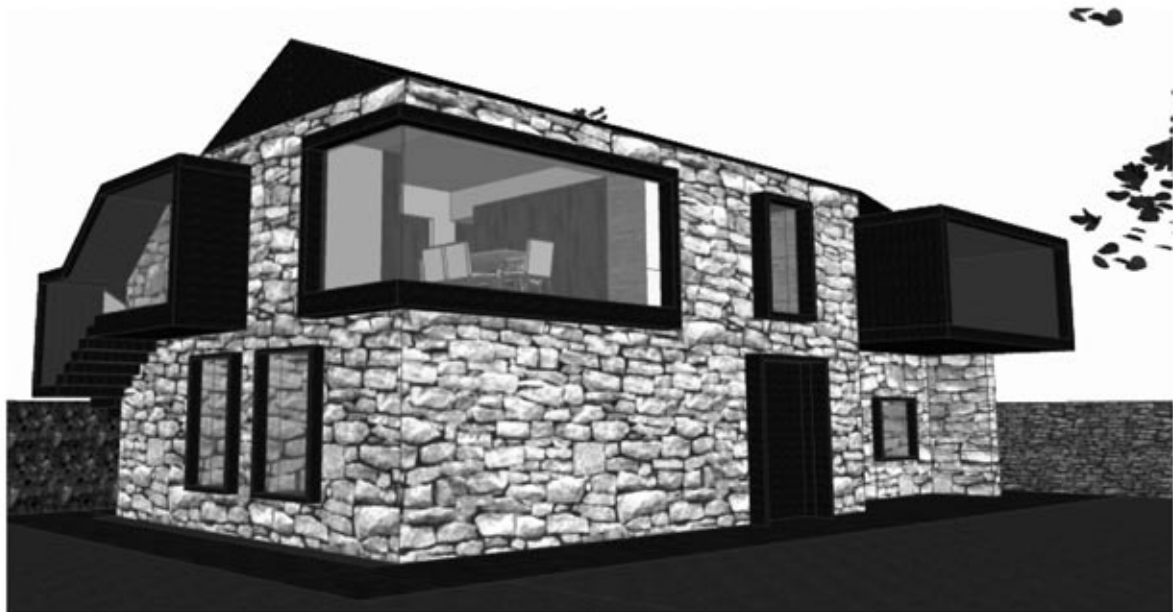
móvil 638 142 298

REALIZAMOS...

- _levantamiento de planos
- _estudios de viabilidad
- _informes de estado actual
- _informes patológicos
- _valoraciones y tasaciones
- _inspección técnica de edificios (ITE)
- _certificados de eficiencia energética
- _planes de mantenimiento
- _libros del edificio
- _proyectos de segregación
- _proyectos de demolición
- _proyectos básicos y de ejecución
- _proyectos de rehabilitación
- _proyectos de interiorismo
- _proyectos de reforma

OFRECEMOS...

- | | |
|----------------|-------------------------|
| _calidad | _respeto medioambiental |
| _flexibilidad | _confidencialidad |
| _integridad | _precio |
| _independencia | _plazo |



_Rehabilitación de Casa Rectoral. [Modelo 3D]



- Autorizaciones, subvenciones, tramites, legalizaciones,...
- Gestiones urbanísticas, solicitudes, calificaciones,...
- Estudios de mercado, viabilidad, implantaciones,...
- Compra de terrenos, consultas catastrales, datos registrales,...
- Conservación y mantenimiento de construcciones,...
- Construcción de complejos parroquiales,...
- Rehabilitación de casas rectorales,...
- Construcción de cementerios nuevos o ampliaciones,...
- Restauración de fachadas, cubiertas u otras construcciones,...
- Restauración de bienes muebles,...



Iglesia de San Francisco Javier.



Iglesia de O Bo Pastor de Monteporreiro.



Rehabilitación Iglesia Santa Eulalia de Lians.



Iglesia de San Antonio.



Urbanización Nuestra Señora de los Rosales.



Cementerio de Santa Baia de Moar.



Cementerio de Santa María de Roo.



Reforma interior del Iglesario de A Grela.



Rehabilitación Iglesia Sta. María de Guisamo.



Cementerio de San Isidoro de Postmarcos.



Rehabilitación Iglesia Santa María de Alón.



Casa Rectoral Santa María de Betanzos.



Casa Rectoral Santaia de Liáns.



Rehabilitación edificio viviendas.

Librería

BETEL



Libros y artículos religiosos

Betel Librería Religiosa
Diócesis de Ourense
Calle Lamas Carvajal nº 9
32005 - Ourense
Teléfono y Fax : 988 22 62 41

Imprenta

ARiGRAF

Artes Gráficas

●●●● Noroeste Gráfico Impresor, S.L.

- Diseño y maquetación
- Preimpresión
- Impresión offset y digital
- Edición de libros y revistas
- Impresión publicitaria
- Encuadernación y acabados
- Manipulación de envíos

Tfno.: 981 54 96 00

Fax: 981 54 96 02

e-mail: arigraf@infor-data.com

Avda. Santa Lucía, 64 - bajo
15893 Santiago de Compostela

COLABORA:
Fundación Santa María Nai



FUNDACIÓN
SANTAMARÍANAI



DIÓCESIS
DE OURENSE
